

PEDRO Y JUAN

Guy de Maupassant

PRÓLOGO

No es mi intención abogar a favor de la novelita que sigue. Por el contrario, las ideas que intentaré hacer comprender implicarían más bien la crítica del género llamado de estudio psicológico, estudio que he emprendido en Pedro y Juan.

Voy a ocuparme de la novela en general.

No soy el único a quien los mismo críticos dirigen el mismo reproche cada vez que aparece un nuevo libro.

Entre las frases de elogio, encuentro por lo general la siguiente, debida a las mismas plumas:

“El mayor defecto de esta obra es que, propiamente hablando, no es una novela”.

Ahora bien, podría responderse con el mismo argumento:

“El mayor defecto del escritor que me honra con su juicio es que no es un crítico.”

¿Cuáles son, en efecto, los caracteres esenciales de un crítico?

Es preciso que, sin prejuicio alguno, ni opiniones preconcebidas, sin ideas de escuela, sin compromisos con ningún grupo de artistas, comprenda, distinga y explique las tendencias más opuestas, los temperamentos más contrapuestos y admita las más diversas búsquedas del arte.

Así pues, el crítico que tras *Manon Lescaut*, *Pablo y Virginia*, *Don Quijote*, *Las amistades peligrosas*, *Werther*, *Las afinidades electivas*, *Clarisse Harlowe*, *Emile*, *Candide*, *Cinq-Mars*, *René*, *Los tres mosqueteros*, *Mauprat*, *Papá Goriot*, *La prima Bette*, *Colomba*, *El rojo y el negro*, *Mademoiselle de Maupin*, *Nuestra Señora de París*, *Salambó*, *Madame Bovary*, *Adolfo*, *El señor de Camors*, *L'assomoir*, *Sapo*, etcétera, se atreve a escribir también: “Esto es una novela y aquello no lo es”, me parece que está dotado de una perspicacia que se asemeja mucho a la incompetencia.

Por lo general, este crítico entiende por novela una aventura más o menos verosímil, dispuesta como una obra teatral en tres actos, de los que el primero contiene la exposición, el segundo la acción y el tercero el desenlace.

Este modo de componer es absolutamente admisible, pero a condición de que se acepten todos los demás.

¿Existen reglas para escribir una novela, fuera de las cuales una historia escrita debiera llamarse de otro modo?

Si *Don Quijote* es una novela, ¿no lo es también *El rojo y el negro*? Si *El Conde de Montecristo* es una novela, ¿no lo es también *L'assomoir*? ¿Puede establecerse una comparación entre *Las afinidades colectivas* de Goethe, *Los tres mosqueteros* de Dumas, *Madame Bovary* de Flaubert, *El Señor de Camor* de M.O. Feuillet y *Germinal* de Zola? ¿Cuál de estas obras es una novela? ¿Cuáles son esas famosas reglas? ¿De donde proceden? ¿Quién las ha establecido? ¿En virtud de qué principio, de qué autoridad y de qué razonamientos?

No obstante, parece ser que esos críticos saben de una manera cierta, indudable, lo que constituye una novela y lo que la distingue de otra que no lo es. Esto, sencillamente, significa que sin ser productores están agrupados en una escuela y rechazan, a la manera de los mismos novelistas, todas las obras concebidas y realizadas fuera de su estética.

En cambio, lo que debería hacer un crítico inteligente es buscar aquello que menos se parece a las novelas ya escritas y estimular todo lo posible a los jóvenes para que emprendan nuevos caminos.

Todos los escritores, Victor Hugo igual que Zola, han reclamado con insistencia el derecho absoluto, derecho indiscutible de componer, es decir, de imaginar u observar de acuerdo con su concepto personal del arte. El talento procede de la originalidad que es una manera especial de pensar, de ver, de comprender y de juzgar.

Así pues, el crítico que pretende definir la novela según la idea que de ella se ha forjado con arreglo a las novelas que prefiere, y establecer ciertas reglas invariables de composición, luchará siempre contra un temperamento de artista que aporte un nuevo procedimiento. Un crítico totalmente merecedor de este nombre debería ser tan sólo un analista exento de tendencias, de preferencias, de pasiones, etcétera, y apreciar tan sólo, al igual que un perito en pintura, el valor artístico del objeto de arte que se le somete. Su comprensión, abierta a todo, debe absorber hasta tal punto su personalidad, que pueda descubrir y alabar incluso los libros que no le satisfacen como hombre, pero que debe comprender como juez.

Pero la mayor parte de los críticos no son, en realidad, más que lectores, y el resultado es que nos censuran casi siempre erróneamente o que nos elogian sin reserva y sin tino.

El lector, que únicamente busca en un libro satisfacer la tendencia natural de su espíritu, pide al escritor que responda a su gusto predominante y califica invariablemente como bien escrita la obra o el párrafo que agrada a su imaginación idealista, alegre, picaresca, triste, soñadora o positiva.

En suma, el público está compuesto por numeroso grupos que nos gritan:

«Consoladme.»

«Distraedme.»

«Entristecedme.»

«Enternecedme.»

«Hacedme soñar.»

«Hacedme reír.»

«Haced que me estremezca.»

«Hacedme llorar.»

«Hacedme pensar.»

Tan sólo algunos espíritus selectos piden al artista:

«Escribid algo bello, en la forma que mejor os cuadre, según vuestro temperamento.»

El artista lo intenta y triunfa o fracasa.

El crítico sólo debe apreciar el resultado con arreglo a la naturaleza del esfuerzo; y no le asiste el derecho a preocuparse de las tendencias.

Esto se ha escrito ya mil veces, pero habrá que seguir repitiéndolo.

Así pues, tras las escuelas literarias que han querido darnos una visión deformada, sobrehumana, poética, enternecedora, encantadora o soberbia de la vida, vino una escuela realista o naturalista que pretendió indicarnos la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad.

Es preciso admitir con el mismo interés esas teorías de arte tan diferentes y juzgar las obras que producen únicamente desde el punto de vista de su valor artístico, aceptando *a priori* las ideas generales que les han dado vida.

Discutir el derecho que asiste a un escritor para hacer una obra poética o realista es quererle forzar a modificar su temperamento, recusar su originalidad y no permitirle utilizar la visión y la inteligencia que le proporcionó la naturaleza.

Echarle en cara que vea las cosas hermosas o feas, pequeñas o épicas, graciosas o siniestras, es como reprocharle estar configurado de tal o cual manera y no tener una visión que concuerde con la nuestra.

Dejémosle en libertad para comprender, observar, concebir como guste, mientras sea un artista. Procuremos exaltarnos poéticamente para juzgar a un idealista y demostrémosle que su sueño es mezquino, trivial, no lo bastante extravagante o magnífico. Pero si juzgamos a un naturalista, indiquémosle en qué difiere la verdad de la vida de la verdad de su libro.

Es evidente que tan distintas escuelas han debido emplear procedimientos de composición totalmente opuestos.

El novelista que transforma la verdad constante, brutal y desagradable, para lograr una aventura excepcional y seductora, debe, sin preocuparse demasiado por la verosimilitud, manejar a su antojo los acontecimientos, prepararlos y arreglarlos para complacer al lector, emocionarle o enternecerle. El plan de su novela no es más que una serie de combinaciones ingeniosas que conducen con habilidad al desenlace. Los incidentes se disponen y dirigen hacia el punto culminante, y el resultado final, que es un acontecimiento capital y decisivo, debe satisfacer todas las curiosidades excitadas al principio, poniendo un límite al interés y acabando de una manera tan completa la historia relatada, que ya no se desee saber qué les ocurrirá en el futuro a los personajes más sobresalientes.

En cambio, el novelista que pretende darnos una imagen exacta de la vida debe evitar cuidadosamente cualquier encadenamiento de hechos que pudiera parecer excepcional. Su finalidad no estriba en contarnos una historia, divertirnos o entristecernos, sino en forzarnos a pensar, a comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos. A fuerza de observar y meditar, mira el universo, las cosas, los hechos y los hombres de cierto modo que le es peculiar y que se deriva del conjunto de sus observaciones meditadas. Esta es la visión personal del mundo que intenta comunicarnos reproduciéndola en un libro. Para conmovernos, como le ha conmovido a él mismo el espectáculo de la vida, debe reproducirla ante nuestros ojos con escrupulosa semejanza. Por lo tanto, deberá componer su obra de una manera tan hábil, tan disimulada y en apariencia tan sencilla, que sea imposible adivinar e indicar el plan, descubrir sus intenciones.

En lugar de tramar una aventura y desarrollarla de modo que resulte interesante hasta el desenlace, tomará al personaje en determinado período de sus existencia y lo conducirá, mediante transiciones naturales, hasta el siguiente período. Así dará a conocer cómo se modifican los caracteres bajo la influencia de las circunstancias inmediatas, cómo se desarrollan los sentimientos y las pasiones, cómo se ama, cómo se odia, cómo se combate en todos los medios sociales, cómo luchan los intereses de familia y los intereses políticos.

Por lo tanto, la habilidad de su plan no consistirá en la emoción o el hechizo, en un comienzo atractivo o en una catástrofe emocionante, sino en la hábil agrupación de pequeños hechos constantes, de donde se desprenderá el sentido definitivo de la obra. Si hace caber en trescientas páginas diez años de una vida para demostrarnos cuál ha sido, en medio de todos los seres que le han rodeado, su significación particular y muy característica, deberá saber

eliminar, entre los innumerables y menudos hechos cotidianos, todos los que le resulten inútiles, y destacar de una manera especial todos aquellos que pasarían inadvertidos para observadores poco perspicaces y que proporcionan al libro su interés y su valor de conjunto.

Se comprende que semejante manera de componer, tan diferente del antiguo procedimiento visible a todos los ojos, desconcierte con frecuencia a los críticos, y que éstos no descubran todos los hilos, tan tenues, tan secretos, casi invisibles, empleados por ciertos artistas modernos en lugar de la trama única cuyo nombre era *intriga*.

En resumidas cuentas, si el novelista de ayer escogía y relataba las crisis de la vida, los estados agudos del alma y del corazón, el actual novelista escribe la historia del corazón, del alma y de la inteligencia en estado normal. Para producir el estado que persigue, es decir, la emoción de la simple realidad, y para hacer resaltar la enseñanza artística que pretende descubrir, o sea la revelación de lo que es verdaderamente a sus ojos el hombre contemporáneo, deberá emplear tan sólo hechos de una verdad irrecusable y constante.

Pero, al situarnos en el mismo punto de vista de esos artistas, debemos discutir e impugnar su teoría, que parece poder resumirse con estas palabras: «Nada más que la verdad y toda la verdad.»

Siendo su propósito hacer resaltar la filosofía de ciertos hechos constantes y corrientes, deberán modificar con frecuencia los acontecimientos en provecho de la verosimilitud y en menoscabo de la verdad, ya que lo verdadero puede, a veces, no ser verosímil.

El realista, si es un artista, no intentará mostrarnos la fotografía trivial de la vida, sino proporcionarnos una visión más completa, más sorprendente y más cabal que la de la misma realidad.

Contarlo todo resultaría imposible, ya que en ese caso sería menester, por lo menos, un volumen por día a fin de enumerar la multitud de incidentes insignificantes que llenan nuestra existencia.

Se impone, por tanto, una selección, lo cual significa ya una primera vulneración de la teoría de toda la verdad.

Además, la vida está compuesta por cosas totalmente diferentes, las más imprevistas, las más contrarias, las más contrapuestas; es brutal, sin sucesión, sin encadenamiento, repleta de catástrofes inexplicables, ilógicas y contradictorias, que deben clasificarse en el capítulo de los «sucesos corrientes».

He aquí por qué el artista, una vez elegido el tema, tomará tan sólo, de esta vida repleta de contingencias y casualidades, los detalles característicos útiles a su argumento, y rechazará todo lo demás, todo cuanto quede al margen de él.

Vaya un ejemplo entre mil:

Es considerable el número de personas que mueren a diario víctimas de un accidente. Pero ¿podemos nosotros hacer que caiga una teja sobre la cabeza del personaje principal, o arrojarlo bajo las ruedas de un coche, en medio de una frase, con el pretexto de que deben tenerse en cuenta los accidentes?

La vida, también, deja todo en el mismo plano, precipita los acontecimientos y los prolonga indefinidamente. El arte, en cambio, consiste en usar precauciones y preparaciones, en disponer transiciones sabias y disimuladas, en poner tan sólo en evidencia mediante la habilidad de la composición el grado de relieve que convenga, según su importancia, en provocar la profunda sensación de la verdad especial que se pretende demostrar.

Escribir con verdad consiste, pues, en dar la completa ilusión de lo verdadero, siguiendo la lógica ordinaria de los hechos, y no en transcribirlos servilmente en el desorden de su sucesión.

Deduzco de ello que los realistas de talento deberían llamarse con más propiedad ilusionistas.

Por otra parte, ¡que pueril es creer en la realidad, ya que llevamos cada cual la nuestra en nuestro pensamiento y en nuestros órganos! Nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro olfato, nuestro gusto, diferentes, crean tantas verdades como hombres hay en la tierra. Y nuestras mentes, que reciben las instrucciones desde esos órganos, impresionados de una manera diversa, comprenden, analizan y juzgan como si cada uno de nosotros perteneciera a otra raza.

Por lo tanto, cada uno de nosotros se forja sencillamente una ilusión del mundo, ilusión poética, sentimental, gozosa, melancólica, impura o lúgubre, según la naturaleza. Y la misión del escritor no es otra sino reproducir con fidelidad esta ilusión mediante todos los procedimientos del arte que haya aprendido y de que pueda disponer.

¡Ilusión de lo bello, que es una convención humana! ¡Ilusión de lo feo, que es una opinión variable! ¡Ilusión de lo verdadero, jamás invariable! ¡Ilusión de lo innoble, que atrae a tantos seres! Los grandes artistas son aquellos que imponen a la humanidad su ilusión particular.

No nos enojemos, pues, contra ninguna teoría, puesto que cada una de ellas es, simplemente, la expresión generalizada de un temperamento que se analiza.

Están dos, sobre todo, que se han discutido con frecuencia, oponiendo la una a la otra en lugar de admitir ambas: la de la novela de análisis puro y la de la novela objetiva. Los partidarios del análisis instan al escritor para que se dedique a indicarles las menores evoluciones de un carácter y los más secretos móviles que determinan nuestras acciones, concediendo al hecho en sí una importancia tan sólo secundaria. Es el punto de llegada, un simple hito, el pretexto de la novela. Según ellos, habría que escribir, por tanto, esas obras precisas y soñadas en las cuales la imaginación se funde con la observación, del mismo modo que un filósofo compone un libro de psicología; exponer las causas tomándolas en sus más lejanos orígenes, explicar todos los porqués de todos los deseos y discernir todas las reacciones del alma actuando bajo el impulso de los intereses, de las pasiones o de los instintos.

Los partidarios de la objetividad (¡desafortunada palabra!), al pretender, en cambio, proporcionarnos la representación exacta de lo que ocurre en la vida, evitan cuidadosamente toda explicación complicada, toda disertación sobre los motivos, y se limitan a presentar ante nuestros ojos los personajes y los acontecimientos.

Opinan que la psicología debe estar oculta en el libro como lo está en realidad bajo los hechos de la existencia.

La novela, concebida de este modo, adquiere interés, movimiento en el relato, color, vida bulliciosa.

Por tanto, en lugar de explicar extensamente el estado de espíritu de un personaje, los escritores objetivos buscan la acción o el gesto que ese estado de ánimo coloca a ese hombre en una situación determinada. Y hacen que se comporte de tal modo, desde el principio al final del libro, que todos sus actos, todos sus movimientos, sean el reflejo de su naturaleza íntima, de todos sus pensamientos, de todos sus deseos, de todos sus titubeos. Por lo tanto, ocultan la psicología en lugar de exhibirla; construyen el esqueleto de la obra, del mismo modo que la osamenta invisible es el esqueleto del cuerpo humano. El pintor que realiza nuestro retrato no descubre nuestro esqueleto.

Creo también que la novela así realizada gana en sinceridad. En primer lugar, porque es más verosímil, ya que las personas que vemos actuar en torno nuestro no nos dicen los móviles a los que obedecen.

Luego hay que tener en cuenta que, si bien a fuerza de observar a los hombres podemos determinar su naturaleza con bastante exactitud, a fin de prever su actitud en casi todas las circunstancias, si bien podemos decir con precisión: «Tal hombre, de tal temperamento, hará esto en tal caso», no se sigue de ello que podamos determinar, una a una, todas las secretas evoluciones de un pensamiento, que no es el nuestro, todas las misteriosas sollicitaciones de sus instintos, que no son iguales a los nuestros, todas las incitaciones confusas de su naturaleza, cuyos órganos, nervios sangre y carne son diferentes a los nuestros.

Sea cual sea la inteligencia de un hombre débil, afable, sin pasiones, enamorado tan sólo de la ciencia y el trabajo, nunca se podrá abismar de una manera bastante completa en el alma y el cuerpo de un mozo avispado y exuberante, sensual, violento, agitado por todos los deseos e incluso todos los vicios, para poder comprender e indicar sus impulsos y sus sensaciones más íntimas aun cuando sí puede prever y relatar perfectamente todos los actos de su vida.

En suma, quien hace psicología pura no puede ponerse en el lugar de todos sus personajes en las diferentes situaciones donde los sitúa, ya que le resulta imposible cambiar sus órganos, que son los únicos intermediarios entre la vida exterior y nosotros, que nos imponen sus percepciones, determinan nuestra sensibilidad y crean en nosotros un alma esencialmente diferente de todo lo que nos rodea. Nuestra visión, nuestro conocimiento del mundo, adquirido mediante la ayuda de los sentidos, nuestras ideas sobre la vida, solamente podemos trasladarlo parcialmente a todos los personajes de los que pretendemos descubrir su ser íntimo y desconocido. Por lo tanto, somos siempre nosotros los que nos mostramos en el cuerpo de un rey, de un asesino, de un ladrón o de un hombre honrado, de una cortesana, de una religiosa, de una joven educada o de una verdulera, ya que estamos obligados a plantearnos el problema de este modo: «Si yo fuera rey, asesino, ladrón, ramera, religiosa, joven educada o verdulera, ¿qué es lo que *yo* pensaría?, ¿qué es lo que *yo* haría?, ¿cómo *me* conduciría?» Por consiguiente, sólo diversificamos a nuestros personajes variándoles la edad, el sexo, la situación social y todas las circunstancias de la vida de nuestro *yo*, al que la naturaleza ha rodeado de una barrera de órganos infranqueables.

La habilidad consiste en no dejar que el lector reconozca ese yo bajo las máscaras que nos sirven para ocultarlo.

Pero si bien, desde el punto de vista de la absoluta exactitud, es discutible el puro análisis psicológico, puede no obstante proporcionarnos obras de arte tan hermosas como los otros métodos de trabajo.

He aquí actualmente a los simbolistas. ¿Por qué no? Su sueño de artistas es respetable; y lo que es particularmente interesante es que proclaman la extrema dificultad del arte.

En efecto, hay que ser muy loco, muy audaz, muy presumido o muy estúpido para continuar escribiendo hoy en día. Tras tantos maestros de tan variadas naturalezas, de inteligencia múltiple, ¿qué queda por hacer que no se haya hecho y qué queda por decir que no se haya dicho? ¿Quién de nosotros puede vanagloriarse de haber escrito una página, una frase, que no encontremos escrita, casi igual, en otra parte? Cuando leemos, nosotros, que estamos saturados de escritura francesa, que tenemos la impresión de que nuestro cuerpo entero está formado por una masa compuesta por palabras, ¿acertamos con un línea, con un pensamiento que no nos sea familiar y del cual no hayamos tenido, por lo menos, un presentimiento confuso?

El hombre que tan sólo se propone divertir a su público con la ayuda de procedimientos ya conocidos, escribe con seguridad, en el candor de su mediocridad, unas obras destinadas a la muchedumbre ignorante y desocupada, Pero aquellos sobre quienes pesan todos los siglos de la literatura francesa pasada, aquellos a quienes nada satisface, a quienes todo disgusta porque sueñan con algo mejor, a quienes todo les parece ya desflorado, a quienes su obra les da siempre la impresión de un trabajo inútil y común, llegan a juzgar arte literario como algo inaferrable, misterioso, que apenas nos revelan unas páginas de los más famosos maestros.

Veinte versos o veinte frases, leídos de corrido, nos conmueven como una revelación sorprendente; pero los versos siguientes se parecen a todos los versos, la prosa que luego sigue se parece a todas las prosas.

Los hombres ingeniosos no sufren, sin duda, estas angustias y estos tormentos, porque llevan consigo una irresistible fuerza creadora. No se juzgan a sí mismos. Los demás, nosotros, que somos simples trabajadores conscientes y tenaces, sólo podemos luchar contra el invencible desaliento mediante la continuidad del esfuerzo. Hay dos hombres que con sus enseñanzas, sencillas y luminosas, me han proporcionado esta fuerza de intentarlo siempre todo: Louis Bouilhet y Gustave Flaubert.

Si hablo aquí de ellos y de mí, débese a que sus consejos, resumidos en pocas líneas, serán quizás útiles a algunos jóvenes menos confiados en sí mismos de los que se suele ser de ordinario cuando se inicia la carrera literaria.

Bouilhet, a quien conocí primero, de una manera algo íntima, unos dos años antes de granjearme la amistad de Flaubert, a fuerza de repetirme que cien versos –o quizá menos– bastan para cimentar la reputación de un artista, si esos versos son irreprochables y contienen la esencia del talento y de la originalidad de un hombre incluso de segundo orden, me hizo comprender que el trabajo continuado y el profundo conocimiento del oficio pueden, un día de lucidez, de orden y de arrebató, mediante la feliz conjunción de un argumento que concuerde bien con todas las tendencias de nuestro espíritu, provocar esta aparición de la obra corta, única y tan perfecta como somos capaces de crearla.

Comprendí que los escritores más conocidos nunca han dejado más de un volumen, y que es preciso, ante todo, tener la suerte de encontrar y descubrir, en medio de la multitud de materias que se presentan a nuestra elección, aquella que absorberá todas nuestras facultades, toda nuestra valía, toda nuestra potencia artística.

Más adelante, Flaubert, a quien veía con frecuencia, me honró con su amistad. Me atreví a someterle algunos ensayos. Los leyó bondadosamente y me respondió: «Ignoro si tendrá usted talento. Lo que me entrega revela cierta inteligencia, pero no olvide usted esto, joven: el talento en frase de Bufón, es tan sólo una larga paciencia. Trabaje»

Trabajé y volví con frecuencia a su casa, dándome cuenta de que le caía en gracia, ya que me llamaba, sonriendo, su discípulo.

Durante siete años escribí versos, cuentos, novelas e incluso un drama abominable. Nada quedó de todo ello. El maestro lo leía todo; luego, el domingo siguiente, mientras almorzaba, desarrollaba sus críticas e infundía en mí, poco a poco, dos o tres principios que son el resumen de sus largas y pacientes enseñanzas: «Si se posee una originalidad –decía-, es preciso destacarla; si no se posee, es preciso adquirirla.»

«El talento es una larga paciencia»; se trata de observar todo cuanto se pretende expresar, con tiempo suficiente y suficiente atención para descubrir en ello un aspecto que nadie haya observado ni dicho. En todas las cosas existe algo inexplorado, porque estamos acostumbrados a servirnos de nuestros ojos sólo con el recuerdo de lo que pensaron otros antes que nosotros sobre lo que contemplamos. La menor cosa tiene algo desconocido. Encontrémoslo. Para descubrir un fuego que arde y un árbol en una llanura, permanezcamos

frente a ese fuego y a ese árbol hasta que no se parezcan, para nosotros, a ningún otro árbol y a ningún otro fuego.

Esta es la manera de llegar a ser original.

Además, tras haber planteado esa verdad de que en el mundo entero no existen dos granos de arena, de moscas, dos manos o dos narices iguales totalmente, me obligaba a expresar, con unas cuantas frases, un ser o un objeto de forma tal a particularizarlo claramente, a distinguirlo de todos los otros seres o de otros objetos de la misma raza y de la misma especie.

«Cuando pasáis –me decía- ante un abacero sentado a la puerta de su tienda, ante un portero que fuma su pipa, ante una parada de coches de alquiler, mostradme a ese abacero y a ese portero, su actitud, toda su apariencia física indicada por medio de la maña de la imagen, toda su naturaleza moral, de manera que no los confunda con ningún otro abacero o ningún otro portero, y hacedme ver, mediante una sola palabra, en qué se diferencia un caballo de coche de punto de los otros cincuenta que le siguen o le preceden.»

He desarrollado en otro lugar sus ideas sobre el estilo. Guardan mucha relación con la teoría de la observación que acabo de exponer.

Sea cual sea lo que queramos decir, existe una sola palabra para expresarlo, un verbo para animarlo y un adjetivo para calificarlo. Por lo tanto, es preciso buscar, hasta descubrirlos, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo, y no contentarse nunca con algo aproximado, no recurrir jamás a supercherías, aunque sean afortunadas, a equilibrios lingüísticos para evitar la dificultad.

Se pueden traducir e indicar las cosas más sutiles aplicando este verso de Boileau:

Mostró el poder de una palabra colocada en su lugar.

No es en absoluto necesario recurrir al vocabulario extravagante, complicado, numeroso e ininteligible que se nos impone hoy día, bajo el nombre de escritura artística, para fijar todos los matices del pensamiento; sino que deben distinguirse con extrema lucidez todas las modificaciones del valor de una palabra según el lugar que ocupa. Utilicemos menos nombres, verbos y adjetivos de un sentido casi incomprensible y más frases diferentes, diversamente construidas, ingeniosamente cortadas, repletas de sonoridades y ritmos sabios. Esforcémonos en ser unos excelentes estilistas en lugar de coleccionistas de palabras raras.

En efecto, es más difícil manejar la frase a nuestro antojo, lograr que lo diga todo, incluso aquello que no expresa, llenarla de sobreentendidos, de secretas intenciones no formuladas, que inventar nuevas expresiones o buscar, en lo más profundo de antiguos y desconocidos libros, todas aquellas cuyo uso y significado se ha ido perdiendo y que son, para nosotros, como expresiones muertas.

Por otra parte, la lengua francesa es un agua pura que los escritores amanerados no han logrado ni lograrán jamás enturbiar. Cada siglo ha echado en esa límpida corriente sus modas, sus arcaísmos pretenciosos y sus preciosismos, sin que prevalezca ninguno de esos inútiles intentos, de esos esfuerzos impotentes. La naturaleza propia a esta lengua consiste en ser clara, lógica y nerviosa. No se debe debilitar, oscurecer o corromper.

Los que hoy día construyen imágenes sin prestar atención a los términos abstractos, los que hacen caer el granizo o la lluvia sobre la «limpieza» de los cristales, pueden también lanzar piedras a la sencillez de sus colegas. Acaso los alcancen, porque poseen un cuerpo, pero jamás alcanzarán a la sencillez, porque carece de él.

GUY DE MAUPASSANT

La Gillette, Etretat, septiembre de 1887

PEDRO Y JUAN

I

—¡Basta! — exclamó de pronto el viejo Roland, que desde hacía un cuarto de hora permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el agua, y levantando de vez en cuando de un tirón, con un ligero movimiento, su caña de pescar sumergida en el mar.

Madame Roland, adormilada en la popa del barco junto a madame Rosémilly, invitada a esa partida de pesca, se despertó y volvió la cabeza hacia su marido:

—¡Bueno! ¿Qué tal te va, Jerónimo?

El buen hombre respondió gruñendo:

—Ya no pican... Desde el mediodía no he pescado nada. Deberíamos pescar los hombres solos; las mujeres hacen que embarquemos demasiado tarde.

Sus dos hijos, Pedro y Juan, que se encontraban uno a babor y el otro a estribor, con el sedal arrollado en el índice, se echaron a reír al mismo tiempo, y Juan dijo:

—Papá, no eres muy galante con nuestra invitada.

Monsieur Roland se excusó, confuso:

—Le ruego me perdone, madame Rosémilly; yo soy así. Invito a las damas porque me gusta su compañía y luego, en cuanto siento el agua bajo mis pies, solamente pienso en la pesca.

Madame Roland, la cual, ya totalmente despierta, miraba con aire enternecido el ancho horizonte de acantilados, murmuró:

—No obstante, has logrado una buena pesca.

Su marido movió la cabeza para negarlo mientras miraba complacido el cesto, donde el pescado capturado por los tres hombres palpaba todavía vagamente, con un suave rumor de escamas viscosas y aletazos impotentes, con ansias de respirar en el aire mortífero.

El viejo Roland colocó su cesta entre las rodillas, la inclinó e hizo rodar hasta el borde la masa plateada de los peces para ver los del fondo, y entonces se acentuó la palpitación, la agonía, y del fondo repleto de la cesta subió el fuerte olor de sus cuerpos, un sano olor a marea y algas.

El viejo pescador aspiró con fruición, igual que se aspiran las rosas, y declaró:

—¡Cáspita!, éstos son frescos.

Luego prosiguió:

—¿Cuántos has pescado tú, doctor?

Su hijo mayor, Pedro, un hombre de treinta años, de patillas negras cortadas como las de los magistrados, bigote y mentón afeitados, respondió:

—¡Oh!, poca cosa: tres o cuatro. Se volvió el padre hacia el pequeño.

—¿Y tú, Juan?

Juan, un muchachote rubio, muy barbudo, mucho más joven que su hermano, sonrió y murmuró:

—Más o menos como Pedro: cuatro o cinco.

Decían cada vez la misma mentira, que encantaba al viejo Roland.

Tras enrollar su sedal en el tolete de un remo, cruzó los brazos y advirtió:

—Nunca más intentaré pescar por la tarde. Pasadas las diez se acabó, ya no pican; los muy bribones hacen la siesta al sol.

El buen hombre contemplaba el mar en torno suyo con aire satisfecho de propietario.

Era un antiguo joyero parisiense al que un amor inmoderado por la navegación y la pesca indujo a abandonar el negocio en cuanto su posición fue lo bastante desahogada para permitirle vivir de sus rentas.

Se retiró a El Havre, compró una barca y se convirtió en marinero de afición. Sus dos hijos, Pedro y Juan, permanecieron en París para proseguir sus estudios, y de vez en cuando iban de vacaciones y compartían la afición de su padre.

Al salir del colegio, el primogénito, Pedro, cinco años mayor que Juan, sintió sucesivamente vocación por diversas profesiones y ensayó, una tras otra, como media docena; pero, asqueado pronto de cada una, se lanzaba sin tregua en pos de nuevas ilusiones.

La última que le tentó fue la medicina, y se aplicó al trabajo con tanto ahínco, que acababa de obtener su doctorado en poco tiempo, gracias a los exámenes extraordinarios que le concedió el ministro. Era exaltado, inteligente, voluble y tenaz, atiborrado de utopías y de ideas filosóficas.

Juan, tan rubio como moreno era su hermano, tan tranquilo como apasionado era su hermano, tan dulce como rencoroso era su hermano, cursó tranquilamente su carrera de derecho y acaba de obtener el diploma al tiempo que Juan recibía el de médico.

Ambos se tomaban un descanso junto a su familia y ambos tenían el proyecto de establecerse en El Havre si lograban hacerlo en condiciones satisfactorias.

Pero una imprecisa envidia, una de esas envidias sosegada que aumentan de un modo casi invisible entre hermanos o entre hermanas hasta la madurez y que estallan con ocasión de una boda o de un suceso feliz que favorece a uno de ellos, los mantenía vigilantes dentro de una fraterna e inofensiva enemistad. Desde luego, se querían, pero recelaban uno del otro. Pedro, que al nacer Juan contaba cinco años, miró con hostilidad de animalejo mimado a ese otro animalito que apareció de pronto en brazos de su padre y su madre, y que era tan amado y tan acariciado por ellos.

Juan había sido desde su infancia un modelo de dulzura, bondad y de carácter invariable. Pedro estaba cansado de oír continuamente a ese muchachote gordinflón cuya dulzura le parecía debilidad, la bondad simpleza y el afecto ofuscación. Sus padres, gente práctica que soñaba para sus hijos una situación de honorable medianía, le reprochaban sus indecisiones, sus entusiasmos, sus intentos malogrados, todos sus arranques impotentes hacia un ideas generosas y unas profesiones brillantes.

Desde que llegó a ser un hombre, ya no le decían: «Observa a Juan e imítalo», pero cada vez que oía repetir: «Juan ha hecho esto, Juan ha hecho lo otro», comprendía perfectamente el sentido y la alusión ocultos en esas palabras.

Su madre, mujer de orden, una burguesa ahorradora y un poco sentimental, apaciguaba continuamente las pequeñas rivalidad que a diario se originaban entre sus dos hijos debidas a las pequeñeces que surgen en la vida común. Por otra parte, turbaba en aquel momento su sosiego un ligero acontecimiento y temía una complicación, ya que durante el invierno, mientras sus hijos terminaban sus estudios especiales, conoció a una vecina, madame Rosémilly, viuda de un capitán de la marina mercante, muerto dos años antes en un naufragio. La joven viuda, jovencísima, veintitrés años, mujer juiciosa que conocía la vida por instinto, como un animal libre, como si hubiera visto, sufrido, comprendido y pesado todos los acontecimientos posibles, que todo lo juzgaba con espíritu sano, estricto y benévolo, había tomado la costumbre de ir a bordar y charlar un rato, por la noche, a casa de esos amables vecinos que le ofrecían una taza de té.

El viejo Roland, a quien su manía de pose marinera aguijoneaba sin tregua, interrogaba a su nueva amiga sobre el difunto capitán, y ella le hablaba y refería sus viajes, sus antiguos relatos, sin engorro, como mujer razonable y resignada que ama la vida y respeta la muerte.

Al regresar los dos hijos y encontrar a esa bella viuda instalada en su casa, empezaron al acto a cortejarla, no tanto por el deseo de agradarle como por desbancarse mutuamente.

Su madre, prudente y práctica, esperaba con ansia que uno de los dos triunfaría, ya que la joven era rica, pero hubiera deseado que el éxito de uno no apenara al otro.

Madame Rosémilly era rubia, de ojos azules, y una corona de cabellos traviosos que revoloteaban a la más ligera brisa le daba un aspecto atrevidillo, intrépido y batallador que no concordaba en absoluto con su inteligente y metódica prudencia.

Parecía preferir a Juan, inclinada hacia él por una similitud de naturaleza. Por otra parte, esta preferencia sólo se advertía en un casi imperceptible cambio en el tono de voz y en la mirada, y también en el hecho de que algunas veces le pedía su opinión.

Parecía adivinar que la opinión de Juan reforzaría la suya propia, mientras que disentía totalmente de las opiniones de Pedro. Cuando hablaba de las ideas del doctor, políticas, artísticas, filosóficas o morales, decía de vez en cuando: «Sus pamplinas.» Entonces él le dirigía una fría mirada de magistrado que instruye el proceso de las mujeres, de todas las mujeres, esos pobres seres.

Antes del regreso de sus hijos, el viejo Roland nunca la invitó a sus partidas de pesca, a las cuales no le acompañaba tampoco su mujer, porque le gustaba embarcarse antes del amanecer con el capitán Beausire, marino jubilado al que había conocido en el puerto y que se convirtió en su amigo íntimo, y con el viejo marinero Papagris, apodado Jean-Bart y encargado de la custodia del barco.

Ahora bien, una tarde de la semana precedente en que había almorzado con ellos, madame Rosémilly dijo: « ¡Debe de ser divertido ir de pesca! » Halagado en su pasión el antiguo joyero, e impelido por el deseo de comunicarla, de conquistar prosélitos, exclamó:

— ¿Quiere usted venir?

— ¡Claro que sí!

— ¿El martes próximo?

— De acuerdo: el martes próximo.

— ¿Es usted capaz de salir a las cinco de la mañana?

Lanzó un grito de sorpresa:

— ¡Ah, no! ¡No faltaba más!

El se sintió contrariado, pasmado y dudó de pronto de aquella vocación. No obstante, preguntó:

— ¿A qué hora podría usted salir?

— Pues... a las nueve.

— ¿Antes no?

—No, antes no; ya es bastante temprano.

El buen hombre titubeaba. Seguro que no pescarían nada, ya que, si el sol calienta, el pez no muerde; pero los dos hermanos se apresuraron a disponer la partidas, a organizarlo y concertarlo todo inmediatamente.

Así pues, el martes siguiente la *Perla* fue a andar bajo las blancas rocas del cabo de la Héve y estuvieron pescando hasta mediodía. Dormitaron luego, volvieron a intentarlo, ya sin éxito, y el viejo Roland, comprendiendo un poco tarde que madame Rosémilly sólo gustaba y apreciaba el paseo por el mar, y viendo que sus sedales ya no se movían, en un momento de arrebató inmotivado, lanzó un enérgico «¡Basta!» que se dirigía tanto a la indiferente viuda como a los peces, a los que no había forma de capturar.

Observaba ahora el botín pescado, su botín, con una alegría vibrante; luego levantó los ojos al cielo y vio que el sol ya declinaba.

—¿Qué, muchachos? ¿Y si regresáramos?

Ambos tiraron de los sedales, los arrollaron, clavaron los anzuelos en los corchos una vez los hubieron limpiado y esperaron.

Roland se había puesto en pie para inspeccionar el horizonte al estilo de un capitán:

—Ha amainado el viento — dijo —; vamos a cenar, muchachos.

Y de pronto, apuntando con el brazo extendido hacia el Norte, añadió:

—Caramba!, el buque de Southampson.

Sobre el mar en calma, tenso, como una tela azul, inmenso, reluciente, con reflejos de oro y fuego, se alzaba a lo lejos, en la dirección indicada, una nube negruzca. Y debajo se percibía el navío, que parecía muy pequeño debido a la distancia.

Hacia el Sur se veían también otras numerosas humaredas, en dirección todas ellas al muelle de El Havre, del que apenas se distinguían la línea blanca de los muelles y el faro, erguido como un cuerno en la extremidad.

Roland preguntó:

—¿No es hoy cuando debe llegar el *Normandía*?

Juan respondió:

—Sí, papá.

—Pásame el catalejo; creo que el buque está allá abajo.

Desplegó el padre el tubo de cobre, lo ajustó a su ojo, buscó el punto de mira y de pronto, encantado por haber acertado, dijo:

—Sí, sí, es el *Normandía*; reconozco sus dos chimeneas. ¿Quiere usted mirar, madame Rosémilly?

Tomó ella el objeto y lo dirigió hacia el lejano trasatlántico, sin lograr sin duda localizarlo, ya que no distinguía nada, sólo el mar azul, aureolado por un círculo de color, un arco iris redondo, y luego unas cosas extrañas, una especie de eclipses que la mareaban.

Al devolver el catalejo, dijo:

—Nunca supe manejar este instrumento. Incluso indignaba por ello a mi marido, que durante horas y horas observaba desde la ventana el paso de los barcos.

El viejo Roland, molesto, prosiguió:

—Se debe sin duda a algún defecto de su vista, ya que mi catalejo es excelente.

Luego se lo ofreció a su esposa:

—¿Quieres mirar?

—No, gracias; ya sé que es inútil.

Madame Roland, una mujer de cuarenta y ocho años que no los representaba, parecía gozar más que nadie de ese paseo y del final del día.

Sus cabellos, castaños, apenas empezaban a encanecer. Su aspecto era tranquilo y razonable, y daba gusto ver su aire sosegado. Según decía su hijo Pedro, daba importancia al dinero, lo cual no le impedía disfrutar el encanto del ensueño. Le agradaba leer novelas y poesías, no por su mérito artístico, sino por los sentimientos melancólicos y tiernos que despertaban en ella. Un verso, a veces insignificante, con frecuencia sin mérito alguno, hacía vibrar su cuerdecita — como decía ella — y le daba la sensación de un misterioso deseo casi realizado. La satisfacían esas ligeras emociones que turbaban un poco su alma, tan bien gobernada, por lo demás, como un libro de contabilidad.

Desde que llegaron a El Havre engordaba a ojos vistas, lo que desarrollaba su talle, antaño flexible y esbelto.

Aquella salida al mar la había cautivado. Su marido, sin ser brutal, la trataba con despego, del mismo modo que tratan sin cólera los déspotas de poca monta, para quienes mandar equivale a renegar. Se contenía ante los extraños, pero en familia se abandonaba a su genio, tomando un aspecto feroz a pesar de que temía a todo el mundo.

Ella, por horror al escándalo, a las escenas y las explicaciones inútiles, cedía siempre y nunca pedía nada; por este motivo, hacía tiempo que no se atrevía a pedir a Roland que la llevara de paseo por el mar, razón por la cual ahora aprovechaba gozosamente esta circunstancia y saboreaba el raro y nuevo placer.

Desde que embarcaron se abandonó por entero, en cuerpo y alma, a ese dulce deslizarse sobre el agua. No pensaba en nada, no divagaba entre recuerdos ni entre esperanzas; le parecía que su corazón flotaba, como su cuerpo, sobre algo delicado, fluido, delicioso, que la acunaba y la embriagaba.

Cuando el padre ordenó el regreso diciendo: « ¡Vamos a remar! », sonrió al contemplar cómo sus hijos se despojaban de las chaquetas y arrollaban las mangas de la camisa sobre sus brazos desnudos.

Pedro, que se hallaba más cerca de las dos mujeres, tomó el remo de estribor, y Juan el remo de babor, aguardando a que el patrón gritara: « ¡Adelante! », ya que éste tenía empeño en que se ejecutaran las maniobras reglamentariamente.

Juntos dejaron caer los remos con un mismo impulso; luego se echaron hacia atrás tirando con todas sus fuerzas y se entabló una lucha para demostrar su vigor. Habían zarpado por la mañana, a la vela, lentamente, pero la brisa había cedido y el orgullo varonil de ambos hermanos se despertó de pronto ante la perspectiva de medir sus fuerzas.

Cuando iban a pasear solos con su padre, remaban sin que nadie llevara el timón, ya que Roland preparaba los sedales sin dejar de vigilar la ruta, que dirigía con un gesto o una palabra: «Juan, afloja. Pedro, aprieta.» O bien decía: «Vaya el “uno”. Vaya el “dos”. Un poco de esfuerzo.» El que había aflojado remaba más fuerte y el otro remaba con más calma, y el barco tomaba así de nuevo la dirección debida.

Hoy iban a hacer gala de sus bíceps. Los brazos de Pedro eran velludos, un poco flacos, pero nerviosos; los de Juan, gruesos y blancos, algo sonrosados, con una musculatura que se contraía bajo la piel.

Al principio, la ventaja era de Pedro. Con los dientes apretados, la frente ceñuda, las piernas tensas, las manos crispadas sobre el remo, lo hacía actuar en toda su longitud a cada uno de sus esfuerzos; y la *Perla* se inclinaba hacia la costa. El viejo Roland, sentado en la proa para dejar todo el banco de popa a las mujeres, se desgañitaba. ordenando: «Despacio el “uno”. Firme el “dos”.» El “uno” redoblaba desesperadamente y el “dos” no podía responder a este remar desordenado.

Finalmente el patrón ordenó: « ¡Alto! » Los dos remos se levantaron juntos y Juan, por orden de su padre, remó él solo unos instantes. Pero a partir de aquel momento continuó llevando ventaja; se animaba, se enardecía, mientras que Pedro, jadeante, agotado por una crisis de vigor, perdía las fuerzas y el aliento. Cuatro veces consecutivas mandó Roland alzar los remos para permitir que el primogénito recobrará el aliento y se enderezara la barca, que

se iba al garete. El doctor, con la frente sudorosa, las mejillas pálidas, humillado y rabioso, balbuceaba:

—No sé lo que me ocurre, siento un espasmo en el corazón. Empecé muy bien y he perdido las fuerzas.

Le preguntó Juan:

—¿Quieres que coja yo los dos remos?

—No, gracias; ya me pasara.

La madre, molesta, decía:

—Vamos, Pedro, ¿a qué conduce esforzarte de ese modo? Ya no eres un chiquillo.

Pero él alzaba los hombros y volvía a remar.

Madame Rosémilly parecía no ver ni comprender, ni oír nada. Su rubia cabecita se inclinaba hacia atrás a cada movimiento del barco y sus finos cabellos revoloteaban sobre sus sienes.

El viejo Roland exclamó:

—Mirad, el *Príncipe Alberto* nos alcanza.

Y todos volvieron los ojos. Alargado, de poca altura, con sus dos chimeneas inclinadas hacia atrás y sus dos tambores amarillos, redondos cómo mejillas, el barco de Southampton llegaba a toda marcha, cargado de pasajeros y sombrillas abiertas. Sus ruedas, rápidas y ruidosas, golpeaban el agua, que caía de nuevo convertida en espuma y le daba el aire de un correo apresurado; y la proa cortaba el mar levantando dos olas finas y transparentes que se deslizaban a lo largo de los bordes.

Cuando la *Perla* estuvo a la misma altura, el viejo Roland se descubrió y las dos mujeres agitaron sus pañuelos; media docena de sombrillas respondieron a esos saludos agitadas vivamente sobre la cubierta del paquebote, que se alejó dejando tras él, en la tranquila y reluciente superficie del mar, unas leves ondulaciones.

Se veían otros buques que se dirigían todos, desde diversos puntos del horizonte, hacia el muelle recogido y blanco, que los engullía uno tras otro como una gigantesca boca. Las barcas de pesca y los grandes veleros de mástiles ligeros que se deslizaban sobre el cielo, arrastrados por imperceptibles remolcadores, llegaban todos, rápidos o lentos, hacia ese ogro devorador que, de vez en cuando, como si estuviera hartado, arrojaba hacia el mar abierto otra flota de paquebotes, *bricks*, goletas y buques de tres palos parecido a un enmarañado bosque. Los vapores, presurosos, huían por la derecha, por la izquierda, sobre el vientre liso del Océano, mientras los buques de vela, abandonados por las ligeras embarcaciones que los

habían sirgado, permanecían inmóviles, mientras se arropaban desde la gavia hasta el juanete, de lona blanca o pardusca, que el sol poniente aureolaba de rosa.

Madame Roland murmuró entornando los ojos:

— ¡Dios mío, qué hermoso es el mar!

Madame Rosémilly respondió, con un prolongado suspiro en el que no había tristeza alguna:

—Sí, pero hace mucho daño algunas veces.

Roland exclamó:

— ¡Miren! El *Normandía* aparece allí, a la entrada. ¡Qué grande!, ¿no es cierto?

Luego describió la costa que tenían enfrente, lejos, muy lejos, al otro lado de la desembocadura del Sena — desembocadura que mide veinte kilómetros, recalcó Roland —. Señaló Villerville, Trouville, Houlgate, la ría de Caen, Luc, Arromanches y las rocas de Calvados, que hacen la navegación peligrosa hasta Cherburgo. Luego habló de los bancos de arena del Sena, que se desplazan a cada marea y engañan incluso a los pilotos de Quileboeuf si éstos no recorren a diario el canal. Hizo notar que El Havre separaba la alta y la baja Normandía. En la baja Normandía, la costa llana desciende hasta el mar convertida en pastos, praderas y cultivos. La costa de la alta Normandía es, en cambio, escarpada; un extenso acantilado cortado, dentado, soberbio, que forma hasta Dunquerque una inmensa llanura blanca y alberga en cada escotadura una aldea o un puerto: Etretat, Fécamp, Saint-Valéry, Le Tréport, Dieppe, etcétera.

Las dos mujeres no le escuchaban, adormecidas por el bienestar, emocionadas por la visión de ese Océano cubierto de buques que corrían como animales en torno a su cubil; y callaban bajo el peso de ese ancho horizonte de aire y agua, reducidas al silencio por esa puesta de sol sedante y magnífica. Sólo Roland hablaba sin parar; era de esas personas a quienes nada desconcierta. Las mujeres, más nerviosas, notan a veces, sin comprender la razón, que el ruido de una voz inútil resulta irritante como una grosería.

Pedro y Juan, recobrada la calma, remaban lentamente. La *Perla* se dirigía hacia el puerto, casi invisible junto a los grandes buques.

Cuando arribó al muelle, el marinero Papagris, que la esperaba, dio la mano a las señoras para ayudarlas a bajar; y se dirigieron a la ciudad. Una plácida y numerosa muchedumbre, que a diario se dirige a los muelles a la hora de pleamar, regresaba a su vez.

Madame Roland y madame Rosémilly iban delante, seguidas por los tres hombres. Al subir por la calle de París, se detenían a veces ante un almacén de modas o de orfebrería para contemplar un sombrero o unas alhajas; tras cambiar impresiones, proseguían su camino.

Ante la plaza de la Bolsa, Roland contempló como de costumbre la dársena del Comercio, prolongada por otras dársenas y donde los cascos de los grandes buques, descansando en la arena, se alineaban en cuatro o cinco hileras. Los numerosos mástiles, sobre una extensión de varios kilómetros de muelle, todos con sus vergas, sus flechas y sus cordajes, daban a aquella abertura, en medio de la ciudad, el aspecto de un bosque seco. Por encima de este bosque sin hojas volaban las gaviotas, preparadas, dispuestas a lanzarse como una piedra que cae sobre los desperdicios que caían al agua; y un grumete, que ataba una polea en el extremo de un sobrejuanete, parecía haber subido en busca de nidos.

—¿Quiere usted comer con nosotros, con toda confianza, para terminar juntos el día? — preguntó madame Roland a madame Rosémilly.

—Con mucho gusto; acepto también con toda confianza. Sería triste para mí regresar sola a casa esta tarde.

Pedro, que había oído y a quien la indiferencia de la joven empezaba a molestar, murmuró: «Bueno, ahora se nos incrusta la viuda.» Estas palabras, que nada decían — desde pocos días antes la llamaba «la viuda» —, molestaba a Juan por la entonación, que le parecía perversa y ofensiva.

Los tres hombres no pronunciaron una sola palabra hasta pisar el umbral de su casa. Era una casa angosta, compuesta por bajo y dos pisitos, en la calle Belle-Normande. La sirvienta, Josefina, una zagala de diecinueve años que ostentaba hasta el extremo el aire aturdido y brutal de los campesinos, acudió a abrir y subió detrás de sus señores hasta el salón, en el primer piso; después dijo:

—Ha venido un señor tres veces.

El viejo Roland, que nunca la hablaba sin gruñir y maldecir, exclamó:

—¿Quién es el que ha venido, demonios?

—Un señor de parte del notario.

—¿De qué notario?

—Pues del notario señor Canu.

—¿Y qué es lo que ha dicho ese señor?

—Que el señor Canu vendría personalmente esta tarde.

El señor Lecanu era el notario y también un poco el amigo del viejo Roland, de cuyos asuntos se ocupaba. Para que hubiese anunciado su visita aquella misma tarde, era preciso que se tratara de algo importante; y los cuatro Roland se miraron, turbados por aquella noticia, como les ocurre a todas las personas de modesta posición en cuanto interviene un notario, el cual despierta en ellos numerosas ideas de contratos, herencias, procesos, cosas deseables o temibles. Tras algunos segundos de silencio, murmuró el padre:

—¿qué se deberá esta visita?

Madame Rosémilly se echó a reír:

—Estoy segura de que se trata de una herencia.

Pero no esperaban la muerte de nadie que pudiera legarle algo.

Madame Roland, dotada de una memoria excelente para los parentescos, empezó a pensar en todas las alianzas, tanto por parte de su marido como por la suya, a remontar las filiaciones y seguir las ramas de los parentescos.

Sin ni siquiera quitarse el sombrero, preguntaba:

—Dime, papá —llamaba a su marido «papá», en casa, y algunas veces «señor Roland», ante extraños —, dime: ¿recuerdas con quién contrajo matrimonio en segundas nupcias José Lebru?

—Sí, con una Dumenil, la hija del negociante en papel.

—¿Tuvieron hijos?

—Ya lo creo; por lo menos, cuatro o cinco.

—No; entonces, no hay que esperar por este lado.

Se animaba imaginando, se aferraba a la esperanza de un poco de desahogo caído del cielo. Pero Pedro, que amaba mucho a su madre, sabía que era un tanto soñadora y temía una desilusión, un ligero disgusto en caso de que la noticia fuera triste en lugar de agradable, la interrumpió:

—No te embales, mamá; ya no hay tíos de América. Creo más bien que se trata de un matrimonio para Juan.

A todos sorprendió aquella idea y a Juan le molestó un poco que su hermano hubiera dicho tal cosa delante de madame Rosémilly.

—¿Por qué habría de tratarse de mí y no de tí? La suposición es muy discutible. Tú eres el mayor; por lo tanto, habrían pensado en ti en primer lugar. Y, además, yo no quiero casarme.

Pedro dijo irónicamente:

—¿Estás enamorado?

El otro, enojado, respondió:

—¿Tengo que estar enamorado para decir que no quiero casarme todavía?

—¡Ah, bueno! Este «todavía» lo aclara todo: esperas.

—Sí quieres, supón que aguardo.

Pero el viejo Roland, que había estado escuchando y reflexionando, encontró de pronto la solución más verosímil:

—¡Demonio! Somos unos tontos al devanarnos los sesos. El señor Lecanu es amigo nuestro, sabe que Pedro busca un consultorio médico y Juan un piso para su bufete de abogado, y habrá encontrado algo para uno de vosotros.

Era algo tan sencillo y probable, que todos estuvieron de acuerdo.

—La mesa está servida — dijo la sirvienta.

Y todos marcharon a sus respectivas habitaciones para lavarse las manos antes de sentarse a la mesa.

Diez minutos después se encontraban comiendo en el reducido comedor de la planta baja.

Al principio casi no hablaron; pero al cabo de algunos minutos Roland volvió a manifestar su sorpresa por aquella visita del notario.

—En definitiva, ¿por qué no ha escrito, por qué ha enviado tres veces al pasante y por qué viene él personalmente?

A Pedro le parecía todo muy natural:

—Necesita, sin duda, una respuesta inmediata; y quizá debe comunicarnos cláusulas confidenciales que prefiere no escribir.

Pero continuaban preocupados y algo molestos los cuatro por haber invitado a esa forastera, la cual cohibiría su discusión y las resoluciones que hubiera que tomar.

Acababan de subir a la sala cuando llegó el notario. Roland le salió al encuentro.

—Buenos días, mi querido amigo.

Madame Rosémilly se puso en pie:

—Me marchó, me siento muy cansada.

Por educación intentaron retenerla, pero ella no consintió y se fue sin que ninguno de los tres hombres la acompañara, como de costumbre.

Madame Roland se esmeró con el recién llegado:

—¿Una taza de café?

—No, gracias; me levanto de la mesa.

—¿Una taza de té, entonces?

—No se la rechazo, pero un poco más tarde; antes hemos de tratar de negocios.

En el profundo silencio que siguió a esas palabras, sólo se oía el rítmico movimiento del péndulo y, en el piso de encima, el ruido del entrechocar de las cacerolas que lavaba la boba sirvienta, demasiado boba incluso para escuchar detrás de las puertas.

El notario prosiguió:

—¿Conocieron ustedes en París a un tal Maréchal, Leon Maréchal?

Monsieur y Madame Roland prorrumpieron en la misma exclamación:

—¡Claro que sí!

—¿Se trataba de un amigo suyo?

Roland dijo:

—El mejor de todos, señor; un parisiense empedernido que no abandonaba el bulevar. Es jefe de sección en Hacienda. No le he vuelto a ver desde que abandoné la capital, y, además, dejamos de escribirnos. Ya sabe usted que ocurre cuando se vive lejos...

El notario añadió con tono grave:

—Monsieur Maréchal ha fallecido.

Ambos esposos se quedaron sorprendidos y mostraron esa expresión de tristeza, verdadera o simulada, pero rápida, con que se acogen estas noticias.

—Mi colega de París acaba de comunicarme la principal cláusula de su testamento, por la cual declara a su hijo Juan, monsieur Juan Roland, heredero universal.

Fue tan grande el asombro, que no supieron qué decir.

Madame Roland, dominando su emoción, fue la primera en hablar:

—Dios mío, el pobre León... Nuestro pobre amigo... Dios mío, Dios mío... ¡muerto!

Asomaron unas lágrimas a sus ojos, esas silenciosas lágrimas femeninas, gotas de pesar salidas del alma, que se deslizan por las mejillas y parecen tan dolorosas a pesar de ser tan inequívocas.

El viejo Roland pensaba menos en la tristeza de aquella pérdida que en la esperanza anunciada. Sin embargo, no se atrevía a preguntar en seguida por las cláusulas de aquel testamento y sobre la cifra de la fortuna; y, a fin de llegar a lo verdaderamente interesante para él, preguntó:

—¿De qué ha muerto ese pobre Maréchal?

Monsieur Lecanu lo ignoraba totalmente.

—Solamente sé — dijo — que, habiendo muerto sin herederos directos, deja toda su fortuna, unos veinte mil francos de renta en obligaciones al tres por ciento, a su segundo hijo, al cual vio nacer y crecer y que juzgó digno de ese legado. En el caso de que su hijo Juan no aceptara la herencia, ésta pasaría a los niños de la Inclusa.

El viejo Roland ya no pudo dominar su alegría y exclamó:

—¡Caramba! Fue una buena idea. De no haber tenido yo descendencia, tampoco hubiera olvidado a ese buen amigo.

El notario sonreía.

—He tenido mucho gusto en darle yo mismo la noticia. Siempre es agradable dar buenas noticias.

No se le ocurrió ni por un momento que esta buena noticia era la muerte de un amigo, del mejor amigo del viejo Roland, quien había olvidado, también de pronto, aquella intimidad encarecida poco antes sin convicción.

Sólo madame Roland y sus hijos conservaban su aspecto entristecido. Ella continuaba llorando, enjugándose los ojos con el pañuelo, que apoyaba luego en los labios para contener un profundo suspiro.

El doctor murmuró:

—Era una excelente persona, muy afectuoso. Con frecuencia nos invitaba a comer a mi hermano y a mí.

Juan, con los ojos muy abiertos y brillantes, acariciaba su hermosa y rubia barba con un gesto acostumbrado y deslizaba la mano derecha hasta los últimos pelos como para alargarla y afilarla.

Por dos veces abrió los labios para pronunciar alguna frase apropiada y tras mucho buscar sólo se le ocurrieron estas palabras:

—Me quería mucho, en efecto; siempre que iba a verle me besaba.

Pero el pensamiento del padre galopaba; galopaba en torno a la herencia anunciada, ya adquirida, a ese dinero oculto tras la puerta y que entraría luego, mañana, tras unas palabras de aceptación.

Preguntó:

—¿No habrá dificultades probables?... ¿Pleitos?... ¿Impugnaciones?...

Monsieur Lecanu parecía estar tranquilo:

—No, mi colega de París me indica que la situación es clarísima. Únicamente necesitamos la aceptación de su hijo Juan.

Entonces, perfectamente... ¿Y la fortuna no tiene complicaciones?

—¡En absoluto!

—¿Se han cumplido todas las formalidades?

—Todas.

De pronto, el antiguo joyero sintió un poco de vergüenza, una vergüenza indeterminada, instintiva y pasajera, por su preocupación en informarse, y prosiguió:

—Ya comprenderá que, si le pido inmediatamente todos estos datos, es para evitar a mi hijo disgustos que quizá no prevea. A veces existen deudas o una situación dificultosa, ¿qué sé yo?, y se mete uno en un laberinto sin salida. Es verdad que no soy yo quien hereda, pero pienso en el pequeño antes que nada. En la familia llamaban siempre a Juan «el pequeño», a pesar de que era más robusto que Pedro.

De pronto madame Roland pareció despertar de un sueño, recordar algo lejano, casi olvidado, que había oído tiempo atrás, de lo cual, por lo demás, no estaba segura, y balbuceó:

—¿Dice usted que nuestro pobre Maréchal ha dejado su fortuna a mi pequeño Juan?

—Sí, madame.

Añadió entonces sencillamente:

—Me alegra mucho, ya que esto prueba que nos quería.

Roland se había puesto en pie:

—¿Quiere usted que mi hijo firme en seguida la aceptación?

—No... no..., monsieur Roland. Mañana por la mañana en mi despacho, a las dos, si le parece bien.

—Sí, sí, perfectamente.

Entonces madame Roland, que también se había levantado sonreía después de haber llorado, avanzó hacia el notario, apoyó su mano en el respaldo de su sillón y, mirándolo enternecida como una madre agradecida, le dijo:

—¿Y esa taza de té, monsieur Lecanu?

—Ahora se la acepto con gusto, madame.

Llamaron a la sirvienta que trajo también pastas secas en unas cajas de latón, esas insípidas y vidriosas pastas inglesas que parecen elaboradas para que las piquen los loros y colocadas en cajas metálicas soldadas como para dar la vuelta al mundo. Fue luego a buscar unas servilletas grises, plegadas a cuadros esas servilleta para el té que nunca se lavan en las casas sencillas Volvió por tercera vez, con el azucarero y la tazas, y luego salió de nuevo para calentar el agua. Entonces esperaron.

Nadie hablaba; tenían demasiadas cosas en qué pensar y nada que decir. Únicamente madame Roland profería frases triviales. Relató la partida de pesca e hizo el elogio de la *Perla* y de madame Rosémilly.

—Deliciosa, deliciosa — repetía el notario.

Roland, recostado en el mármol de la chimenea como durante el invierno, cuando está encendida, con las manos en los bolsillos y los labios traviosos como a punto de silbar, no lograba estarse quieto, torturado por el imperioso deseo de dar rienda suelta a su alegría.

Los dos hermanos sentados en dos butacas iguales y con las piernas cruzadas del mismo modo, a derecha e izquierda del velador central miraban fijamente delante de ellos en actitudes parecidas, aunque con expresiones diferentes.

Apareció por fin *el té*. El notario lo tomó, echó azúcar y bebió el contenido de su taza después de haber desmenuzado dentro una galleta demasiado dura para morderla; luego se levanto, estrechó las manos y salió.

Roland repetía:

—Conforme. mañana en su despacho y a las dos.

Juan no había dicho ni una palabra.

Una vez hubo salido, continuó el silencio y luego el viejo Roland fue a dar unas palmadas en los hombros de su hijo menor, al tiempo que exclamaba:

—¡Bueno, hombre!, ¿no me abrazas?

Sonrió Juan y abrazó a su padre diciendo:

—No lo creía imprescindible

Pero el buen hombre no podía resistir su alegría. Andaba, tamborileaba sobre los muebles con sus torpes dedos, giraba sobre sus talones y repetía:

—¡Qué Suerte! ¡Qué suerte! ¡Esto sí que es tener suerte!

Pedro preguntó.

—¿Le habían tratado íntimamente tiempo atrás a ese Maréchal?

—¡Cómo!, pasaba siempre la velada en casa; y debes recordar que los días de asueto iba a recogerte al colegio y volvía a acompañarte después de comer. Ahora que recuerdo, precisamente, el día en que nació Juan, fue él quien llamó al médico. Había almorzado en casa cuando se sintió indispueta tu madre. Comprendimos en seguida de qué se trataba y salió corriendo. Era tanta su prisa, que cogió mi sombrero en lugar del suyo. Lo recuerdo porque después nos reímos mucho. Incluso es probable que recordara este detalle en el

momento de morir; y como no tenía ningún heredero, pensó: «Vaya, puesto que contribuí al nacimiento de ese pequeño voy a dejarle mi fortuna.»

Madame Roland sentada en una mecedora, parecía abismada en sus recuerdos. Murmuró como si pensara en voz alta:

—Era un buen amigo, abnegado y fiel, un hombre raro para los tiempos que corremos.

Juan se había levantado.

—Me voy a dar un paseo — dijo.

Su padre extrañado quiso retenerle ya que tenían que hablar, hacer proyectos y tomar resoluciones. Pero el joven se obstinó pretextando una cita. Por otra parte, tendrían mucho tiempo para entenderse antes de entrar en posesión de la herencia.

Y salió, ya que deseaba estar solo para reflexionar. Pedro dijo a su vez que también salía, y lo hizo después de su hermano, al cabo de unos minutos.

Cuando se encontró solo con su esposa, el viejo Roland la tomó en sus brazos, la besó diez veces en cada mejilla y, para responder al reproche que le había dirigido con frecuencia, dijo:

—¿Ves, querida, como no me hubiera servido de nada permanecer más tiempo en París, agotarme para los hijos en lugar de venir aquí a recuperar la salud, puesto que nos cae la fortuna del cielo?

Ella se había puesto seria.

—Cae del cielo para Juan —dijo—, pero ¿y Pedro?

—¡Oh!, Pedro es doctor, ganará dinero!... Y, además, su hermano le ayudará.

—No, no aceptaría. Aparte de que esta herencia es de Juan, sólo de Juan. Pedro queda pospuesto.

El buen hombre se quedó perplejo.

—Podemos mejorarlo en nuestro testamento.

—No; tampoco es justo eso.

—¡Ah, bueno! ¿Qué quieres que haga, entonces? Siempre piensas en cosas desagradables para estropear mis satisfacciones. ¡Ea!, voy a acostarme. Buenas noches. Pero, aunque digas lo que te parezca, ¡vaya suerte!

Se fue encantado, a pesar de todo, y sin una palabra de sentimiento por el amigo fallecido tan generosamente.

Madame Roland se sumió de nuevo en sus pensamientos ante la lámpara humeante.

II

Una vez fuera, Pedro se dirigió hacia la calle de París, la calle Principal de El Havre, luminosa, animada, ruidosa. El aire algo fresco del mar le acariciaba la cara y él caminaba con lentitud, con el bastón bajo el brazo y las manos cruzadas a la espalda.

Se sentía incómodo, agobiado, descontento, como cuando se ha recibido una mala noticia. No le afligía ningún pensamiento preciso y no hubiera sabido decir de dónde procedían ese agobio del alma y ese embotamiento del cuerpo. Algo le dolía sin saber qué; sentía un desasosiego, como una herida oculta que no se localiza pero molesta, fatiga, entristece, irrita; un sufrimiento desconocido y ligero, algo así como una sombra de aflicción.

Una vez hubo llegado a la plaza del Teatro, se sintió atraído por las luces del café Tortoni, y se dirigió lentamente hacia la fachada iluminada; pero en el momento de entrar pensó que encontraría amigos y conocidos, personas con las que se vería obligado a charlar, y sintió una repentina repugnancia hacia esa frívola camaradería en torno a las tazas y las copas medio vacías. Retrocedió entonces y volvió hacia la calle principal que conducía al puerto.

«¿Adónde iré?», se preguntaba buscando un Jugar que le gustara, que se acomodara con su estado de espíritu. No encontraba ninguno, ya que le irritaba sentirse solo y no hubiera querido encontrar a nadie.

Al llegar al muelle principal, dudó de nuevo y luego se dirigió hacia la escollera; había escogido la soledad.

Rozó un banco en el rompeolas y se sentó, cansado ya de andar y asqueado de su paseo incluso antes de haberlo llevado a cabo.

Se preguntó: «¿Qué me ocurre esta noche?» Y se puso a buscar entre sus recuerdos qué contrariedad pudo atraparle, como se interroga a un enfermo para encontrar la causa de la fiebre.

Como tenía un carácter excitable y al mismo tiempo reflexivo, se dejaba llevar por el arrebató y luego razonaba y aprobada o condenaba sus arranques; pero el primer impulso era, en definitiva, el más fuerte, y en él el hombre sensible dominaba siempre al hombre inteligente.

Buscaba, por tanto, de dónde procedía ese nerviosismo, esa necesidad de movimiento sin apetecerle nada, ese deseo de encontrar alguien para no estar de acuerdo con él, y también esa repugnancia hacia las personas que podría ver y hacia las cosas que podría decirles.

Y se formuló esta pregunta: «¿Será la herencia de Juan?»

Sí; después de todo, era posible. Cuando el notario anunció la noticia, sintió como su corazón latía con fuerza. Ciertamente, no siempre uno es dueño de sí mismo, y se sufren emociones espontáneas y persistentes contra las que se lucha inútilmente.

Se puso a reflexionar profundamente en este problema psicológico de la impresión producida por un hecho sobre el ser instintivo, la cual crea en él una corriente de ideas y sensaciones dolorosas o alegres contrarias a las que desea, redama y juzga buenas y sanas el ser pensante, que ha logrado superarse mediante el cultivo de la inteligencia.

Intentaba comprender el estado de espíritu del hijo que hereda una gran fortuna gracias a la cual disfrutará muchos placeres deseados desde hace tiempo y prohibidos por la avaricia de un padre al que, no obstante, se ama y se llora.

Su puso en pie y prosiguió andando hacia el final de la escollera. Se sentía mejor así, contento de haber comprendido, de haber sorprendido su propio yo, de haber descubierto al ser íntimo que está en nosotros.

«Por lo tanto, me he sentido celoso de Juan — pensó —. Esto es, verdaderamente, bastante ruin. Ahora estoy seguro de ello, puesto que lo primero en que he pensado ha sido en su boda con madame de Rosémilly. No obstante, yo no amo a esa pava razonable, capaz de hacer renegar del buen sentido y de la prudencia. Así pues, se trata de una envidia sin fundamento, la esencia misma de la envidia, la envidia a secas. Es preciso atender a eso.»

Llegaba ante el mástil de señales que indica la altura del agua en el puerto y encendió un fósforo para leer la lista de los buques señalados en alta mar y que debían entrar durante la próxima marea. Se esperaban buques del Brasil, de la Plata, de Chile y del Japón, dos *bricks* daneses, una goleta noruega y un vapor turco, lo que sorprendió tanto a Pedro como si hubiera leído «un vapor suizo»; y en su imaginación creó un gran barco tripulado por hombres luciendo turbante que subían por las cuerdas vistiendo pantalones anchos.

«¡Qué estupidez! — pensó —; sin embargo, el pueblo turco es un pueblo marineramente.»

Tras haber dado algunos pasos se detuvo para contemplar la rada. A la derecha, encima del Sainte-Adresse, los dos faros eléctricos del cabo de la Héve, parecidos a dos cíclopes monstruosos y gemelos, lanzaban al mar sus lejanas y poderosas miradas. Al partir de dos focos vecinos, los dos rayos paralelos, semejantes a las colas gigantes de dos cometas, descendían siguiendo una pendiente recta y desmesurada, desde la cima de la costa hasta el fondo del horizonte. Luego, sobre los dos muelles, otros dos faros, hijos de estos colosales, indicaban la entrada a El Havre; y allá abajo, al otro lado del Sena, se veían todavía otros

muchos, fijos o parpadeantes, que resplandecían o se eclipsaban, abriéndose y cerrándose como unos ojos, los ojos de los puertos, amarillos, rojos, verdes, vigilando el mar oscuro cubierto de buques, ojos vivos de la tierra hospitalaria que decían, sólo por el movimiento mecánico invariable y regular de sus pupilas: «Soy yo. Soy Trouville, soy Honfleur, soy la ría de Pont-Audemer.» Y, dominándolos a todos, tan alto que, de tan lejos, se confundía con un planeta, el faro aéreo de Etouville indicaba la ruta de Ruán a través de los bancos de arena de la embocadura del gran río.

Luego, en el agua profunda, en el agua sin límites, más oscura que el cielo, parecían verse, acá y allá, unas estrellas. Centelleaban en la bruma nocturna, pequeñas, cercanas o lejanas, blancas, verdes o rojas. Casi todas estaban inmóviles, aunque algunas parecían correr; eran los focos de los buques anclados, en espera de la próxima marca, o buques que navegaban en busca de un lugar para echar el anda.

Justo en aquel momento se alzó la luna detrás de la ciudad; parecía un faro enorme y divino encendido en el firmamento para guiar la flota infinita de las verdaderas estrellas.

Pedro murmuró, casi en voz alta: «Tanta maravilla y nos irritamos por cuatro cuartos.»

De pronto, muy cerca de él, en el ancho y oscuro cauce abierto entre los muelles, se deslizó una sombra, una gran sombra fantástica. Al inclinarse sobre el muro de piedra, vio una barca de pesca que regresaba sin ni un rumor de voces, ni un susurro de agua, sin un roce de remos, suavemente empujada por su alta vela parda, que recibía la brisa de alta mar.

Pensó: «Si pudiera vivir ahí, quizá recobraría la tranquilidad.» Luego, tras avanzar unos pasos, vio a un hombre sentado en el extremo del espigón.

¿Un soñador, un enamorado un sabio, un hombre feliz o un hombre triste? ¿Quién era? Se aproximó, curioso, con el fin de ver el semblante de aquel solitario y reconoció a su hermano.

—¡Ah!, ¿eres tú, Juan?

—¿Hombre, Pedro!, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Estoy tomando el aire. ¿Y tú?

Juan se echó a reír:

—Lo mismo te digo.

Pedro se sentó al lado de su hermano.

—¿Qué? Es fantástico, ¿no?

—Pues sí.

Por el tono de la voz, comprendió que Juan no había mirado nada; prosiguió:

—Cuando vengo aquí, siento unos deseos irresistibles de huir, de irme con todos los barcos hacia el Norte o hacia el Sur. Piensa que aquellos pequeños focos llegan de todas las partes del mundo, ¡de los países en que crecen grandes flores y hermosas jóvenes, pálidas o cobrizas, países donde se encuentra pájaros-mosca, elefantes, leones libres, reyes negros; de todos los países que son para nosotros como cuentos de hadas... Para nosotros, que ya no creemos en la Gatita Blanca ni en la Bella Durmiente. Sería muy agradable poder darse una vuelta por allá; pero para ello se necesitaría dinero, mucho dinero...

Se calló de pronto, pensando que su hermano disponía ahora de ese dinero y que, libre de toda preocupación, libre del trabajo cotidiano, libre sin obstáculos, feliz, gozoso, podía irse a donde se le antojara, hacia las rubias suecas o las morenas muchachas de La Habana.

Después le atravesó uno de esos pensamientos involuntarios tan frecuentes en él, tan bruscos, tan rápidos, que no podía preverlos ni detenerlos, ni modificarlos, y que parecían proceder de una segunda alma independiente y violenta: «¡Bah!, es muy necio y se casará con la pequeña Rosémilly.»

Se había incorporado.

—Te dejo soñar en el porvenir; yo necesito nadar.

Estrechó la mano de su hermano y prosiguió con acento cordial:

—Bueno, Juan, ya eres rico. Estoy satisfecho de haberte encontrado solo esta noche, para poder decirte cuánto me alegro, cuánto te felicito y cuánto te quiero.

Juan, amable y tierno por naturaleza, balbuceaba emocionado:

—Gracias..., gracias... querido Pedro, gracias.

Y Pedro se alejó con su lento paso, el bastón bajo el brazo y las manos cruzadas en la espalda.

Una vez llegado a la ciudad, se preguntó de nuevo qué haría, descontento por aquel paseo frustrado, por haberse visto privado de contemplar el mar debido a la presencia de su hermano

Tuvo una inspiración: «Iré a beber un vasito de licor en casa del viejo Marowsko»; y volvió a subir hacia el barrio de Ingouville.

Había conocido al viejo Marowsko en los hospitales de París. Se trataba de un viejo polaco, refugiado político según se decía, que tuvo allí terribles contratiempos y que vino a Francia para ejercer, una vez revalidados sus estudios, el oficio de farmacéutico. No se sabía nada de su pasado, razón por la cual corrieron rumores entre los internos, los externos, y luego entre los vecinos. Esta reputación de temible conspirador, de regicida, de patriota

dispuesto a todo que se había salvado por milagro de la muerte, sedujo la imaginación aventurera de Pedro Roland, por lo que éste se había convertido en el amigo del viejo polaco sin que, por otra parte, le explicara el viejo nada en absoluto de su vida pasada.

Gracias a las gestiones del joven doctor, el buen hombre se trasladó a El Havre contando con la numerosa clientela que el nuevo doctor le proporcionaría.

Entre tanto vivía pobremente en su modesta farmacia, vendiendo medicamentos a los modestos burgueses y a los obreros del barrio.

Pedro iba a visitarle con frecuencia después de comer y charlaban durante una hora, ya que le agradaban el apacible trato y la ingeniosa conversación de Marowsko, cuyos largos silencios creía respondían a profundos pensamientos.

Sobre el mostrador cargado de frascos lucía tan sólo, por economía, un mechero de gas. Detrás del mostrador, sentado en una silla con las piernas cruzadas, un hombre viejo y calvo, de nariz de pájaro prolongada en una frente calva, lo cual le proporcionaba un aire triste de cacatúa, dormía profundamente con la barba hundida en el pecho.

Se despertó al oír el timbre, se puso en pie y, al reconocer al doctor, le salió al encuentro tendiéndole las manos.

Su negra levita, salpicada de manchas de ácidos y jarabes, demasiado grande para su cuerpo delgado y pequeño, tenía el aspecto de una sotana vieja; y el hombre hablaba con un marcado acento polaco que daba una entonación infantil a su voz endeble, un ceceo y unas entonaciones de niño que empieza a balbucear.

Se sentó Pedro y le preguntó Marowsko:

— ¿Qué hay de nuevo, querido doctor?

— Nada. Lo mismo de siempre.

— No parece estar muy satisfecho esta noche.

— No suelo estarlo nunca.

— Vamos, vamos, hay que sacudirse el malhumor. ¿Quiere usted un vasito de licor?

— Sí, con mucho gusto.

— Entonces le daré a probar un nuevo preparado. Desde hace dos meses intentaba realizar algo con la grosella. Hasta ahora sólo se había hecho jarabe... Pues bien, lo he conseguido... Un buen licor, muy bueno, exquisito.

Se dirigió hacia el armario, radiante de gozo, lo abrió y escogió un frasco. Se movía y andaba con gestos breves, nunca completos; nunca alargaba totalmente el brazo ni estiraba totalmente las piernas, ni realizaba un movimiento entero y definitivo. Sus ideas parecían

semejantes a sus actos; las indicaba, las prometía, las esbozaba, las sugería, pero no las enunciaba.

Su mayor preocupación en la vida parecía ser, por otra parte, la preparación de jarabes y licores. «Con un buen licor o un buen jarabe se gana una fortuna», decía con frecuencia.

Había inventado centenares de preparados azucarados sin lograr acreditar uno solo. Pedro afirmaba que Marowsko le recordaba a Mazar.

Sacó dos vasitos de la trastienda y los colocó en la tabla donde manipulaba sus preparados; luego ambos examinaron el color del líquido poniendo los vasos a la altura del mechero.

—Bonito rubí — exclamó Pedro.

—¿Verdad que sí?

La vieja cabeza de loro del polaco parecía embelesada.

El doctor cató, saboreó, reflexionó, volvió a catar, reflexionó otra vez y emitió su veredicto:

—Muy bueno, buenísimo, y de un sabor totalmente nuevo. ¡Querido amigo, esto es un hallazgo!

— ¡Ah!, estoy contentísimo, de verdad.

Entonces Marowsko pidió consejo para bautizar el nuevo licor; quería llamarlo «esencia de grosella», o bien «grosella fina», «groselia» o quizá «groselina».

Pedro no aprobaba ninguno de aquellos nombres.

Al viejo se le ocurrió una idea:

—Me parece muy acertado lo que dijo usted antes: «Delicioso rubí.»

El doctor discutió todavía el valor de ese nombre, pese a ser idea suya, y aconsejó simplemente «groselleta», que pareció admirable a Marowsko. Luego quedaron silenciosos y permanecieron sentados unos minutos sin pronunciar palabra, bajo el único mechero de gas. Por fin Pedro dijo, casi a pesar suyo:

—¿Sabe usted? Nos ha ocurrido algo bastante sorprendente esta tarde. Un amigo de mi padre, al morir, ha dejado toda su fortuna a mi hermano.

Parecía que el farmacéutico no comprendía de momento, pero después de pensar un rato creyó que el doctor heredaba la mitad. Cuando Pedro se lo hubo explicado, pareció sorprendido y molesto; y, para expresar su disgusto, repitió varias veces:

—No hará buena impresión.

Pedro, que volvía a sentirse nervioso, quiso que Marowsko le explicara el sentido de esta frase. ¿Por qué no haría buena impresión? ¿Qué mala impresión podía hacer el que su hermano heredara una fortuna de un amigo de la familia? Pero el boticario, circunspecto, se limitó a añadir:

—En estos casos se divide la herencia entre los dos; le digo que no hará buena impresión.

El doctor, impaciente, se marchó hacia su casa y se acostó. Durante algún tiempo oyó como Juan andaba sin hacer ruido en la habitación de al lado; luego se durmió después de beber dos vasos de agua.

III

El doctor se despertó al día siguiente con la firme resolución de ganar dinero. Varias veces se había determinado a ello sin llegar a realizar su propósito. Cada vez que intentó una nueva carrera, la esperanza de hacerse rápidamente rico sostenía sus esfuerzos y su confianza, hasta tropezar con el primer obstáculo, con el primer fracaso, que le dirigía hacia un nuevo camino.

Meditaba, hundido en su cama, entre el suave calor de las sábanas. ¡Cuántos médicos se hicieron millonarios en poco tiempo! Bastaba un poco de habilidad, ya que en el transcurso de sus estudios pudo apreciar a los profesores más célebres y los juzgaba unos asnos. Desde luego, valía tanto como ellos o más. Si por cualquier medio lograba captarse la clientela elegante y rica de El Havre, podría ganar cien mil francos al año fácilmente. Y calculaba de una manera precisa las ganancias seguras. Saldría por la mañana a visitar a sus enfermos. Pensando en un promedio, más bien bajo, de diez diarios, a veinte francos cada uno, sumaban setenta y dos mil francos, incluso setenta y cinco mil, ya que la cifra de diez enfermos estaba por debajo de la realidad. Por la tarde recibiría en su consultorio otro promedio de diez clientes a diez francos, o sea treinta y seis mil francos. Eso hacía, en cifras redondas, ciento veinte mil francos. A los clientes antiguos y a los amigos les cobraría diez francos si los visitaba a domicilio y cinco si acudían a su consultorio, lo que rebajaría algo el total, que se compensaría con las consultas con otros médicos y los pequeños beneficios propios de la profesión.

Nada más fácil con una propaganda hábil y unos sueltos en el «Figaro», donde se publicaría que los médicos parisienses se interesaban por las sorprendentes curaciones realizadas por el joven y modesto médico de El Havre. Y sería más rico que su hermano, más rico y célebre, y se sentiría satisfecho de sí mismo, ya que debería su fortuna a él solo. Se mostraría generoso con sus ancianos padres, orgullosos con razón de su fama. No se casaría, ya que no quería complicarse la existencia con una mujer única y molesta, pero contaría con amantes entre sus más bellas clientes.

Se sintió tan seguro de su éxito, que saltó de la cama como para cogerlo inmediatamente y se vistió para dirigirse a la ciudad en busca del apartamento conveniente.

Entonces, mientras recorría las calles, pensó cuán fútiles son los motivos que determinan nuestras acciones. Tres semanas antes debió tomar esta resolución que de pronto surgía en él debido sin duda alguna a la herencia de su hermano.

Se detenía ante las puertas de donde colgaba el anuncio de un «bello» o «rico» apartamento para alquilar, ya que las indicaciones donde no constaba un adjetivo le dejaban indiferente. Visitaba con altivos modales esos apartamentos, medía la altura de los techos, dibujaba en un cuaderno el plano del piso, las comunicaciones, la disposición de las salidas, decía que era doctor y que contaba con numerosa clientela. Era preciso que la escalera fuese ancha y bien conservada; además, no podía aceptar más arriba de un primer piso.

Después de haber anotado seis o siete direcciones y redactado rápidamente doscientos informes, regresó a su casa para almorzar con un cuarto de hora de retraso.

Desde el vestíbulo oyó ruido de platos. No le habían esperado. ¿Por qué? En su casa no eran nunca tan puntuales. Se sintió ofendido, descontento, ya que era algo susceptible. En cuanto entró, le dijo Roland:

— ¡Vamos, Pedro, apresúrate! Sabes que a las dos nos espera el notario. No es el día apropiado para retrasarse.

El doctor se sentó sin responder después de haber besado a su madre y estrechado la mano de su padre y de su hermano. Luego se sirvió la chuleta reservada para él. Estaba fría y seca, lo cual le hizo suponer que le habían guardado la peor. Pensó que podían haberla dejado en el horno hasta su llegada, en lugar de perder la cabeza hasta el punto de olvidar totalmente al otro hijo, al mayor. La conversación, interrumpida al entrar él, se reanudó en el punto en que la habían dejado:

—En tu caso — decía a Juan madame Roland —, he aquí lo que haría en seguida: Me instalaría lujosamente a fin de llamar la atención, frecuentaría la sociedad, montaría a caballo y escogería uno o dos pleitos interesantes a fin de ganarlos y situarme ventajosamente en el Palacio de Justicia. Querría ser una especie de abogado que ejerce sólo por gusto y es muy solicitado. Gracias a Dios, no necesitas ganarte la vida, y si ejerces una profesión es para no olvidar lo que aprendiste y no estarte con los brazos cruzados.

El viejo Roland, mientras mondaba una pera, dijo:

— ¡Caramba!, si yo estuviera en tu lugar compraría un hermoso barco, un balandro con el que me atrevería a ir hasta el Senegal.

Pedro dio también su parecer. La fortuna no era lo que acreditaba la valía moral e intelectual de un hombre. Para los mediocres era tan sólo causa de relajación, mientras que representaba una poderosa palanca en manos de los fuertes. Por otra parte, éstos escaseaban. Si Juan era verdaderamente un hombre superior, ahora que se hallaba a cubierto de las necesidades, era el momento de demostrarlo. Pero debería trabajar cien veces más de lo que

hubiera hecho en otras circunstancias. No se trataba de pleitear en favor o en contra de la viuda o el huérfano y de embolsarse unos escudos por todo proceso ganado o perdido, sino de llegar a ser un eminente jurisconsulto, una lumbrera del foro.

Y añadió a guisa de conclusión:

—Si yo tuviera dinero, ¡no destriparía pocos cadáveres!

El viejo Roland se alzó de hombros:

— ¡Bueno, bueno! Lo más prudente en la vida es vivir tranquilo. No somos bestias de carga, sino hombres. Cuando se nace pobre es menester trabajar; pues bien, ¡qué remedio, se trabaja! ; pero cuando se dispone de rentas, entonces, ¡qué caramba!, habría que ser bobo para trabajar hasta reventar.

Pedro respondió con altivez:

—¡Nuestros puntos de vista son distintos! Yo solamente respeto el mundo el saber y la inteligencia; todo lo demás es despreciable.

Madame Roland se esforzaba siempre en suavizar los roces entre el padre y el hijo; desvió la conversación y habló de un asesinato que se había cometido la semana anterior en Bolbec-Nointot. Las mentes estuvieron de pronto ocupadas por las circunstancias que rodeaban el hecho y atraídas por el horror interesante, por el misterio atrayente de los crímenes, los cuales, incluso cuando son vulgares, vergonzosos y repugnantes, ejercen una extraña y general fascinación sobre la curiosidad humana.

No obstante, de vez en cuando el viejo Roland consultaba su reloj.

—Vamos — dijo —, es hora de ponernos en camino.

Pedro rezongó:

—Todavía no es hora; realmente, no era necesario hacerme comer una chuleta fría.

—¿Vienes a la notaría? — preguntó la madre.

—¿Yo? No. ¿ Para qué? Mi presencia es totalmente inútil.

Juan permanecía en silencio como si no se tratara de un asunto que le atañera. Cuando se habló del asesinato de Bolbec, opinó como jurista y desarrolló algunas ideas sobre los crímenes y los criminales. Ahora callaba de nuevo, pero el brillo de sus ojos, el color arrebolado de sus mejillas y hasta el brillo de su barba parecían proclamar su felicidad.

Cuando se hubo ido la familia, al encontrarse Pedro otra vez solo, reanudó sus investigaciones de la mañana a través de los pisos por alquilar. Tras dos o tres horas de subir y bajar escaleras, descubrió al fin, en el bulevar Francisco I, algo adecuado: un amplio entresuelo con dos puertas que daban a dos calles diferentes, una galería acristalada donde los

enfermos, en espera de que les llegara el turno, podrían pasearse en medio de las flores, y un delicioso comedor en forma de rotonda con vistas al mar.

Pero al ir a alquilarlo le detuvo el precio de tres mil francos, ya que tenía que pagar por anticipado el primer plazo y no llevaba dinero encima.

La pequeña fortuna que había ahorrado su padre ascendía apenas a ocho mil francos de renta, y Pedro se reprochaba haber agobiado a sus padres con los gastos provocados por sus largas indecisiones en la elección de una carrera, sus intentos siempre abandonados y sus estudios reanudados constantemente. Se despidió prometiendo una respuesta antes de dos días; y se le ocurrió pedir a su hermano el primer trimestre, o incluso un semestre, o sea mil quinientos francos, en cuanto entrara en posesión de su fortuna.

«Será un préstamo de algunos meses — pensaba —. Quizá se lo devuelva antes de fin de año. Además, se trata de una cosa muy sencilla y estará contento de ayudarme.»

Como aún no eran las cuatro y no tenía nada que hacer, absolutamente nada, se fue a sentar en un banco del parque; y permaneció mucho tiempo en él sin pensar en nada, con los ojos fijos en el suelo, abrumado por un hastío que derivaba en angustia.

No obstante, todos los días anteriores, desde su regreso a la casa paterna, había vivido así sin sentir tan cruelmente el vacío de la existencia y de su inacción. ¿Cómo había pasado el tiempo desde la mañana a la noche?

Había callejeado por la escollera, vagado por los cafés, por las calles, en la farmacia Marowsko, por todas partes. Y he aquí que, de repente, aquella vida, soportada hasta aquel momento, se le hacía odiosa, intolerable. De haber llevado algún dinero, hubiera alquilado un coche para dar un largo paseo por el campo, a lo largo de las zanjas de las granjas, sombreadas por las hayas y los olmos; pero se veía obligado a tener en cuenta el precio de un vaso de cerveza o de un sello, y esas fantasías no le estaban permitidas. Pensó de pronto en lo duro que resulta, a los treinta años y pico, verse reducido a pedir a su madre, ruborizándose, una moneda de vez en cuando; y murmuró, rascando el suelo con la contera de su bastón: «¡Ah!, si tuviera dinero... »

Y el pensamiento de la herencia de su hermano volvió a herirle como una picadura de avispa; pero intentó zafarse de él, ya que no quería dejarse ir por la pendiente de los celos.

A su alrededor jugaban unos niños entre el polvo del camino. Eran rubios, de largos cabellos, y con aire muy serio formaban montañitas de arena que deshacían luego de un puntapié.

Pedro se encontraba en uno de esos días abrumadores en que uno escruta los rincones más ocultos del alma y sacude todos sus repliegues.

«Nuestros trabajos se parecen a los de los chiquillos», pensó. Se preguntó luego si no sería lo más oportuno engendrar a dos o tres de esos seres inútiles y mirarlos crecer con gozo y curiosidad. Y por un momento pensó en el matrimonio. Al no estar solo, ya no se encuentra uno tan desorientado. Por lo menos, se siente cómo alguien se mueve cerca de uno en las horas de turbación e incertidumbre; ya es algo decir «tú» a una mujer cuando se sufre.

Y se puso a pensar en las mujeres.

Las conocía muy poco, ya que en el barrio latino sólo tuvo amores que duraron quince días, rotos al terminarse el dinero del mes y renovados o reemplazados al mes siguiente. No obstante, debían existir criaturas muy buenas, muy dulces y tranquilizadoras. ¿No había sido su madre la razón y el encanto del hogar paterno? ¡Cuánto hubiera deseado conocer a una mujer, a una verdadera mujer!

De pronto se puso en pie resuelto a visitar a madame Rosémilly.

Luego volvió a sentarse bruscamente. Esa no le agradaba. ¿Por qué? Tenía demasiado sentido común vulgar y ordinario. Y, además, ¿no parecía preferir a Juan? Sin confesárselo, esta preferencia tenía mucho que ver en la poca estimación que sentía por la inteligencia de la viuda, ya que, aunque amaba a su hermano, no podía abstenerse de juzgarlo un poco mediocre y considerarse superior.

No obstante, no iba a permanecer allí hasta la noche, y lo mismo que la tarde anterior se preguntó con ansia: «¿Qué hacer?»

Sentía en el alma una necesidad de ternura, de que le besaran y consolaran. ¿Consolarle de qué? No hubiera sabido decirlo, pero se hallaba en una de esas horas de relajación y abandono en que la presencia de una mujer, las caricias de una mujer, el roce de una mano, de un vestido, una dulce mirada negra o azul, parecen indispensables, inmediatamente, a nuestro coraron.

Acudió a su mente el recuerdo de una joven camarera a la que acompañó una noche a su casa y a la que volvió a ver de vez en cuando.

Se levantó otra vez para ir a beber un vaso de cerveza con aquella muchacha. ¿Qué le diría? ¿Qué le diría ella? Nada, sin duda. ¿Qué importaba? Cogería sus manos unos segundos. A ella parecía gustarle. ¿Por qué no se veían, entonces, más a menudo?

La encontró adormilada en una silla en la sala de la cervecería. Tres bebedores fumaban en pipa con los codos apoyados en las mesas de encina, mientras la cajera leía una novela y el dueño, en mangas de camisa, dormía a pierna suelta en una banqueta.

En cuanto le vio, la muchacha se puso en pie rápidamente y le dijo, mientras salía a su encuentro:

—Buenos días. ¿Cómo está usted?

—Regular. ¿Y tú?

—Yo, muy bien. ¿Cómo es que no le veo nunca?

—Dispongo de muy poco tiempo. ¿Sabes?, soy médico.

—¡Vaya!, nunca me lo había dicho. De haberlo sabido, le habría consultado la semana pasada, ya que me encontré mal. ¿Qué va usted a tomar?

—Una cerveza. ¿Y tú?

—Puesto que tú la pagas, también una cerveza.

Y continuó tuteándolo como si el invitarla a aquella consumición fuese un permiso tácito. Entonces, sentados frente a frente, se pusieron a charlar. De vez en cuando ella le cogía la mano con esa familiaridad condescendiente de las que venden sus caricias, y mirándolo con ojos insinuantes le dijo:

—¿Por qué no vienes más a menudo? Me gustas mucho, querido.

Pero a él ya le disgustaba; la veía estúpida, vulgar, oliendo a populacho. «Las mujeres — pensaba — deberían aparecérsenos en un ensueño o en una aureola de lujo que poetizara su vulgaridad.»

Ella le preguntó:

—El otro día te vi pasar con un buen mozo rubio y de barba muy poblada. ¿Era tu hermano?

—Sí, es mi hermano.

—Es guapísimo el muchacho.

—¿Te lo parece?

—¡Pues claro! Y tiene el aspecto de ser hombre de buen humor.

¿Qué extraña necesidad le impulsó de pronto a contar a esa camarera la herencia de Juan? ¿Por qué esa idea, que rechazaba cuando se encontraba solo, que apartaba por temor a la turbación en que sumía su alma, acudió a sus labios en aquel momento, y por qué la dejó manar como si sintiera la necesidad de vaciar de nuevo ante alguien su corazón repleto de amargura?

Cruzando las piernas, dijo:

— ¡Vaya suerte la de mi hermano! Acaba de heredar veinte mil francos de renta.

Ella arqueó las cejas sobre sus ojos, azules y codiciosos:

— ¡Oh! ¿Quién se los ha dejado?, ¿su abuela o su tía?

— No; un antiguo amigo de mis padres.

— ¿Sólo un amigo? ¡No es posible! ¿Y a ti no te ha dejado nada?

— No; yo casi no le conocía.

Reflexionó ella durante unos instantes y dijo luego, con una sonrisa maliciosa:

— ¡Vaya suerte la de tu hermano al tener esa clase de amigos! Claro, no me sorprende que se te parezca tan poco.

Sintió ganas de abofetearla sin saber exactamente por qué, y preguntó irritado:

— ¿Qué quieres decir con eso?

Contestó dando a su rostro una expresión boba e ingenua:

— Nada. Quiero decir que tiene más suerte que tú.

El echó un franco sobre la mesa y salió.

Iba repitiéndose aquella frase: «No me sorprende que se te parezca tan poco.»

¿Qué había pensado, qué había sobreentendido con aquellas palabras? Desde luego, ocultaban una malicia, una perversidad, una infamia. Sí, aquella moza debió de creer que Juan era hijo de Maréchal.

La emoción que le produjo esta sospecha respecto a su madre fue tan violenta, que se detuvo y buscó un lugar donde sentarse.

Frente a él vio otro café, entró, cogió una silla y, cuando el camarero se presentó, le pidió una cerveza.

Sentía latir su corazón y estremecían su piel unos escalofríos. De pronto recordó lo que había dicho Marowsko el día anterior: «No hará buena impresión.» ¿Pensó quizá lo mismo que aquella bribona?

Con la cabeza inclinada hacia el vaso, miraba la espuma blanca crepitar y fundirse, y se preguntaba: «¿Es posible que crean algo semejante?»

Los motivos que darían lugar a esa odiosa duda se le aparecían ahora uno tras otro, datos, evidentes, exasperantes. Que un solterón sin herederos deje su fortuna a los dos hijos de un amigo es una cosa muy sencilla y natural, pero que la deje a uno solo de esos hijos es cosa que sorprenderá a todo el mundo; la gente hará correr el chisme y acabarán riéndose. ¿Cómo es que no lo había previsto? ¿Y cómo no lo pensó su padre? ¿Y cómo no lo adivinó

su madre? Les había cegado el dinero inesperado y ni siquiera les rozó esta idea. Además, ¿cómo era posible que esas honradas personas sospecharan semejante ignominia?

Pero el público, el vecino, el tendero, todos los que los conocían, ¿no repetirían esta infamia, se recrearían, se alegrarían, se reirían de su padre y despreciarían a su madre?

Y La observación que hizo la camarera de la cervecería de que Juan era rubio y él moreno, de que no se parecían ni en la figura ni en el modo de andar, ni en la apostura, ni en la inteligencia, saltaba a los ojos de todos. Cuando se hablara de un hijo Roland, preguntarían: «¿Cuál de ellos, el verdadero o el falso?»

Se levantó decidido a advertir a su hermano, a ponerlo en guardia contra ese tremendo peligro que amenazaba el honor de su madre. Pero ¿cómo reaccionaría Juan? Seguramente, lo más sencillo sería renunciar a la herencia, que entonces iría a parar a manos de los pobres, y explicar solamente, a los amigos y conocidos informados de ese legado, que el testamento contenía cláusulas y condiciones inaceptables que hubieran convertido a Juan no en un heredero, sino en depositario.

Mientras se dirigía hacia su casa pensó que debía hablar a solas con su hermano a fin de no tratar ante sus padres de este asunto.

Desde la puerta percibió voces y risas en el salón, y al entrar oyó a madame Rosémilly y al capitán Beausire, invitados a comer por su padre a fin de celebrar el feliz acontecimiento.

Habían preparado vermut y ajeno para abrir el apetito, lo cual los puso de buen humor. El capitán Beausire, un hombrecillo rechoncho a fuerza de rodar en el mar y cuyas ideas parecían también redondas como los guijarros de las playas, y que reía a carcajadas, juzgaba que la vida es una cosa excelente y debía aprovecharse todo.

Brindaba con el viejo Roland mientras Juan ofrecía a las señoras otros vasos llenos.

Madame Rosémilly renunciaba, cuando el capitán Beausire, que había conocido a su esposo, exclamó:

—Vamos, vamos, señora, *bis repetita placent*, como decimos en parnés, lo que significa: «Dos vermutts no hacen nunca daño.» ¿Ve usted?, yo, que ya no navego, cada día antes de comer me meto en el cuerpo dos o tres balanceos artificiales. Añado un cabeceo después del café, lo que alborota el mar por la tarde. Pero nunca llego hasta la tempestad; nunca, nunca, ya que temo las avenas.

Roland, a quien el marino halagaba su manía náutica, se reía con todas sus fuerzas, con el semblante arrebolado y los ojos encendidos por el ajeno. Lucía un enorme vientre de tendero donde parecía refugiarse el resto de su cuerpo, uno de esos vientres blandos propios

de las personas sedentarias que carecen de muslos, pecho, brazos y cuello, porque el fondo de su asiento amontonó toda la materia en el mismo lugar.

Beausire, en cambio, a pesar de ser rechoncho y bajo, parecía estar lleno como un huevo y duro como una bala.

Madame Roland no había bebido aún su primer vaso, y radiante de gozo, brillándole la mirada, contemplaba a su hijo Juan.

En él había estallado la alegría. Era asunto concluido, asunto firmado, y disponía de veinte mil francos de renta. Por la forma de reír y de hablar, con voz más sonora, el modo de mirar a la gente, por sus modales, más desenvueltos, por su aplomo, visible, se notaba en él la seguridad que proporciona el dinero.

Anunciaron la comida y, cuando el viejo Roland se dirigía a ofrecer el brazo a madame Rosémilly, su esposa dijo:

—No, no, padre; hoy todo es para Juan.

La mesa brillaba con un lujo inusitado: ante el plato de Juan, que se sentaba en el sitio del padre, se alzaba como una cúpula empavesada, un enorme ramo de flores repleto de cintas de seda, un verdadero ramo de ceremonia, rodeado por cuatro fruteros, uno de los cuales contenía una pirámide de magníficos melocotones, el segundo un monumental pastel relleno de nata batida y cubierto de campanitas de caramelo, una catedral de bizcocho, el tercero rajadas de plátano bañadas en almíbar, y el cuarto el esplendor de unos racimos de uva negra procedente de los países cálidos.

—¡Demonio! — dijo Pedro al sentarse —, celebramos el advenimiento de Juan el Rico.

Después de la sopa sirvieron vino de Madeira; y ya todos hablaban al mismo tiempo. Beausire contaba una comida celebrada en Santo Domingo, en la que fue invitado de un general negro. El viejo Roland le escuchaba intentando deslizar entre las frases del relato otra comida ofrecida por uno de sus amigos en Meudon, a consecuencia de la cual todos estuvieron enfermos quince días. Madame Rosémilly, Juan y su madre proyectaban una excursión y un almuerzo a Saint-Jouin y se prometían un placer infinito; y Pedro sentía no haber comido solo en un figón junto al mar para evitar todo ese barullo, esas risas y esa alegría que le ponían nervioso.

Discurría cómo se las arreglaría ahora para exponer a su hermano sus temores y hacerle renunciar a la fortuna ya aceptada de la que ya disfrutaba y se embriagaba por anticipado. Sería muy duro para él, pero era preciso hacerlo; no podía titubear estando amenazada la reputación de su madre.

La aparición de una enorme lubina despertó en Roland recuerdos de sus pesquerías. Beausire relató algunas sorprendentes en el Gabón, en Santa María de Madagascar y, sobre todo, en la costas chinas y japonesas, donde los peces tienen formas extrañas como sus habitantes. Describía el aspecto de aquellos peces, sus grandes ojos dorados, sus vientres azules o rojos, sus aletas extrañas parecidas a abanicos, su cola en forma de media luna; y su mímica era tan graciosa, que se les saltaban a todos las lágrimas a fuerza de reír al escucharle.

Tan sólo Pedro parecía incrédulo y murmuraba:

—Tienen razón los que dicen que los normandos son los gascones del Norte.

Después del pescado sirvieron un pastel relleno de carne, luego un pollo asado, judías verdes y un pastel de alondras de Pithivier. La sirvienta de madame Rosémilly ayudaba a servir; y la alegría iba en aumento con el número de vasos de vino. Cuando se descorchó la primera botella de champaña, el viejo Roland, muy excitado, imitó con la boca el ruido de esta detonación y luego dijo:

—Prefiero esto a un pistoletazo.

Pedro, cada vez más molesto, respondió irónicamente:

—Sin embargo, esto es quizá más peligroso para ti.

Roland, a punto de beber, dejó el vaso sobre la mesa y preguntó:

—¿A qué viene eso?

Hacia tiempo que se quejaba de su salud; sentía pesadez, vértigos y un malestar constante e inexplicable. Prosiguió el doctor:

—Pues porque la baja de la pistola puede muy bien pasarte por el lado, mientras que el vaso de vino va directamente a tus intestinos.

—¿Y qué?

—Pues que te quema el estómago, ataca el sistema nervioso, dificulta la circulación y prepara la apoplejía que amenaza todos los hombres de tu temperamento.

La creciente embriaguez del antiguo joyero se disipó de pronto; y miraba a su hijo Pedro de hito en hito, inquieto, intentando saber si no estaba burlándose de él.

Pero Beausire exclamó:

—¡Esos malditos médicos! Siempre con la misma cantinela: no comáis, no bebáis, no améis, no bailéis. Todo eso es dañino para la salud. ¡Pues bien! yo, señor mío, he practicado todo eso en todas las partes del mundo, dondequiera que pude, y lo más que pude, y no por ello me encuentro peor.

—En primer lugar, capitán, usted es más fuerte que mi padre; y, además, todos los calaveras hablan como usted hasta el día en qué... Y no están a tiempo de volver para decirle al médico prudente: tenía usted razón, doctor.» Cuando veo hacer a mi padre lo más peligroso para él, es muy natural que se lo advierta. De no obrar así, no sería un buen hijo.

Madame Roland, desolada, intervino a su vez:

—Vamos, Pedro, ¿qué te ocurre? Piensa en lo importante que es esta fiesta para él y para nosotros. Vas a estropearle el día y apenarnos a todos. Por una vez no le hará daño. Te estás portando muy poco amablemente.

El se alzó de hombros y murmuró:

—Que haga lo que quiera. Ya le he avisado.

Pero el viejo Roland no bebía. Contemplaba su vaso, su vaso lleno de vino luminoso y transparente, cuyo espíritu ligero y embriagador se escapaba en forma de pequeñas burbujas que subían presurosas desde el fondo e iban a evaporarse en la superficie. Las miraba con la temerosa desconfianza del zorro que tropieza con una gallina muerta y presiente una trampa.

Luego preguntó dubitativo:

—¿Crees que me harían mucho daño?

Pedro sintió remordimientos y se reprochó hacer sufrir a los demás debido a su mal humor.

—No, por una vez puedes bebértelo; pero no abuses ni adquieras la costumbre.

Entonces el viejo Roland levantó el vaso sin decidirse todavía a llevárselo a los labios. Lo contempló dolorosamente, con ansia y temor luego lo olió, lo cató, lo bebió a sorbos, saboreándolo, con el corazón rebotante de angustia, fragilidad y avidez; luego sintió remordimiento, una vez hubo apurado la última gota.

De pronto Pedro tropezó con la mirada de madame Rosémilly, fija en él, clara y azul, penetrante y dura. Y sintió, cayó en la cuenta, adivinó el pensamiento que animaba aquella mirada, el pensamiento irritado de aquella mujercita de espíritu recto y sencillo, ya que aquella mirada decía: «Tienes celos, y esto es vergonzoso.»

Bajó la cabeza y volvió a comer.

No tenía apetito, todo lo encontraba insípido; sentía un irresistible deseo de marcharse, de no encontrarse ya entre aquella gente, de no oírlos hablar, bromear y reír.

Sin embargo, el viejo Roland, un poco mareado por los vapores del vino, olvidaba los consejos de su hijo y miraba tiernamente, por el rabillo del ojo, una botella de champaña casi llena todavía junto a su plato. No se atrevía a tocarla por temor a otra repulsa y meditaba qué

astucia le permitiría apoderarse de la botella sin que Pedro se diera cuenta. Se le ocurrió una estratagema sencillísima: cogió la botella con toda naturalidad y, sujetándola por la base, alargó el brazo a través de la mesa para llenar en primer lugar el vaso del doctor, que estaba vacío; luego fue llenando los demás y cuando llegó al suyo empezó a hablar a gritos y, si cayó algo en su vaso, se hubiera jurado que era inadvertidamente. Por lo demás, nadie se fijó ni prestó atención.

Pedro bebía mucho sin darse cuenta. Nervioso y molesto, se servía continuamente y se llevaba a los labios, con un gesto instintivo, el vaso de cristal alargado, por donde se veían ascender las burbujas en el líquido vivo y transparente. Lo sorbía entonces lentamente para sentir en la boca ese cosquilleo azucarado del gas que se evaporaba en la lengua.

Poco a poco se apoderó de su cuerpo un grato calorillo. Salía del estómago, que parecía ser el hogar, subía hasta el pecho, invadía los miembros y se desparramaba por todo su cuerpo como una ola tibia y bienhechora que llevaba el placer consigo. Se sentía mejor, menos impaciente, no tan descontento; y se iba debilitando su resolución de hablar con su hermano aquella noche, no porque pensara en renunciar, sino para no turbar tan pronto el bienestar que sentía.

Beausire se puso en pie para brindar. Después de saludar, dijo:

—Encantadoras damas y señores, nos hemos reunido para celebrar un acontecimiento afortunado que ha recaído en uno de nuestros amigos. Antes decían que la fortuna era ciega; creo que era sencillamente miope o maliciosa y que ahora acaba de agenciarse un excelente catalejo que le ha permitido divisar en el puerto de El Havre al hijo de nuestro buen camarada Roland, capitán de la *Perla*.

Se oyeron unos bravos subrayados por aplausos y Roland se puso en pie para responder. Tras haber carraspeado, porque sentía la garganta seca y la lengua algo pesada, balbuceó:

—Gracias capitán, gracias en mi nombre y en el de mi hijo. Nunca olvidaré su comportamiento en estas circunstancias. Bebo a su salud.

No sabiendo ya qué añadir, se sentó con los ojos y la nariz llenos de lágrimas.

Juan, sonriente, tomó la palabra:

—Yo soy quien debe agradecer a los abnegados amigos, a los excelentes amigos — miraba a madame Rosémilly — que hoy me dan esta conmovedora prueba de su afecto. Pero no quiero demostrarles mi gratitud con palabras. Se lo probaré mañana, en todos los instantes de mi vida, siempre, ya que nuestra amistad no es de las que se olvidan.

Su madre, muy emocionada, murmuró:

—Muy bien hablado, hijo mío.

Beausire exclamó:

—Madame Rosémilly, hable usted en nombre del bello sexo.

Ella levantó su vaso y, con lindo tono, velado por una sombra de tristeza, dijo:

—Yo bebo por la santa memoria del señor Maréchal. Siguieron unos instantes de calma, de recogimiento decoroso, como después de una oración, y Beausire, que sabía redondear una situación con una galantería, hizo observar:

—Sólo las mujeres son capaces de pensar estas delicadezas.

Luego, volviéndose hacia el viejo Roland, añadió:

—¿Quién era ese Maréchal? ¿Los unía con él una amistad muy íntima?

El viejo, a quien la bebida había enternecido, se echó a llorar y dijo con voz entrecortada:

—Un hermano... ¿Sabe usted?... Una persona como no se encuentran... Siempre íbamos juntos..., cenaba en casa todos los días... y nos invitaba al teatro... Sólo le digo eso... eso... Un amigo, un verdadero..., verdadero amigo... ¿No es verdad, Luisa?

Su mujer respondió sencillamente:

—Sí, era un amigo fiel.

Pedro miraba a su padre y a su madre, pero, como la conversación versó luego sobre otras cosas, empezó de nuevo a beber.

Conservó un vago recuerdo del final de aquella noche. Tomaron café, bebieron licores, se rió mucho y se bromeó. Luego se acostó, hacia medianoche, con la mente confusa y la cabeza pesada. Y durmió como un bruto hasta las nueve del siguiente día.

IV

Aquel sueño, empapado en champaña y *chartreuse*, sin duda le tranquilizó y calmó, ya que se despertó predispuesto a la benevolencia. Midió, pesó y resumió, mientras se vestía, sus emociones de la víspera, buscando poner en evidencia con toda claridad y totalmente las causas reales, secretas, las causas personales al mismo tiempo que las causas exteriores.

Verdaderamente, era posible que la camarera de la cervecería hubiera tenido un mal pensamiento, un pensamiento de auténtica prostituta, al enterarse de que uno solo de los hijos Roland heredaba de un desconocido; pero esas criaturas ¿no conciben siempre sospechas parecidas, sin el menor motivo, contra todas las mujeres honradas? ¿No se les oye, siempre que hablan, injurian, difaman, calumnian a toda mujer que adivinan irreprochable? Cada vez que en su presencia se nombra a una persona intachable, se enfadan como si las ultrajaran y chillan: «¡Ah!, ¿sabes que las conozco muy bien a tus mujeres casadas? ¡Valiente porquería! Tienen más amantes que nosotras, pero lo ocultan porque son hipócritas. ¡Sí, sí! ¡Valiente porquería! »

En cualquier otra ocasión no hubiera, desde luego, comprendido ni siquiera supuesto como posibles unas insinuaciones de esta naturaleza respecto a su pobre madre, tan buena, tan sencilla, tan digna. Pero sentía que su alma se hallaba turbada por la levadura de los celos que fermentaba en él. Su mente sobreexcitada, al acecho, por decirlo de algún modo, a pesar suyo, de cuanto podía molestar a su hermano, hizo quizá que viera, en las palabras de la camarera, unas odiosas intenciones de que carecían. Podía ser que su imaginación, esta imaginación a la que no podía frenar, que continuamente se rebelaba contra su voluntad, se lanzara libre, osada, provocadora y disimulada en el universo infinito de las ideas y le presentara a veces algunas de ella inconfesables, vergonzosas, que escondía en el fondo de su alma, en esos repliegues insondables, como objetos robados; quizás esta imaginación, sólo ella, había creado e inventado esa terrible duda. Seguro que su corazón, su propio corazón, tenía secretos para él; y ese corazón herido había encontrado en aquella abominable duda un medio para privar a su hermano de esa herencia que envidiaba. Ahora dudaba de sí mismo, interrogando su conciencia como los creyentes, interrogando todos los misterios de su pensamiento.

Cierto que madame Rosémilly, aunque de inteligencia limitada poseía el tacto, el olfato y el sentido sutil de las mujeres. Ahora bien, no se le ocurrió aquella idea, puesto que bebió con absoluta sencillez por la santa memoria del difunto Maréchal. Ella no lo hubiera hecho de haber concebido la menor sospecha. Ahora ya no dudaba de que su involuntario mal humor por la fortuna heredada por su hermano y seguramente también su religioso amor hacia su madre exaltaron sus escrúpulos, escrúpulos piadosos y respetables, pero exagerados.

Al formular esta conclusión, se sintió contento como cuando se ha realizado una buena acción, y resolvió mostrarse amable con todo el mundo, empezando por su padre, cuyas manías, necias afirmaciones, vulgares opiniones y mediocridad, hartamente visibles, siempre le irritaban.

Llegó a la hora en punto de la comida y divirtió a toda la familia con su ingenio y buen humor.

Su madre, encantada, le decía:

—Querido Pedro, no tienes idea de lo divertido e ingenioso que eres cuando te lo propones.

Y él hablaba y hacía reír a todo el mundo con sus ocurrencias y la ingeniosa forma de caricaturizar a sus amigos. Beausire le sirvió de blanco, y también un poco madame Rosémilly, pero de una manera discreta, sin malicia. Y mientras miraba a su hermano pensaba: «Pero ¡defiéndete, bobo! ; por muy rico que seas, te aventajaré siempre que lo desee.»

Mientras tomaban café, dijo a su padre:

—¿Sales hoy con la *Perla*?

—No, muchacho.

—¿Puedo llevármela con Jean-Bart?

—Naturalmente, cuando quieras.

Se compró un buen puro en el primer estanco que encontró y fue hacia el puerto caminando alegremente.

Observaba el cielo luminoso, claro, de un azul suave, fresco y como lavado por la brisa del mar.

El marinero Papagris, apodado Jean-Bart, dormitaba al fondo de la barca, que debía tener siempre dispuesta para salir al mediodía, cuando no iban de pesca por la mañana.

Pedro gritó:

—« ¡Es nuestra, patrón! »

Bajó la escalera de hierro del muelle y saltó dentro de la embarcación.

—¿Qué viento sopla? — preguntó.

—Continúa el viento alto, señor. En alta mar sopla buena brisa.

—Entonces, compadre, adelante.

Izaron la mesana, levaron el ancla y el barco, libre, fue deslizándose suavemente hacia el muelle sobre el agua tranquila del puerto. El débil soplo de aire procedente de las calles tropezaba en la parte superior de las velas con tanta suavidad, que no se notaba, y la *Perla* parecía como animada de vida propia, de la vida de las barcas, empujada por una fuerza misteriosa oculta en ella. Pedro se había hecho cargo del timón y, con el cigarro entre los dientes, las piernas estiradas sobre el banco, los ojos entornados bajo los cegadores rayos del sol, veía pasar en contradirección las grandes tablas de madera embreada del rompeolas.

Cuando salieron al mar abierto, al alcanzar la punta norte del puerto que los protegía, la brisa, más fresca, se deslizó por el semblante y las manos del doctor como una caricia algo fría, penetró en sus pulmones, que la recibieron con un prolongado suspiro para sorberla, y al hinchar la vela pardusca hizo indinar la *Perla* y le hizo cobrar más vida.

De pronto, Jean-Bart izó el foque, cuyo triángulo, hinchado por el viento, parecía un ala; luego alcanzó la popa en dos zancadas y desató el contrafoque amarrado a su mástil.

Entonces, sobre el lado de la barca, que se había recostado bruscamente y avanzaba ahora a toda velocidad, se originó un ruido suave y vivo de agua que espumea y huye.

La proa abría el mar como la reja de un arado atolondrado y la ola que levantaba, ligera y blanca de espuma, se hinchaba y deshacía como se deshace, oscura y amazotada, la tierra labrada del campo.

Cada vez que chocaban contra una de las olas, pequeñas pero seguidas, una sacudida agitaba a la *Perla* desde el foque hasta el timón, que vibraba entre las manos de Pedro; y cuando durante unos segundos soplaba el viento con fuerza, las olas rozaban la borda como si fueran a invadir la barca. Un vapor carbonero de Liverpool estaba andado en espera de la marea; pasaron tras él, luego visitaron uno a uno los buques que se encontraban en la rada y finalmente se alejaron un poco más para contemplar el perfil de la costa.

Durante tres horas, Pedro, tranquilo, calmado y contento, vagabundó sobre el agua ruidosa, gobernando como si se tratara de una bestia alada, rápida y dócil, aquel objeto de madera y lona que iba y venía a su antojo, bajo la presión de sus dedos.

Soñaba, como se sueña montado a caballo o sobre el puente de un buque, pensando en su porvenir, que sería brillante, y en la dulzura de vivir con inteligencia. Mañana mismo

pediría a su hermano que le prestara tres meses mil quinientos francos, a fin de instalarse en seguida en el hermoso apartamento del bulevar Francisco I.

El marinero dijo de pronto:

—Ahí está la bruma, señor; es preciso regresar.

Alzó los ojos y observó hacia el norte una sombra gris, profunda y ligera que encapotaba el cielo y cubría el mar, corneada hacia ellos como una nube caída de lo alto.

Viró de borda y, con el viento por la espalda, se dirigió hacia el puerto seguido por la bruma rápida que le alcanzaba. Cuando alcanzó la *Perla*, la envolvió en su imperceptible condensación, por los miembros de Pedro corrió un estremecimiento y un olor a humo y moho, el extraño olor de la bruma marina, le obligó cerrar la boca para no sentir el gusto de aquella nube húmeda helada. Cuando la barca recobró en el puerto su sitio acostumbrado, toda la ciudad se hallaba ya envuelta bajo ese tenue vapor que mojaba sin caer, como una lluvia, y se deslizaba por las casas y las calles como por el cauce de un río.

Pedro, con los pies y las manos helados, regresó rápidamente y se tendió en la cama para dormitar hasta la hora de comer. Cuando apareció en el comedor, su madre estaba diciendo a Juan:

—La galería será maravillosa. Colocaremos flores, ya verás. Me encargaré de que las renueven. Cuando des alguna fiesta, el aspecto será maravilloso.

—¿De qué estáis hablando? — preguntó el doctor.

—De un departamento encantador que acabo de alquilar par tu hermano. Un hallazgo: un entresuelo que da a dos calles. Tiene dos salones, una galería acristalada y un pequeño comedor en forma de rotonda, muy a propósito para un muchacho.

—¿Dónde está situado? — preguntó.

—En el bulevar Francisco I.

Ya no quedaba duda. Se sentó tan exasperado, que sentía deseos de gritar: «Esto es ya demasiado. ¡Todo, absolutamente todo para él! »

Su madre, radiante, continuaba hablando:

—Y figúrate que lo he obtenido por dos mil ochocientos francos. Me pedían tres mil, pero he logrado doscientos francos de rebaja a condición de firmar un contrato por tres, seis o nueve años. Tu hermano se encontrará allí perfectamente. Basta un piso elegante para que un abogado haga fortuna. Esto atrae a la clientela, la retiene, le inspira respeto y le hace comprender que un hombre instalado de ese modo hace pagar caros sus consejos.

Calló por unos instantes y luego prosiguió:

—Sería necesario encontrar algo parecido para ti, mucho más modesto, ya que no tienes dinero, pero elegante de todos modos. Te aseguro que eso te ayudaría mucho.

Pedro respondió desdeñosamente:

—¡Oh, yo alcanzaré fama con el trabajo y la ciencia!

Su madre insistió:

—Desde luego, pero te aseguro que un piso instalado te ayudaría mucho.

Mediada la comida, preguntó de pronto:

—¿Cómo conocisteis a ese Maréchal?

El viejo Roland levantó la cabeza e intentó recordar:

—Espera, no recuerdo exactamente. ¡Ha pasado tanto tiempo! ¡Ah, sí!, ya recuerdo. Fue tu madre quien lo conoció en la tienda, ¿no es verdad, Luisa? Había ido a encargar algo y luego volvió con frecuencia. Lo conocimos como cliente antes de conocerle como amigo.

Pedro, que comía frijoles y los pinchaba con el tenedor uno a uno como si los ensartara, prosiguió:

—¿En qué época lo conocisteis?

Roland volvió a meditar, pero al no recordarlo recurrió a su esposa:

—¿Recuerdas en qué año, Luisa? Tú tienes buena memoria y no debes de haberlo olvidado. Veamos, era en... en... ¿en el año cincuenta y cinco o cincuenta y seis?... Haz memoria; debes de saberlo mejor que yo.

Ella reflexionó un rato, en efecto, y luego dijo con voz segura y tranquila:

—Fue el año cincuenta y ocho, querido. Pedro tenía entonces tres años. Estoy segura de no equivocarme, ya que fue el año en que tuvo la escarlatina, y Maréchal, al que aún conocíamos poco, nos prestó su ayuda.

Roland exclamó:

—Cierto, cierto, se portó admirablemente. Como tu madre estaba tan fatigada y yo tenía trabajo en la tienda, iba a la farmacia a buscar tus medicinas. Verdaderamente, era un hombre de gran corazón. Y, cuando sanaste, no puedes hacerte idea de lo contento que estaba y de como te besaba. A partir de aquel momento nos convertimos en amigos íntimos.

Un pensamiento brusco, violento penetró en el alma de Pedro como una bala que perfora y desgarrar: «Puesto que me conoció primero, me demostró tanto cariño y abnegación, puesto que me amaba y besaba tanto, puesto que fui yo el motivo de su gran amistad con mis padres, ¿por qué dejó toda su fortuna a mi hermano y nada a mí?»

No hizo más preguntas y permaneció preocupado y más absorto que soñador, con una nueva inquietud, indecisa todavía, germen secreto de un nuevo desasosiego.

Salió temprano y volvió a callejear. Las calles estaban invadidas por la niebla, que tornaba la noche pesada, opaca y nauseabunda. Se hubiera dicho una humareda pestilente caída sobre la tierra.

Se la veía deslizar por los mecheros a gas, que parecía apagar por momentos. El empedrado de las calles se volvía resbaladizo como en las noches de helada y todos los hedores parecían salir del interior de las casas, pestilencias de las bodegas, de las letrinas, de las cocinas modestas, para mezclarse con el repulsivo hedor de aquella bruma errante.

Pedro, con el cuello hundido y las manos en los bolsillos, no queriendo permanecer fuera con aquel frío, se dirigió a casa de Marowsko.

Bajo el mechero de gas que lucía para él, el viejo farmacéutico dormía como de costumbre. Al reconocer a Pedro, al que amaba con el amor de un perro fiel, sacudió su modorra, fue a buscar dos vasos y trajo la «groselleta».

—¿Y qué? — preguntó el doctor —, ¿cómo va ese licor?

El polaco respondió que los cuatro cafés principales de la ciudad consentían en lanzarlo y que el «Faro de la Costa» y el «Semáforo de El Havre» le publicarían anuncios a cambio de algunos productos farmacéuticos puestos a disposición de los redactores.

Tras un largo silencio, Marowsko preguntó si Juan había entrado en posesión de su fortuna; luego le dirigió dos o tres preguntas vagas acerca del asunto. Su afecto suspicaz por Pedro se rebelaba contra esa preferencia. Y a Pedro le parecía oírle pensar, adivinaba, comprendía, leía en sus ojos desviados, en el tono inseguro de su voz, las frases que le acudían a los labios y que no pronunciaba, que jamás pronunciaría, él, tan prudente, tan tímido, tan cauteloso.

Ahora ya no le cabía duda de que el viejo pensaba: «No debió usted permitir que aceptara esa herencia, que dará motivo a que hablen mal de su madre.» Incluso creía quizá que Juan era hijo de Maréchal.

¡Seguro que lo creía! ¿Cómo no iba a creerlo, si parecía tan verosímil, probable y evidente? Además, él mismo, Pedro, el hijo, ¿no hacía, tres días que estaba luchando con todas sus fuerzas, con todas las sutilezas del corazón, para engañar su razón y desvanecer esa terrible sospecha?

Y de pronto sintió otra vez la necesidad de estar solo para pensar, para discutir consigo mismo, para encarar con valentía y sin escrúpulos, sin debilidad, esa cosa posible y

monstruosa que había entrado en sí mismo con tal fuerza, que se puso en pie sin ni siquiera beberse el vaso de «groselleta»; estrechó la mano al farmacéutico y se sumió de nuevo en la bruma de la calle.

Se preguntaba: «¿Por qué dejó Maréchal toda su fortuna a Juan?»

Ahora ya no eran los celos lo que le obligaba a preguntárselo. Ya no era esa envidia algo rastrera y natural que sabía estaba oculta dentro de él y que hacía tres días combatía, sino el terror de algo espantoso, el terror de creer él mismo que Juan, su hermano, era hijo de aquel hombre.

No, no lo creía; ni siquiera podía formularse esta pregunta criminal. No obstante, era preciso que aquella sospecha tan leve, tan inverosímil fuera rechazada totalmente y para siempre. Necesitaba saber, tener la certeza; necesitaba estar totalmente seguro, ya que su madre era lo único que amaba en el mundo.

Y solo, vagando por la noche, se disponía a investigar en sus recuerdos, en su razón, de una manera tan minuciosa que surgiera de ella, la verdad resplandeciente. Después daría el asunto por terminado y no pensaría más en él, nunca más. Se iría a dormir.

Pensaba: «Veamos, examinemos los hechos; luego recordaré todo cuanto sé de él, de su comportamiento con mi hermano y conmigo, indagaré todas las causas que pudieron motivar esta diferencia... ¿Vio nacer a Juan? Desde luego, pero ya me conocía. De haber amado a mi madre con un amor silencioso y secreto, es a mí a quien hubiera preferido, porque gracias a mí, gracias a mi escarlatina, llegó a ser el amigo íntimo de mis padres. Por lo tanto, lógicamente, debió preferirme, sentir por mí una ternura más viva, a menos que al ver crecer a mi hermano sintiera hacia él una atracción, una predilección instintiva.»

Se puso entonces a buscar en su memoria, con una tensión desesperada de su pensamiento, con toda su potencia intelectual, todo cuanto le ayudara a reconstruir, ver, reconocer y penetrar en el hombre, ese hombre que había pasado junto a él, indiferente a su afecto, durante todos sus años en París.

Pero cayó en la cuenta de que la caminata, el ligero movimiento de sus pasos, turbaba un poco sus ideas, estorbaba su seguridad, debilitaba su importancia, oscurecía su memoria.

Para echar esa aguda mirada sobre el pasado y los acontecimientos desconocidos, mirada a la que nada debía escapar, necesitaba estar quieto, en un lugar amplio y vacío. Y decidió ir a sentarse en el muelle, como la noche anterior.

Al aproximarse al puerto, oyó a lo lejos del mar abierto un quejido lamentable y siniestro, parecido al mugido de un toro, pero más prolongado y más potente. Era el silbido de una sirena, el grito de los buques perdidos entre la bruma.

Sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo y crisperle el corazón, de tal modo repercutió en su alma y en sus nervios aquel grito de angustia, que creía haber lanzado él mismo. Gimió luego otra voz semejante, algo más lejos; después, muy cerca, les respondió la sirena del puerto, lanzando un clamor estridente.

Pedro llegó al muelle rápidamente, sin pensar ya en nada, satisfecho de penetrar en aquellas tinieblas lúgubres y rugientes.

Una vez se hubo sentado en el extremo del rompeolas, cerró los ojos para no ver los focos eléctricos, velados por la bruma, que hacían el puerto accesible de noche, ni la luz roja del faro sobre el muelle Sur, pese a que apenas lucía. Luego, poniéndose de lado, apoyó los codos en la piedra y ocultó su cara entre las manos.

Su pensamiento, aunque no pronunciara el nombre, repetía, como para llamarle y provocar su espectro, el nombre de «Maréchal... Maréchal». Y en la oscuridad de sus párpados cerrados lo vio de pronto tal como lo había conocido. Era un hombre de sesenta años que lucía una barba blanca terminada en punta y unas cejas muy espesas también totalmente blancas. No era alto ni bajo y su aspecto era afable; los ojos, grises y dulces, el gesto, modesto; el aspecto, de buena persona, sencillo y tierno. A ellos les llamaba «mis queridos niños», y nunca pareció preferir uno al otro, y los invitaba a comer juntos.

Y Pedro, con la tenacidad del perro que sigue una pista que se ha esfumado, se puso a buscar las frases, los gestos, las entonaciones y las miradas de aquel hombre desaparecido de la tierra. Poco a poco lo iba reconstruyendo por entero, en su piso de la calle Tronchet, cuando los sentaba a la mesa a su hermano y a él.

Los atendían dos sirvientas, ancianas las dos, que se habían acostumbrado, sin duda desde hacía ya tiempo, a llamarlos «señorito Pedro» y «señorito Juan».

Maréchal tendía sus dos manos a los jóvenes, la derecha a uno y la izquierda al otro, sin hacer distinciones.

—Buenos días, hijos míos, ¿tenéis noticias de vuestros padres? A mí nunca me escriben.

Hablaban despacito y familiarmente de cosas corrientes. Nada de particular había en la charla de aquel hombre, sino mucha amenidad, seducción y gracia. Desde luego, era para

ellos un buen amigo, uno de esos en los que no se piensa demasiado porque los sabemos fieles.

Ahora afluían los recuerdos en la mente de Pedro. Al verle preocupado algunas veces y adivinando su pobreza de estudiante, Maréchal le había ofrecido y prestado dinero espontáneamente, quizá algunos centenares de francos, que ambos habían olvidado y que nunca devolvió. Por lo tanto, aquel hombre le tenía afecto, se interesaba por él, puesto que le preocupaban sus necesidades. Entonces... entonces, ¿por qué dejó toda su fortuna a Juan? No, nunca estuvo más afectuoso, por lo menos de una manera visible, con el pequeño que con el mayor, nunca se preocupó más de uno que de otro ni estuvo menos cariñoso con éste que con aquél. Entonces... entonces..., ¿tuvo alguna razón poderosa y secreta para dárselo todo a Juan, todo, y nada a Pedro?

Cuanto más lo pensaba, cuanto más revivía los últimos años transcurridos, más inverosímil e increíble juzgaba el doctor esta diferencia establecida entre ellos.

Y un agudo dolor, una angustia inexplicable oprimía su pecho y hacía latir su corazón; parecía como si sus resortes se hubiesen roto y circulara la sangre a chorros, libremente, sacudiéndolo con un traqueteo tumultuoso.

Entonces, a media voz, como se habla cuando se tiene una pasadilla, murmuró: «Necesito saber. ¡Dios mío, necesito saber! »

Buscaba ahora más atrás, en tiempos más lejanos, cuando sus padres vivían en París. Pero los semblantes se le desdibujaban, lo cual enredaba sus recuerdos. Se encarnizaba, sobre todo, por recordar a Maréchal con cabellos... ¿Rubios, castaños o negros? No lo lograba, ya que la última figura de aquel hombre, figura de hombre. anciano, había borrado las demás. No obstante, recordaba que era más delgado, que sus manos eran suaves y que a menudo llevaba flores, ya que su padre repetía con frecuencia: «¡Otra vez un ramo! Esto es una locura, amigo mío; ¡se arruinara usted comprando rosas! »

Maréchal respondía: «No se preocupe, me encanta traer flores. »

Y de pronto recordó la entonación de su madre, de su madre, que sonreía y decía: «Gracias, amigo mío.» Por lo tanto, debió de pronunciarlas con frecuencia, para que le quedasen grabadas de este modo en su memoria.

Así que Maréchal llevaba flores; él, el hombre rico, el cliente, obsequiaba con flores a la esposa de aquel modesto joyero. ¿Estuvo enamorado? ¿Cómo se hubiera convertido en amigo de aquellos tenderos, de no haberla amado? Era un hombre instruido, de aguda inteligencia. ¡Cuántas veces habló con él de poetas y poesía! No apreciaba a los escritores

como artistas, sino como burgués que se conmueve. El doctor se había reído a veces de esos sentimentalismos, que juzgaba algo ridículos. Ahora comprendía que aquel hombre, sentimental, no pudo ser nunca el amigo de su padre, de su padre tan positivo, tan rastrero, tan vulgar, para el que la palabra «poesía» significaba estupidez.

Por lo tanto, ese Maréchal, joven, libre, rico, propenso a todas las ternuras, entró un día por casualidad en una tienda, quizá porque se había dado cuenta de que la tendera era bonita. Compró, volvió otro día, entabló conversación, familiarizándose a medida que transcurrían los días, y pagó mediante frecuentes compras el derecho a sentarse a la mesa de aquella casa, de sonreír a la joven y estrechar la mano del marido.

Y luego, después... después... ¡Oh, Dios mío! ... Después ¿qué?...

Amó y acarició al primer hijo, el hijo del joyero, hasta que nació el otro; luego permaneció impenetrable hasta la muerte, una vez cerrada su tumba, descompuesta su carne, borrado su nombre de entre los vivos, todo su ser desapareció para siempre, sin tener nada que arreglar ni nada que temer y ocultar, puesto que había entregado toda su fortuna al hijo segundo... ¿Por qué?... Aquel hombre era inteligente..., por lo que tuvo que comprender y prever que con ello iba a hacer suponer casi infaliblemente que aquel hijo era suyo. Entonces, ¿deshonraba a una mujer? ¿Y cómo hubiera hecho semejante cosa de no ser Juan hijo suyo?

Y de pronto un recuerdo exacto y terrible cruzó la memoria de Pedro. Maréchal había sido rubio, rubio como Juan. Ahora recordaba un retrato en miniatura que había visto tiempo atrás en París, sobre la chimenea de su salón, y que ahora había desaparecido. ¿Dónde estaba? ¡Perdido o escondido! ¡Oh!, si pudiera verlo aunque sólo fuera unos segundos. Quizá su madre lo había guardado en el cajón secreto donde se guardan las reliquias de amor.

Ante este pensamiento, fue tan desgarradora su angustia, que lanzó un gemido, uno de esos quejidos que arranca a la garganta un dolor insoportable. Y de pronto, como si le hubiera oído, como si le hubiera comprendido y le respondiera, la sirena del muelle rugió muy cerca de donde estaba. Su clamor de monstruo sobrenatural, más retumbante que el trueno, un rugido formidable y salvaje hecho para dominar las voces del viento y las olas, se propagó a través de las tinieblas sobre el mar invisible oculto bajo la bruma.

Entonces, a través de la bruma, próximos o lejanos, se alzaron en la noche otros gritos semejantes. Eran espantosos aquellos clamores lanzados por los grandes buques ciegos.

Después se hizo de nuevo el silencio.

Pedro había abierto los ojos y miraba a su alrededor, sorprendido de encontrarse allí, tras despertar de su pesadilla.

«Estoy loco — pensó —; sospecho de mi madre.» Y una racha de amor y ternura, de arrepentimiento, de plegaria y desolación, anegó su corazón. ¡Su madre! Conociéndola como la conocía, ¿cómo pudo sospechar? ¿Acaso el alma y la vida de aquella mujer sencilla, casta y leal, no eran más claras que el agua? ¿Después de verla y conocerla, cómo no juzgarla irreprochable? ¡Y era él, su hijo, el que había dudado de ella! ¡Oh!, si hubiese podido tenerla entre sus brazos en aquel momento, ¡cómo la hubiese besado, acariciado; cómo se hubiera arrodillado ante ella para pedirle perdón!

¿Era posible que engañara a su marido?... Su marido..., el padre... Ciertamente que era un buen hombre honrado e íntegro en los negocios, pero su espíritu no franqueó jamás el horizonte de su tienda. ¿Cómo era posible que aquella mujer que había sido muy hermosa (lo sabía y saltaba a la vista), dotada de un alma delicada, afectuosa y tierna, hubiese aceptado como prometido y como marido a un hombre tan distinto a ella?

¿A qué indagar? Se casó, como se casan las jóvenes, con un hombre con porvenir a quien presentan los padres. Se instalaron en seguida en su almacén de la calle Montmartre; y la joven, dirigiendo en el mostrador, animada por el espíritu del nuevo hogar por ese sentido sutil y sagrado del interés común que sustituye al amor e incluso al afecto en la mayoría de los matrimonios comerciantes de París, se había puesto al trabajo con toda su inteligencia activa y aguda, para lograr la prosperidad del negocio. Y así transcurrió su vida, uniforme, tranquila, honesta y sin ternura...

¿Sin ternura?... ¿Era posible que una mujer dejara de amar. Una mujer joven, bonita, que vivía en París, que leía libros, aplaudía a unas actrices que morían de pasión en la escena, ¿podía pasar la adolescencia y llegar a la vejez sin sentir jamás herido el corazón? De otra mujer no lo creería; ¿por qué, pues, lo creería de su madre?

¡Seguro que pudo amar como otra cualquiera! ¿Por qué había de ser distinta a pesar de ser su madre?

Ella había sido joven, con todos los desfallecimientos poéticos que turban el corazón de los seres jóvenes. Encerrada, prisionera en la tienda junto a un marido vulgar y que sólo hablaba de negocios, debió de soñar con claros de luna, viajes, besos robados en las noches oscuras. Y luego, un día, entró un hombre como lo enamorados en las novelas y habló como hablan éstos.

Y ella se enamoró. ¿Por qué no? ¡Era su madre! ¿Y en qué? ¿El hecho de ser su madre debía hacer que él fuese ciego y estúpido hasta el punto de negar la evidencia?

¿Accedió ella? ... Pues sí, naturalmente, ya que aquel hombre no tuvo ninguna otra amante; claro que sí, puesto que permaneció fiel a la mujer ausente y envejecida; naturalmente, puesto que dejó toda su fortuna al hijo, ¡a su hijo!

Se incorporó Pedro tan frenético y furioso, que hubiera deseado matar a alguien. Su brazo, extendido, su mano, totalmente abierta sentían deseos de golpear, de matar, de estrangular. ¿A quién? ¡A todos, a su padre, a su hermano, al muerto, a su madre!

Se dispuso a regresar. ¿Qué haría?

Al pasar ante una torre de señales, el estridente sonido de la sirena le dio en el rostro. Fue tan violenta su sorpresa, que estuvo a punto de caerse y retrocedió hasta el muro de piedra. Se sentó en él, agotadas sus fuerzas, destrozado por esa conmoción.

El primer vapor que respondió parecía estar muy cerca; se encontraba en la embocadura del puerto, ya que la marea era alta.

Se volvió Pedro y vio su luz roja, empañada por la bruma. Luego, bajo la difusa claridad de los focos eléctricos del puerto se dibujó una amplia sombra negra entre los dos muelles. Tras él, la voz enronquecida del vigilante, voz de antiguo capitán jubilado, gritó:

—¿El nombre del buque?

Y de entre la bruma surgió la voz del piloto en pie sobre el puente, voz también ronca:

—*Santa Lucía.*

—¿País?

—Italia.

—¿Puerto?

—Nápoles.

Y Pedro creyó ver ante sus ojos turbados el penacho de fuego del Vesubio, mientras al pie del volcán revoloteaban unas lucecitas en los bosquecillos de naranjos de Sorrento o Castellamare. ¡Cuántas veces había soñado con esos nombres familiares como si conociera los paisajes! ¡Oh!, si hubiera podido marcharse en seguida a cualquier lugar y no volver jamás, no escribir jamás, para que no supieran nunca su paradero. Pero no, era preciso regresar a la casa paterna y acostarse en su cama.

No regresaría ahora, sino que esperaría a que amaneciera. Le agradaba el silbido de las sirenas. Se puso en pie y echó a andar como un oficial que está de servicio en el puente.

Detrás del primero se aproximaba otro buque, enorme y misterioso. Era un barco inglés que regresaba de las Indias.

Vio como llegaban otros que iban saliendo de la impenetrable oscuridad. Luego, como sea que la bruma y la humedad se hacían intolerables, Pedro se puso en camino hacia la ciudad. Tenía tanto frío, que entró en un café de marineros para beberse un *grog*; y cuando el aguardiente, salpicado de pimienta y caliente, le hubo abrasado el paladar y la garganta, sintió que le renacía la esperanza.

¿Quizá se había equivocado? ¡Conocía tan bien sus desatinadas cavilaciones! Sin duda, se había engañado. Acumuló las pruebas del mismo modo que se instruye un proceso contra un inocente, fácil siempre de condenar cuando existe el empeño de considerarle culpable. Cuando hubiera dormido, pensaría de otro modo.

Regresó entonces con la intención de acostarse y, a fuerza de voluntad, logró conciliar el sueño.

V

Pero no consiguió mantenerse aletargado más allá de un par de horas, en un semisueño agitado. Cuando se despertó, en la oscuridad del dormitorio, caliente y cerrado, volvió a sentir, incluso antes de que se le aclarasen las ideas, esa dolorosa opresión, malestar del alma que deja impresa en nosotros la tristeza con que nos dormimos. Parece como si el infortunio, cuyo choque nos rozó la víspera, se haya deslizado durante nuestro descanso en nuestra misma carne, magullándola y fatigándola como la fiebre. De pronto volvió a recordar y se sentó en el lecho.

Recordó, lentamente, todos los razonamientos que le habían torturado el corazón en el muelle, mientras silbaban las sirenas. Cuanto más lo pensaba, menos dudas tenía. Se sentía arrastrado por su lógica como por una mano que atrae y estrangula hacia la intolerable certeza.

Sentía sed, tenía calor y su corazón latía apresurado. Se levantó para abrir la ventana y, una vez en pie, le llegó a través de la pared un ligero ruido.

Juan dormía tranquilo y roncaba suavemente. ¡El, dormía! Dormía sin haber presentado nada, sin haber adivinado! Un hombre que había conocido a su madre le dejaba su fortuna y él lo consideraba la cosa más natural del mundo.

Dormía rico y satisfecho sin saber que a su hermano le ahogaban el sufrimiento y la angustia. Y sintió una ráfaga de cólera contra aquel roncador despreocupado y satisfecho.

El día anterior hubiera llamado a su puerta, hubiera entrado sentándose junto a la cama, le habría explicado, en el azoramiento de su repentino despertar: «Juan, no debes aceptar ese legado que el día de mañana podría dar lugar a sospechar de nuestra madre y deshonorarla.»

Pero hoy ya no podía hablar, no podía decir a Juan que no eran hijos del mismo padre. Ahora era necesario guardar, enterrar en su corazón esa vergüenza descubierta por él, ocultar a todos la mancilla que había adivinado y que nadie debía saber, ni siquiera su hermano, sobre todo su hermano.

Ya no pensaba ahora en el vano respeto de la opinión pública. Hubiera querido que todo el mundo acusara a su madre, con tal de que él, él solo, supiera que era inocente. ¿Cómo podría soportar vivir junto a ella siempre y creer al mirarla que había engendrado a su hermano por el cariño de un amante?

Sin embargo, ella se mostraba tranquila y serena, segura de sí misma. ¿Era posible que una mujer como ella, de alma tan pura y corazón tan honrado, pudiera caer arrastrada por la

pasión, sin que más adelante nada trasluciera ningún remordimiento, ningún recuerdo de su conciencia turbada?

¡Ah, los remordimientos, los remordimientos! Sin duda la torturaron al principio y luego fueron esfumándose como se esfuma todo. Seguro que lloró su falta y poco a poco llegó casi a olvidarla. ¿Acaso no disponen todas las mujeres, ¡todas!, de esa prodigiosa facultad de olvidar que apenas les permite reconocer, después de algunos años, al hombre a quien entregaron a besar su boca y todo su ser? El beso hiere como el rayo, el amor pasa como la tormenta, pero luego la vida se calma, como el cielo, y prosigue como antes. ¿ Se recuerda una nube?

Pedro no podía permanecer más en su cuarto. Aquella casa, la casa de su padre, le aplastaba. Sentía el peso del tejado sobre su cabeza y sentía que le asfixiaban las paredes. Y, como se abrasara de sed, encendió una vela para dirigirse a la cocina a beber un vaso de agua fresca.

Descendió los dos pisos y, al volver a subir con el jarro lleno, se sentó en camisa en un escalón por donde circulaba una corriente de aire y bebió directamente del jarro ansiosamente, como un corredor extenuado.

Cuando dejó de moverse, le enterneció el silencio de aquella morada; luego fue distinguiendo uno a uno los menores ruidos. Primero, el tic-tac del reloj, que parecía aumentar de segundo en segundo. Después volvió a oír un ronquido, un ronquido de persona vieja, corto, fatigoso y duro; el ronquido de su padre, sin duda alguna. De pronto le crispó la idea, como si acabara de surgir en su pensamiento, de que aquellos dos hombres que roncaban en aquella misma casa, padre e hijo, no tenían lazo familiar alguno que los uniese y lo ignoraban. Se trataban cariñosamente, se besaban, se alegraban y enternecían juntos por las mismas razones como si la misma sangre corriera por sus venas. Y, no obstante dos personas nacidas en las dos extremidades del mundo no podían ser más extrañas una de otra que ese padre y ese hijo. Creían que se amaban porque entre ellos se deslizó una mentira. Una mentira creaba ese amor paterno y ese amor filial; una mentira imposible de descubrir y que nadie sabría jamás salvo él, el verdadero hijo.

¿Y si, no obstante, se equivocara? ¿Cómo saberlo? ¡ Si existiera una semejanza, aunque fuese insignificante, entre su padre y Juan, una de esas misteriosas semejanzas que se transmiten a los más lejanos descendientes, probando que toda una raza desciende directamente del mismo beso! Le hubiera bastado con tan poco a él, médico, para reconocerlo: la forma de la mandíbula, la curva de la nariz, la separación de los ojos, la

calidad de los dientes o los cabellos; menos aún, un gesto, una costumbre, una manera de ser, una afición heredada, una señal cualquiera y muy característica para un ojo experimentado.

Buscaba sin recordar nada, nada en absoluto. El caso es que antes no había observado esto detenidamente, puesto que no tenía motivo alguno para descubrir esos imperceptibles indicios.

Se puso en pie para dirigirse a su habitación y empezó a subir la escalera con pasos lentos, sin dejar de meditar. Al pasar ante la puerta de su hermano, se detuvo de pronto, con la mano tendida para abrirla. Le asaltó un deseo imperioso de ver a Juan en seguida, de mirarlo durante un buen rato, de sorprenderlo durante el sueño, cuando las facciones en reposo, los rasgos distendidos y tranquilos dejan el rostro al desnudo, libre de los artificios de la vida. De este modo sorprendería el secreto de su semblante dormido y, si existía alguna semejanza, no se le escaparía.

Pero, si Juan despertaba, ¿qué le diría? ¿Cómo explicarle esa visita?

Permanecía en pie, con los dedos crispados en la cerradura y buscando una razón, un pretexto.

De pronto recordó que ocho días antes había prestado a su hermano un frasco de láudano para calmar un dolor de muelas. No podía extrañarle que aquella noche le doliera a él y fuese a reclamarle la droga. Se decidió a entrar, pero furtivamente, como un ladrón.

Juan, con la boca entreabierta, dormía con un sueño animal y profundo. Su barba y sus cabellos, rubios, ponían una nota dorada sobre las blancas sábanas. No se despertó, pero dejó de roncar.

Pedro, indinado hacia él, le contemplaba ávidamente. No, aquel joven no se parecía a Roland. Y por segunda vez recordó el pequeño retrato desaparecido de Maréchal. Era preciso encontrarlo. Al verlo, quizá ya no dudara.

Se removió su hermano, probablemente molesto por su presencia o por el reflejo de la bujía al penetrar en sus párpados. Entonces el doctor retrocedió andando de puntillas, se dirigió hacia la puerta, que cerró suavemente, y luego volvió a su habitación, pero no se acostó.

Transcurrió mucho tiempo antes que amaneciera. Sonaban las horas, una tras otra, en el reloj del comedor, con un sonido profundo y grave, como si aquel pequeño instrumento de relojería se hubiera tragado una campana de la catedral. Resonaban las horas a través de las paredes y las puertas, en la escalera vacía, e iban a morir al fondo de las habitaciones en los inertes oídos de los durmientes. Pedro andaba arriba y abajo de la habitación, desde su cama

hasta la ventana. ¿Qué haría? Se sentía demasiado trastornado para pasar aquel día en familia. Quería estar otra vez solo, por lo menos hasta el siguiente día, para reflexionar, calmarse, fortificarse para la vida diaria que sería preciso reemprender.

¡ Bueno! Iría a Trouville a contemplar la muchedumbre en la playa. Esto le distraería, pensaría en otras cosas y le daría tiempo para prepararse a la horrible circunstancia que había descubierto.

En cuanto amaneció, se lavó y vistió, la bruma se había disipado, el día era espléndido y, como sea que el barco de Trouville no zarpaba hasta las nueve, pensó que se vería obligado a besar a su madre antes de partir.

Esperó la hora en que solía levantarse cada día y luego bajó. Su corazón latía con tal violencia, que al llegar ante la puerta se detuvo para respirar. Su mano, asida al picaporte, lánguida y temblorosa, era casi incapaz del pequeño esfuerzo que suponía dar vuelta a la empuñadura. Llamó. Su madre preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Pedro.

—¿Qué quieres?

—Decirte adiós, ya que voy a pasar el día a Trouville con unos amigos.

—Todavía estoy acostada.

—Bueno, entonces no te molestes. Nos veremos esta noche cuando regrese.

Pensó que podría marcharse sin verla, sin poner en sus mejillas ese beso traidor que le sublevaba sólo al pensarlo. Pero ella respondió:

—Un momento, ya te abro. Espera que me haya vuelto a acostar.

Oyó las pisadas de los pies desnudos sobre el suelo y luego el ruido del pestillo al deslizarse. Ella le dijo:

—Entra.

Entró. Estaba sentada en la cama mientras que junto a ella, Roland, con un pañuelo liado a la cabeza, continuaba durmiendo. Nada le despertaba mientras no le zarandeaban hasta molerle los brazos. Los días de pesca, era la sirvienta la que le despertaba a la hora señalada por el marinero Papagris, quien le sacaba del invencible letargo.

Pedro miraba a su madre mientras se acercaba a ella, y le pareció de pronto que nunca la había visto antes.

Le presentó las mejillas y después de besarla se sentó en una silla baja.

—¿Fue ayer cuando decidiste la excursión? — le preguntó.

—Sí — dijo él — ayer noche.

—¿Vendrás a almorzar?

—Todavía no lo sé. En todo caso, no me esperéis.

La contemplaba con estupefacta curiosidad. ¡Aquella mujer era su madre! Aquella figura, que veía desde su infancia, desde que empezó a distinguir, aquella sonrisa, aquella voz tan conciliadora y familiar, le parecían de pronto nuevas y distintas de lo que hasta entonces habían sido para él. Comprendía que la amaba, pero nunca la había observado. No obstante, era ella y no ignoraba nada de los detalles más insignificantes de su semblante, pero esos pequeños detalles los observaba claramente por vez primera. Su ansiosa atención, escudriñando aquella cabeza querida, se la mostraba diferente, con una fisonomía que no había descubierto nunca.

Se levantó para partir y luego, cediendo de pronto al invencible deseo de saber que tanto le atormentaba desde el día anterior preguntó:

—Dime: he creído recordar que en nuestro salón de París había un pequeño retrato de Maréchal, ¿es así?

Dudó la mujer unos segundos, o por lo menos creyó él que dudaba, y luego dijo:

—Pues sí.

—¿Y qué ha ocurrido con ese retrato?

Hubiera podido responder más aprisa de como lo hizo.

—Ese retrato... Espera..., no me acuerdo exactamente... Quizás esté en mi *secrétaire*.

—¿Serías tan amable de buscarlo?

—Sí, ya lo buscaré. ¿Para qué lo quieres?

—¡Oh!, no es para mí. He pensado que sería natural regalarlo a Juan y que le agradaría a mi hermano.

—Tienes razón, es una buena idea. En cuanto me levante lo buscaré.

Pedro salió.

Era un día hermoso, sin un soplo de aire. Los transeúntes parecían satisfechos; los comerciantes iban a sus negocios, los empleados, a sus oficinas, las jóvenes, al taller. Algunos, animados por la belleza del día, canturreaban andando.

Los pasajeros subían ya a bordo del barco para ir a Trouville. Pedro se sentó detrás de todo, en un banco de madera.

Se preguntaba: «¿La ha inquietado mi pregunta sobre el retrato o solamente la ha sorprendido? ¿Lo ha extraviado o bien lo ha ocultado? Sabe dónde está o no lo sabe? Y, si lo ha escondido, ¿por qué motivo?»

Y su pensamiento, fijo en la misma idea, iba de deducción en deducción. Por fin concluyó:

El retrato, retrato de amigo, retrato de amante, permaneció a la vista en el salón hasta el día en que la mujer, en que la madre, se dio cuenta antes que nadie de que aquel retrato se parecía a su hijo. Hacía ya tiempo, sin duda, que acechaba esta semejanza; luego, al descubrirla, al verla nacer, comprendiendo que todos podrían darse cuenta un día u otro, retiró el retrato una noche y lo ocultó por no atreverse a destruirlo.

Y Pedro se acordaba ahora perfectamente de que aquella miniatura había desaparecido mucho tiempo antes de marcharse de París. Le parecía que había desaparecido cuando la barba de Juan empezó a crecer, lo que le daba un parecido con el joven rubio que sonreía en el cuadro.

El movimiento del barco al partir dispersó sus pensamientos. Entonces se levantó y contempló el mar.

Al salir del muelle, el barco giró a la izquierda y, resollando, jadeando y estremeciéndose, se dirigió hacia la lejana costa que se divisaba en la bruma matinal. De vez en cuando, la vela rojiza de una barcaza de pesca, inmóvil en el mar tranquilo, semejaba una gran roca que saliera del agua. Y el Sena, que desciende de Ruán, parecía un ancho brazo de mar que separara dos tierras vecinas.

En menos de una hora llegaron al puerto de Trouville y, como era la hora del baño, Pedro bajó hacia la playa.

Desde lejos, parecía un jardín repleto de hermosas flores, la gran duna de arena dorada, desde el muelle hasta las Rocas negras, las sombrillas de todos los colores, los sombreros de todas las formas, los vestidos de todos los tonos, agrupados ante las cabinas, alineados a lo largo de la orilla o dispersos acá y allá, semejaban verdaderamente enormes ramos en una desmesurada pradera. Y el ruido confuso, cercano y lejano de las voces que se desgranaban en el aire ligero, las llamadas, los gritos de los chiquillos a los que bañaban, las risas cristalinas de las mujeres, formaban un incesante rumor, continuo y dulce, mezclado a la insensible brisa y que se aspiraba con ella.

Pedro paseaba por entre aquellas gentes más perdido, más separado de ellos, más aislado, más sumido en su angustioso pensamiento, que si le hubieran echado al mar desde el

puente de un barco, a cien leguas del muelle. Los rozaba, los oía, sin escuchar algunas frases; y veía, sin mirar, cómo los hombres hablaban a las mujeres y cómo las mujeres sonreían a los hombres.

Pero de pronto, como si despertase, los vio claramente, y sintió un repentino odio contra ellos, ya que parecían dichosos y contentos.

Pasaba ahora rozando los grupos, girando en torno a ellos, presa de nuevos pensamientos. Todos aquellos vestidos multicolores que cubrían la arena como floridos ramilletes, aquellas preciosas telas, aquellas sombrillas vistosas, la gracia ficticia de los talles aprisionados, todos esos inventos ingeniosos de la moda, desde los calzados delicados hasta los sombreros extravagantes, la seducción del gesto, de la voz y de la sonrisa, en fin, la coquetería ostentada en la playa, le parecían de pronto como una inmensa floración de perversidad, femenina. Todas aquellas mujeres acicaladas querían gustar, seducir y tentar a alguien. Se habían embellecido para los hombres, para todos los hombres, excepto para el esposo, al que ya no necesitaban conquistar. Se habían embellecido para el amante de hoy y el amante de mañana, para el desconocido con que se cruzaban, observado, esperado quizá.

Y a aquellos hombres sentados junto a ellas, los ojos junto a los ojos, las bocas próximas cuando hablaban, los cautivaban y los deseaban, los cazaban como a una presa ágil e huidiza, pese a que parecía tan cercana y fácil. Por lo tanto, aquella amplia playa era tan sólo un mercado de amor donde unas se vendían y las otras se entregaban; unas traficaban con sus caricias y otras solamente las prometían. Todas aquellas mujeres pensaban lo mismo: ofrecer y hacer desear su cuerpo, ya sea entregado, ya vendido, ya prometido a otros hombres. Y pensó que en todo el mundo ocurría lo mismo.

Su madre procedió como las otras, ¡eso era todo! ¿Como las otras? ¡No!, habían excepciones, y muchas, ¡muchas! Las que veía a su alrededor, ricas, locas, en busca de amores, pertenecían en suma a la galantería elegante y mundana o bien a la galantería tasada, ya que en las playas, holladas por una legión de ociosas, no se tropezaba con la multitud de mujeres honradas encerradas en sus casas y dedicadas a sus familias.

Subía la marea, empujando poco a poco hacia la ciudad las primeras filas de bañistas. Se veía cómo los grupos se incorporaban apresuradamente y huían, llevando consigo sus asientos, ante la ola que avanzaba festoneada por un ligero encaje de espuma. Las casetas con ruedas, tiradas por un caballo, regresaban también; y sobre los tablones que bordean la playa de un extremo al otro se veía ahora una afluencia continua, densa y lenta de muchedumbre elegante formando dos corrientes opuestas que se codeaban y mezclaban. Pedro, nervioso,

exasperado por ese roce, huyó y se internó en la ciudad, deteniéndose para almorzar en una modesta taberna cercana al campo.

Una vez hubo bebido el café, se acomodó sobre dos sillas ante la puerta y, como no había dormido mucho aquella noche, se quedó amodorrado a la sombra de un tilo.

Después de unas horas de reposo, se dio cuenta de que era hora de regresar y se puso en camino, molesto por unas agujetas debidas a su postura mientras dormía. Ahora tenía prisa por regresar: quería saber si su madre había encontrado el retrato de Maréchal. ¿Sería ella quien iniciaría la conversación o se vería obligado a pedírselo otra vez? Si esperaba que se lo pidiera otra vez, sería señal indudable de que existía una razón secreta para no exhibir el retrato.

Pero cuando se encontró en su cuarto dudó antes de bajar para la comida. Sufría demasiado. Su exasperado corazón no tuvo tiempo de calmarse. No obstante, se decidió y llegó al comedor en el momento en que se sentaban a la mesa.

Un gozoso aspecto animaba todos los semblantes.

—¿Qué — preguntaba Roland —, habéis hecho muchas compras? No quiero ver nada hasta que todo esté listo.

Su mujer respondió:

—Pues claro que adelanta, pero es preciso reflexionar antes, para no cometer errores. La cuestión del mobiliario nos preocupa mucho.

Pasó el día con Juan visitando tiendas de tapicería y almacenes de muebles. Deseaba telas ricas, algo ostentosas, que llamaran la atención. En cambio, su hijo deseaba cosas sencillas y distinguidas. Entonces, con las muestras a la vista, cada uno repetía sus argumentos. Pretendía ella que el cliente, el que pleitea, necesita sentirse impresionado, que al entrar en la sala de espera debe sentir la emoción de la riqueza.

Juan, en cambio, que deseaba hacerse sólo con la clientela elegante y opulenta, deseaba conquistar a los espíritus selectos con su gusto modesto y certero.

Terminada la sopa, se reprodujo la discusión, que había durado todo el día.

Roland carecía de opinión. Repetía:

—No quiero oír hablar de nada. Iré cuando todo esté a punto.

Madame Roland apeló al juicio de su hijo mayor:

—Veamos, Pedro, ¿tú que opinas?

Tenía los nervios tan excitados, que estuvo a punto de soltar una blasfemia. No obstante, con tono seco en que vibraba su irritación, respondió:

—Estoy totalmente de acuerdo con la opinión de Juan. Me gusta la sencillez, la cual, cuando se trata de gustos, puede compararse con la rectitud cuando se trata de caracteres.

Repuso su madre:

—Piensa que vivimos en una ciudad de comerciantes donde el buen gusto no señorea.

Pedro respondió:

—¿Y eso qué importa? ¿Es una razón para imitar a los tontos? Si mis compatriotas son estúpidos o deshonestos, ¿debo seguir su ejemplo? Una mujer no cometerá una falta porque sus vecinas tengan un amante.

Juan se echó a reír:

—Te sirves de unas comparaciones, para argumentar, que parecen máximas de un moralista.

Pedro no contestó. Su madre y su hermano se volvieron a enzarzar en su conversación sobre telas y muebles.

Los miraba como había mirado a su madre aquella mañana antes de salir hacia Trouville; los miraba como un extraño que observa, y le parecía que, efectivamente, acababa de entrar en una familia desconocida.

Sobre todo, su padre era extraño a sus ojos y a su pensamiento. Aquel hombre gordo y fofo, feliz y estúpido, era su padre. No, no, Juan no se le parecía en absoluto.

¡Su familia! Hacía dos días que una mano desconocida y maléfica, la mano de un muerto, había arrancado y roto uno a uno todos los lazos que le unían a esos cuatro seres. Todo había terminado. Sin madre, ya que no podría amarla en adelante al no poderla venerar con ese respeto total, tierno y piadoso que necesita el corazón de un hijo; sin hermano, ya que era hijo de un extraño; solamente le quedaba el padre, ese hombre gordo al que no amaba a pesar suyo.

Y de pronto dijo:

—Di, mamá: ¿encontraste aquel retrato?

Ella hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué retrato?

—El retrato de Maréchal.

—No... Es decir, sí... No lo he encontrado, pero me parece -que sé donde está.

—¿El qué? — preguntó Roland.

Pedro le explicó:

—Un retrato pequeño de Maréchal que teníamos en el piso de París. Pensé que a Juan le agradaría tenerlo.

Roland exclamó:

—Claro, claro, me acuerdo perfectamente; lo vi la semana pasada. Tu madre lo sacó del *secrétaire* mientras ordenaba unos papeles. Fue el jueves o el viernes. ¿No te acuerdas, Luisa? Me estaba afeitando cuando lo sacaste de un cajón y lo colocaste junto a ti, encima de una silla, entre un montón de cartas de las que quemaste la mitad. ¿No es curioso que apareciera ese retrato dos o tres días antes de heredar Juan? Si creyera en presentimientos, diría que ése fue uno.

Madame Roland respondió tranquilamente:

—Sí, ya sé dónde está; luego iré a buscarlo.

¡Por lo tanto, ella había mentido! Mintió al responder aquella mañana a su hijo, que le preguntaba dónde estaba la miniatura: «No lo sé exactamente... Quizás esté en mi *secrétaire*.»

Lo había visto, tocado, manoseado unos días antes; luego lo volvió a esconder en el cajón del *secrétaire* junto con unas cartas, cartas de Maréchal.

Pedro observaba a su madre, que le había mentido. La miraba con la exasperada cólera de un hijo engañado al que se roba un afecto sagrado y con los celos de un hombre cegado que finalmente descubre una traición vergonzosa. De haber sido el marido de esa mujer, él, su hijo, la hubiera asido por las muñecas, por los hombros o por los cabellos y la hubiera tirado al suelo, golpeado, herido, aplastado. Pero no podía decir nada, ni hacer nada, ni demostrar nada, ni revelar nada. Era su hijo y nada tenía que vengar, puesto que a él no le había engañado.

¡Pero sí! le había engañado en su ternura, burlado en su piadoso respeto. Tenía la obligación de ser para él irreprochable, como la tienen todas las madres para con sus hijos. Si el furor que le sublevaba llegaba casi a ser odio, era porque la sentía más criminal hacia él que hacia su propio padre.

El amor entre el padre y la madre es un pacto voluntario en el que aquel que falla es solamente culpable de perfidia; pero cuando la mujer se ha convertido en madre su deber se acrecienta, puesto que la naturaleza le confía una raza. Si entonces sucumbe, es cobarde, indigna e infame.

—¡Qué caramba! — dijo de pronto Roland estirando las piernas bajo la mesa, como cada noche, para sorber poco a poco su copita de grosella —. No está mal vivir sin trabajar

cuando se tiene un mediano pasar. Espero que Juan nos ofrecerá algún que otro banquete; poco importa si me cuesta alguna indigestión.

Luego, volviendo la cabeza, dijo a su esposa:

—Anda, ve a buscar ese retrato, querida, ahora que has acabado de cenar. También a mí me gustará volver a verlo.

Ella se levantó, tomó una vela y salió. Luego, después de una ausencia que se le antojó a Pedro interminable, pese a que no duró más allá de tres minutos, entró madame Roland sonriendo y sosteniendo por una anilla un cuadro dorado de forma antigua.

—Aquí está — dijo —, lo he encontrado casi en seguida.

El doctor fue el primero en extender la mano. Cogió el retrato y con el brazo estirado se puso a observarlo. luego, dándose cuenta de que su madre le miraba, levantó lentamente los ojos hacia su hermano para comparar. Dejándose llevar de su genio, estuvo a punto de decir: «Fijaos, se parece a Juan.» Si no se atrevió a pronunciar estas espantosas palabras, manifestó en cambio su pensamiento por la manera de comparar las facciones pintadas.

Desde luego, tenían ciertos signos comunes: el mismo mentón y la misma frente, pero nada lo bastante acentuado que permitiera decir: «He aquí el padre y he aquí el hijo.» Era más bien un aire de familia, un parentesco de fisonomías que alienta la misma sangre. Más decisivo todavía para Pedro que esta semejanza de las fisonomías, fue el hecho de que se levantara su madre y, dándole la espalda, aparentara guardar en un estante, con excesiva lentitud, el azúcar y la grosella.

Ella había comprendido que Pedro sabía o, por lo menos, sospechaba.

—Déjame ver eso — decía Roland.

Pedro tendió la miniatura y su padre se aproximó la vela para ver mejor; luego murmuró con voz conmovida:

—¡Pobre muchacho! Así era cuando le conocimos. ¡Cómo pasan los años! En aquella época era un guapo mozo y de modales muy distinguidos, ¿no es verdad, Luisa?

Al no responder su esposa, prosiguió:

—¡Y de carácter tan alegre! Nunca le vi de mal humor. En fin, todo terminó, sólo queda la fortuna que legó a Juan. Podemos jurar que se mostró un buen amigo hasta el fin. Ni siquiera al morir nos olvidó.

Juan tendió a su vez la mano para coger el retrato. Lo contempló unos instantes y dijo luego con pesar:

—No lo reconozco en absoluto. Sólo lo recuerdo con cabellos blancos.

Y devolvió la miniatura a su madre. Ella lo miró un instante con una mirada recelosa y dijo luego con voz natural:

—Ahora, Juan, te pertenece a ti, puesto que eres su heredero. Lo colocaremos en tu casa.

Y al entrar en el salón puso la miniatura encima de la chimenea, junto al reloj, en el sitio que había ocupado antes.

Roland llenaba su pipa. Pedro y Juan encendieron cigarrillos. Tenían la costumbre de fumar, uno andando de arriba abajo a través de la habitación y el otro sentado, hundido en un sillón y con las piernas cruzadas. El padre se sentaba a horcajadas en una silla y escupía desde lejos hacia la chimenea.

Madame Roland, sentada en una silla baja, junto a una mesa que sostenía una lámpara, hacía punto o marcaba ropa.

Aquella noche empezaba una tapicería destinada a la habitación de Juan. Era un trabajo difícil y complicado, cuyo principio requería toda su atención. No obstante, de vez en cuando sus ojos, que contaban los puntos, se alzaban y daban una ojeada rápida y furtiva al pequeño retrato del muerto apoyado contra el reloj. Y el doctor, que atravesaba el salón en cuatro o cinco zancadas, con las manos a la espalda y el cigarrillo en los labios, sorprendía cada vez las miradas de su madre.

Se hubiera dicho que se espiaban, que acababa de declararse una lucha entre ellos; y un doloroso malestar, un malestar insoportable, crispaba el corazón de Pedro. Torturado y, no obstante, satisfecho, se decía para sus adentros: « ¡Cómo debe sufrir en estos momentos si sabe que lo he adivinado! » Y cada vez que se dirigía hacia la chimenea se detenía unos segundos para contemplar el rubio semblante de Maréchal, para demostrar claramente que una idea fija le obsesionaba. Y aquel pequeño retrato, menor que la palma de una mano, parecía una persona viva, malvada, temible, que de pronto hubiera entrado en aquella casa y aquella familia.

De repente sonó la campana de la puerta. Madame Roland, siempre tan serena, tuvo un sobresalto que reveló al doctor la excitación de sus nervios.

Luego dijo: «Debe de ser madame Rosémilly.» Y su ansiosa mirada se dirigió otra vez hacia la chimenea.

Pedro comprendió, o creyó comprender, su terror y su angustia. La mirada de las mujeres es penetrante, su espíritu ágil y su pensamiento receloso. Cuando la que iba a entrar viera aquella miniatura desconocida, quizá advirtiera a primera vista la semejanza entre aquel

rostro y el de Juan. Entonces sabría y lo comprendería todo. Sintió miedo, un miedo brusco y terrible de que esta vergüenza se descubriera, por lo que, girándose en el momento en que se abría la puerta, cogió el retrato y lo deslizó bajo el reloj sin que ni su hermano ni su padre lo advirtieran.

Al cruzar de nuevo la mirada con su madre, le pareció que sus ojos estaban inquietos, turbados y huraños.

—Buenos días — dijo madame Rosémilly —, vengo a tomar una taza de té en su compañía.

Y, mientras la rodeaban para informarse de su salud, Pedro desapareció por la puerta, que había quedado abierta.

Cuando advirtieron que se había ausentado, quedaron extrañados. Juan, molesto por causa de la viuda, temiendo que lo tomara como un desaire, murmuró:

—¡Qué arisco!

Madame Roland respondió:

—No se lo tomen en cuenta. No se encuentra muy bien y está cansado de su excursión a Trouville.

—No importa — repuso Roland —, esto no es una razón para irse como un salvaje.

Madame Rosémilly quiso arreglarlo:

—En absoluto, en absoluto. Se ha despedido a la inglesa: es costumbre en sociedad cuando uno se retira temprano.

—¡Oh! — respondió Juan —, en sociedad es posible, pero no se trata a la familia a la inglesa, y mi hermano viene haciéndolo desde hace unos días.

VI

Nada de particular ocurrió en casa de Roland durante una o dos semanas. El padre pescaba, Juan montaba el piso con la ayuda de su madre y Pedro, muy triste, sólo aparecía a las horas de comer.

Le preguntó un día su padre:

—¿Por qué demonios nos pones esta cara de enterrador? No es la primera vez que lo noto.

Y el doctor respondió:

—Es que siento angustiosamente el peso de la vida.

El buen hombre no entendió nada y repuso con aire desolado:

—Estó es ya demasiado. Desde que tuvimos la suerte de que nos cayera esa herencia, todo el mundo parece sentirse desgraciado. Parece como si nos hubiera ocurrido un accidente, como si lloráramos a alguien.

—En efecto, lloro a alguien — dijo Pedro.

—¿Tú? ¿ Se puede saber a quién?

—¡Oh!, alguien a quien tú no conocías y al que amaba mucho.

Roland pensó que se trataba de un amorío, de una persona frívola a quien su hijo cortejaba, y preguntó:

—¿Una mujer, sin duda?

—Sí, una mujer.

—¿Ha muerto?

—No, peor: deshonrada.

—¡Ah!

Aunque le sorprendía aquella imprevista confidencia en presencia de su mujer y el tono especial de su hijo, el viejo no insistió, ya que estimaba que estas cosas no deben tratarse ante otras personas.

Madame Roland parecía no haber oído; tenía el aspecto encontrarse bien y estaba muy pálida. En varias ocasiones su marido, sorprendido al verla sentarse como si se desplomara en el asiento, o al oírla resoplar como si no pudiera respirar, le había dicho:

—Luisa, no tienes buen aspecto; seguramente te cansas demasiado con el asunto de la instalación del piso de Juan. ¡ Descansa, caramba! El muchacho no tiene prisa, puesto que es rico.

Ella movía la cabeza sin responder.

Aquel día estaba tan pálida, que Roland se lo hizo notar otra vez.

—Vamos — dijo —, no te encuentras bien, querida; debes cuidarte.

Luego, volviéndose hacia su hijo, añadió:

—Puedes ver que tu madre no está buena. ¿ Ya la has examinado?

Pedro respondió:

—No, no me había dado cuenta.

Roland entonces se enfadó:

—Pero salta a la vista, ¡caramba! ¿De qué te sirve ser doctor, si ni siquiera te das cuenta de que tu madre se siente indispuesta? Pero mírala, mírala. ¡Vaya!, podríamos reventar sin que este médico lo advirtiera.

Madame Roland se puso a jadear y palideció de tal modo, que su marido exclamó:

—¡Se va a desmayar!

—No, no... No es nada... Ya se me pasará, no es nada. Pedro se acercó y, mirándola fijamente, dijo:

—Dime: ¿qué te pasa?

Ella repetía precipitadamente y con voz apagada:

—No me pasa nada... Te lo aseguro..., nada.

Roland había salido en busca de vinagre; volvió a entrar entregó la botella a su hijo.

—Toma..., vamos, tranquilízala al menos. ¿Ya le has auscultado el corazón?

Cuando Pedro se inclinaba para tomarle el pulso, ella retiró mano con un gesto tan brusco, que tropezó con la silla de al lado.

—Vamos, deja que te cuiden, ya que no te encuentras bien.

Entonces se incorporó y tendió el brazo. La piel le ardía y los latidos de la sangre eran tumultuosos y desiguales. El murmuró:

—En efecto, es bastante serio. Tiene que tomar calmantes. Voy a escribir la receta.

Y mientras escribía, inclinado sobre el papel, un ligero ruido de suspiros ahogados le obligó a volver la cabeza.

Ella lloraba con la cara entre las manos.

Roland, atolondrado, preguntaba:

—Luisa, Luisa, ¿qué te ocurre?, ¿pero qué te ocurre?

Ella no respondía y daba señales de sentirse torturada por una terrible y profunda pena.

Su marido quiso cogerle las manos para apartárselas del rostro. Se resistió, repitiendo:

—No, no, no.

El se volvió hacia su hijo:

—¿Qué le ocurre? Nunca la he visto de ese modo.

—No es nada — dijo Pedro —; una ligera crisis nerviosa.

Y le parecía que se sentía aliviado al verla torturada, como si aquel dolor aligerara su resentimiento, disminuyera la deuda de oprobio que había contraído su madre. La contemplaba como un juez satisfecho de su labor.

Pero de pronto se puso en pie, corrió hacia la puerta con tal impulso que no pudieron preverlo ni evitarlo, y corrió a encerrarse en su habitación.

Roland y el doctor permanecieron frente a frente.

—¿Eres capaz de entender qué es lo que ocurre?

—Sí — respondió Pedro —; proviene de un pequeño malestar nervioso que se manifiesta con frecuencia a la edad de mamá. Es probable que vuelva a tener otras crisis parecidas.

En efecto, sufrió otras casi a diario y parecía que Pedro las provocara con una palabra, como si poseyera el secreto de su dolencia extraña y desconocida. Espiaba en sus facciones las intermitencias de tranquilidad y, mediante tretas dignas de un torturador, despertaba con una sola palabra el dolor un momento adormecido.

¡Y él sufría tanto como ella! Sufría terriblemente de no amarla, de no respetarla, de torturarla. Cuando había hurgado en la llaga sanguinolenta que él había abierto en ese corazón de mujer y de madre, cuando la sentía desgraciada y desesperada, se iba solo, por la ciudad, tan atenazado por el remordimiento, tan dolorido por la piedad que ella le inspiraba, tan desolado por haberla torturado con su desprecio filial, que sentía la tentación de tirarse al mar, de ahogarse para que terminara todo aquello.

¡Oh, cómo hubiera querido perdonarla! Pero no podía, era incapaz de olvidar. ¡Si tan sólo pudiera no hacerla sufrir! ; pero no podía, porque él mismo padecía. Volvía a casa, a las horas de comer, rebosando tiernas resoluciones y luego, en cuanto la veía, en cuanto veía sus ojos, antes tan puros y firmes y ahora yacentes, temerosos, extraviados, la hería a pesar suyo sin poder reprimir la pérfida frase que le subía a los labios.

El infame secreto, que sólo ellos conocían, le agujoneaba contra su madre. Era como un veneno que circulara por sus venas que le hacía sentir el deseo de morder como un perro rabioso.

Nada le impedía mortificarla constantemente, ya que ahora Juan vivía casi siempre en su nuevo apartamento y solamente regresaba por la noche para comer con su familia y dormir.

Con frecuencia Juan se daba cuenta de las destemplanzas y violencias de su hermano, pero las atribuía a los celos. Se prometía decirle cuatro verdades y darle una lección cualquier día, ya que la vida familiar resultaba penosa debido a esas continuas escenas. Pero, como ahora vivía aparte, sufría menos con esas brutalidades; y su amor por la tranquilidad le incitaba a tener paciencia. Por otra parte, la fortuna le había embriagado y ya no ponía mucha atención en cosas que no le afectaban directamente. Llegaba a casa absorto por nuevas y triviales preocupaciones, por el corte de una chaqueta, la forma de un sombrero de fieltro el tamaño conveniente para las tarjetas de visita. Y hablaba continuamente de todos los detalles de su casa, de estantes en el armario de su cuarto para guardar la ropa blanca, de un perchero instalado en el vestíbulo, de una instalación eléctrica dispuesta de modo que evitase las entradas clandestinas en su piso.

Se había decidido que para celebrar su instalación irían a comer al campo en Saint-Jouin y luego, al regreso, a tomar el té en su casa. Roland quería hacer el viaje por mar, pero la distancia y la incertidumbre de llegar por este camino a la hora convenida hicieron que se rechazara su idea y alquilaran un *break* par la excursión.

Partieron hacia las diez a fin de llegar para el almuerzo. La polvorienta carretera se desplegaba a través del campo normando en el cual las ondulaciones de las llanuras y las granjas rodeadas de árboles asemejan un parque sin fin. En el coche, arrastrado a un trote lento por dos recios caballos, la familia Roland, madame Rosémilly y el capitán Beausire callaban ensordecidos por el estrépito de las ruedas y cerraban los ojos entre una nube de polvo.

Era la época de las cosechas en sazón. Junto a los tréboles de un verde oscuro y unas remolachas de un verde brillante, el trigo dorado iluminaba el campo con una luz dorada y amarilla. Parecía haber sorbido la luz del sol que lucía sobre él. Se iniciaba la siega, y en los campos atacados por las guadañas se veían a los hombres balancearse esgrimiendo a flor de tierra su gran hoja en forma de ala.

Después de avanzar durante dos horas, el *break* tomó un camino a la izquierda, pasó junto al molino de viento, que giraba como un melancólico despojo gris, medio podrido y condenado, último superviviente de los viejos molinos, y penetró luego en un patio, en el que se detuvo ante una coquetona casa, célebre venta de aquella región.

La dueña, a quien llamaban la bella Alfonsina, se acercó sonriendo al portal y tendió la mano a las señoras, que dudaban ante el estribo demasiado alto.

Bajo un toldo, junto a la hierba y a la sombra de los manzanos, estaban almorzando unos forasteros, parisienses llegados de Etretat; y en el interior del edificio resonaban voces, risas y chocar de platos.

Hubieron de almorzar en una habitación, ya que todas las salas estaban llenas. De pronto vio Roland en la pared redes para pescar langostinos.

—¡Ah, ah!, ¿se pescan langostinos aquí?

—Sí — respondió Beausire —, incluso es el lugar de la costa donde abundan más.

—¡Cáspita! ¿Y si fuéramos después de almorzar?

Precisamente la marca estaba baja a las tres y decidieron que todos pasarían la tarde en las rocas cogiendo langostinos.

Comieron poco para evitar un corte de digestión al meter los pies en el agua. Además, se reservaron para la comida, magnífica, que ordenaron para las seis, hora en que regresarían.

Roland estaba impaciente. Quería comprar los utensilios especiales empleados para esta pesca y que se parecen mucho a los que se utilizan para atrapar mariposas en los prados.

Son como bolsitas de red fina sujetas a un círculo de madera unido a una vara bastante larga. Alfonsina se los prestó sin dejar de sonreír. Luego ayudó a las dos mujeres a recogerse los vestidos para no mojárselos. Les ofreció faldas, medias de lana y alpargatas. Los hombres se quitaron los calcetines y compraron en casa del zapatero chancletas y zuecos.

Se dirigieron después hacia el mar con la red al hombro y el cesto a la espalda. Madame Rosémilly estaba encantadora con aquel tocado, con una gracia imprevista, campesina y resuelta.

La saya que le prestó Alfonsina, coquetamente recogida y cerrada con una puntada a fin de poder correr y saltar sin temor por las rocas, dejaba entrever el tobillo y el final de la pantorrilla, una pantorrilla de mujer flexible y fuerte. La cintura quedaba libre para permitirle moverse con soltura; y para cubrirse la cabeza encontró un inmenso sombrero de jardinero, de paja amarilla, con unas alas inmensas, que al estar recogidas por un lado y haber prendido en una rama de tamarindo, le daban un aspeo mosqueteril y atrevido.

Desde que había heredado, Juan se preguntaba cada día si se casaría o no con ella. Cada vez que la volvía a ver, le parecía estar decidido a convertirla en su mujer; luego, al encontrarse solo, pensaba que esperando se tiene tiempo de reflexionar. Ahora ella no era tan rica como él, ya que sólo poseía unos doce mil francos de renta, pero en bienes raíces, granjas y terrenos en el Havre, y eso más adelante podía valer una gran fortuna. Así pues sus bienes eran más o menos parecidos, y desde luego la joven le agradaba mucho.

Al verla andar aquel día delante de él, pensó: «Vamos, debo decidirme. Ciertamente, no encontraré mejor oportunidad.»

Siguieron por un vallecito en declive que bajaba desde la ciudad hasta la costa; y la costa, al final de ese valle, dominaba el mar en una anchura de ochenta metros. En el marco de las verdes costas, hundiéndose a derecha e izquierda, aparecía a lo lejos un gran triángulo de agua de un azul plateado bajo el sol, y una vela casi invisible semejaba un insecto en la lejanía. El cielo, radiante de luz, se mezclaba con el agua hasta tal punto que no distinguía en absoluto dónde terminaba uno y comenzaba el otro y las dos mujeres, que precedían a los tres hombres, destacaban en el claro horizonte con cinturas oprimidas por los corsés.

Juan, con la mirada encendida, observaba el delicado tobillo, la esbelta pantorrilla, la flexible cadera y el gran sombrero provocativo de madame Rosémilly. Y aquella huida aumentaba su deseo, le incitaba a resoluciones definitivas propias de los indecisos y los tímidos. El aire tibio, en el que se mezclaba, al olor de la costa, de los juncos, los tréboles y las hierbas, el perfume marino de las rocas, lo animaba también, embriagándole lentamente y él se iba decidiendo poco a poco, a cada paso que avanzaba, cada segundo, a cada mirada que lanzaba hacia la desenvuelta silueta de la joven; estaba decidido a no titubear más, a decirle que la amaba y que deseaba casarse con ella. La pesca le ayudaría al facilitarle la conversación a solas; además, sería un bello marco, un lugar encantador para hablar de amor, con los pies hundido en el agua clara, observando cómo huyen los langostinos bajo las algas.

Cuando llegaron al final del valle, a la orilla del abismo, descubrieron una senda que descendía a lo largo del acantilado, y más abajo, entre el mar y la falda de la montaña, aproximadamente a mitad de la costa, un sorprendente caos de enormes rocas hundidas, amontonadas unas sobre otras en una especie de planicie poblada de hierba que se perdía de vista hacia el sur, formada por antiguos hundimientos. Sobre aquella amplia faja de maleza y césped que parecía sacudida por estremecimientos volcánicos, las rocas caídas parecían las ruinas de una inmensa ciudad desaparecida asomada tiempo atrás al océano y dominada por la muralla blanca e interminable del acantilado.

—¡Qué vista tan hermosa! — dijo deteniéndose madame Rosémilly.

Juan la había alcanzado y muy emocionado le ofrecía la mano para ayudarla a bajar la estrecha escalera tallada en la roca.

Ambos se adelantaron mientras Beausire, sosteniéndose en sus cortas piernas, ofrecía su brazo a madame Roland presa de vértigo.

Roland y Pedro iban los últimos y el doctor hubo de arrastrar a su padre, a quien el vértigo trastornaba hasta el punto de tener que bajar los peldaños dejándose deslizar sobre las posaderas.

Los jóvenes, que descendían primero, caminaban rápidamente, y de pronto descubrieron un banco de madera colocado para hacer un alto en el camino y un hilillo de agua clara que salía por un agujero del acantilado. Primero se vertía en una cavidad grande como una cubeta formada por el mismo hilillo y luego caía en forma de cascada de una altura de dos pies escasos y se deslizaba a través del sendero, donde había logrado hacer crecer una alfombra de berros, desapareciendo luego entre las raíces de los árboles, a través de la llanura donde se amontonaban las rocas.

—¡Oh, qué sed que tengo! — exclamó madame Rosémilly.

Pero ¿cómo beber? Intentaba recoger en el hueco de la mano un poco de agua que se escurría entre sus dedos.

Se le ocurrió a Juan una idea: colocó una piedra en el camino y ella se arrodilló encima a fin de coger directamente el agua con los labios, que se encontraban ahora a la misma altura.

Cuando levantó la cabeza, cubierta de gotitas brillantes que le salpicaban la piel, los cabellos, las pestañas y el escote, Juan, inclinado hacia ella, murmuró:

—¡Qué hermosa es usted!

Ella le respondió con el tono que se emplea para regañar a un chiquillo:

—¿Quiere usted callarse?

Eran las primeras frases medianamente galantes que se cruzaban entre ellos.

—Vamos — dijo Juan bastante turbado —, continuemos antes de que nos alcancen.

En efecto, veía ya muy cerca de ellos al capitán Beausire, de espaldas, adelantando de ese modo a fin de sostener con ambas manos a madame Roland, y más arriba, más lejos, a Roland, que continuaba bajando deslizándose, agachado y arrastrándose sobre los pies y los codos con aspecto de tortuga, mientras Pedro le precedía vigilando sus movimientos.

El sendero, menos escarpado, se iba convirtiendo en una especie de camino en declive contorneando los enormes bloques caídos antaño de la montaña. Madame Rosémilly y Juan echaron a correr, y llegaron pronto a la pedregosa playa, que atravesaron para alcanzar las rocas. Estas cubrían una extensa y llana superficie cubierta de algas en la cual brillaban innumerables charcos de agua. Allá, a lo lejos, se veía la marea baja, detrás de aquella llanura viscosa de hierbas de mar, de un color verde reluciente y oscuro.

Juan se recogió las perneras del pantalón por encima de las pantorrillas y las mangas hasta el codo, para no mojarse la ropa y luego dijo:

—¡Adelante!

Y saltó resueltamente en el primer charco que encontró.

Más prudente, pero decidida también a meterse en el agua, la joven giraba en torno al charco con paso temeroso, ya que resbalaba sobre las plantas viscosas.

—¿Ve usted algo? — preguntó.

—Sí, veo su rostro, que se refleja en el agua.

—Si solamente ve eso, no logrará pescar mucho.

El murmuró con voz enternecida:

—De todas las pescas posibles, ¡esa es la que preferiría!

Ella se reía.

—Inténtelo y verá usted como se le escurre por entre las mallas.

—Sin embargo... si usted quisiera...

—Puedo observar cómo pesca los langostinos..., y nada más... por ahora.

—¡Qué cruel es usted! Vayamos más lejos; aquí no hay nada. Le ofreció la mano para ayudarla a andar sobre las resbaladizas rocas. Ella se apoyaba con cierto temor, y él se sintió de pronto embargado por el amor, poseído por el deseo, hambriento por poseerla, como si el amor que crecía en él hubiera esperado hasta aquel día para estallar.

Llegaron pronto cerca de un charco más profundo donde flotaban, bajo el agua burbujeante que manaba hacia el mar, hierbas largas, finas, de color rosa y verde, que parecían nadar.

Madame Rosémilly exclamó:

—¡Mire, mire!, allá abajo veo uno grande, muy grande.

Lo vio Juan a su vez y descendió resueltamente en aquel hueco, a pesar de que se mojaba hasta la cintura.

Pero el animal, moviendo sus largos bigotes, retrocedía lentamente ante la red. Juan lo empujaba hacia las hierbas, seguro de pescarlo. Al sentirse bloqueado, se deslizó con fuerte impulso por encima de la red, atravesó el charco y desapareció.

La joven, que observaba con ansiedad aquella caza, no pudo retener la exclamación:

—¡Ah, qué torpe!

Se sintió humillado, con un movimiento instintivo, metió la red en el fondo lleno de hierbas. Al sacarla, vio dentro tres enormes langostinos transparentes, pescados por casualidad en su invisible escondrijo.

Los presentó, triunfante, a madame Rosémilly, que no se atrevía a cogerlos, por temor a los pinchos agudos de que está armada su cabeza.

Se decidió no obstante y, oprimiendo entre los dedos la punta afilada de sus bigotes, los colocó uno tras otro en la cesta, junto a unas algas, para conservarlos vivos. Luego, al encontrar un charco de agua menos hondo, se metió con pasos recelosos, un poco impresionada por el frío que le mordía los pies, y se dispuso a pescar. Era hábil y astuta, con mano ligera y ese olfato especial que se precisa. Casi cada vez sacaba alguna pieza, engañada y sorprendida por la ingeniosa lentitud de su persecución.

Juan no pescaba nada, pero la seguía paso a paso, la rozaba, se inclinaba hacia ella, simulaba desesperarse por su torpeza, quería aprender.

—¡Oh!, enséñeme — decía —, enséñeme.

Luego, al reflejarse los dos rostros uno contra el otro en el agua, tan clara que las hierbas oscuras del fondo la convertían en un nítido espejo, Juan sonreía a la cabeza que le miraba desde abajo y, a veces, con la punta de los dedos le tiraba un besó que parecía caerle encima.

—¡Qué pesado es usted! — le decía la joven —. Amigo mío, nunca hay que hacer dos cosas a la vez.

El le respondió:

—Sólo hago una. La amo a usted.

Ella se incorporó y le dijo con tono severo:

—¡Vamos! ¿Qué le ocurre desde hace diez minutos? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No, no me he vuelto loco. La amo a usted y por fin me atrevo a decírselo.

Estaban ahora en pie en el charco salado, que los mojaba hasta los tobillos, y con las manos mojadas apoyadas en las redes. Se miraban en el fondo de los ojos.

Ella prosiguió en tono festivo y contrariado:

—¿Qué inoportuno ha sido al hablarme en este momento! ¿No podía usted esperar a otro día y no estropearme la pesca?

El murmuró:

—Perdóneme, pero ya no podía callarme. Hace tiempo que la amo. Hoy me ha enloquecido y he perdido el dominio de mí mismo.

De pronto madame Rosémilly pareció hacerse cargo de la situación y se resignó a tratar de este asunto renunciando a la pesca.

—Sentémonos en esta roca —dijo—. Podremos hablar con tranquilidad.

Treparon a una roca un poco alta y, una vez instalados uno junto al otro con las piernas colgando, prosiguió ella:

—Amigo mío, ya no es usted un chiquillo ni yo una niña. Los dos sabemos perfectamente de qué se trata y podemos medir todas las consecuencias de nuestros actos. Si está usted hoy decidido a declararme su amor, supongo, claro está, que desea casarse conmigo.

El no esperaba una exposición tan clara del asunto, y respondió de un modo inocente:

—Naturalmente.

—¿Lo ha hablado con su padre y su madre?

—No; antes quería cerciorarme de que usted aceptaría.

Ella tendió las manos todavía mojadas, que él, enardecido, estrechó.

—Acepto con gusto —dijo—, pero no quisiera disgustar a sus padres.

—¿Cree usted que mi madre no lo ha previsto, y que la querría como la quiere de no desear que nos casáramos?

—Es cierto; me siento un poco conturbada.

Se callaron. Y él, en cambio, se extrañaba de que se mostrara tan poco turbada, tan razonable. Esperaba resistencias galantes, rechazos fingidos; en fin, una afectada comedia de amor intercalada con la pesca, en el chapoteo del agua. Mas no fue así; se encontró ligado y casado en veinte palabras. Ya nada quedaba por decir, puesto que estaban de acuerdo; permanecían ahora un poco turbados los dos de lo que había sucedido tan repentinamente, incluso un poco confusos, sin atreverse a hablar ni a pescar, sin saber qué hacer.

La voz de Roland puso fin a aquella situación:

—Por aquí, por aquí, hijos míos... Venid a ver cómo Beausire vacía el mar de peces.

En efecto, el capitán realizaba una pesca maravillosa. Con el agua hasta, la cintura, iba de charco en charco reconociendo a primera vista los puestos más apropiados, y con un movimiento lento y seguro de su red registraba todas las cavidades escondidas bajo las algas.

Y los hermosos langostinos, transparentes, se estremecían en su mano cuando los cogía con gesto rápido para echarlos al cesto.

Madame Rosémilly, sorprendida y encantada, ya no se separó de su lado, imitándole lo mejor que podía, olvidando casi su promesa, y Juan, que la seguía soñador, contemplaba cómo ella se entregaba en cuerpo y alma a la alegría infantil de coger los langostinos bajo las hierbas flotantes.

De pronto exclamó Roland:

—Mirad, se acerca por fin madame Roland.

Se había quedado al principio sola con Pedro en la playa, ya que ninguno de los dos deseaba divertirse corriendo por entre las rocas y chapuceando en las charcas; y, no obstante, vacilaban ante la idea de quedarse juntos. Ella le temía y su hijo la temía a ella y a sí mismo. Temía su crueldad que no era capaz de dominar.

Se sentaron uno junto al otro en la playa de guijarros.

Y ambos, bajo el calor del sol algo atenuado por la brisa marina, ante aquel amplio y suave horizonte de agua azul festoneada con resplandores plateados, pensaba al mismo tiempo: «¡Qué agradable hubiera sido estar aquí tiempo atrás! »

Ella no se atrevía a hablar a Pedro, sabiendo que le contestaría con dureza; y él no se atrevía a hablar a su madre, sabiendo también que, a pesar suyo, lo haría en forma violenta.

Con la contera del bastón removía y golpeaba los guijarros. Ella, con los ojos perdidos en el vacío, cogió tres o cuatro guijarros que se pasaba de una mano a otra con un gesto lento y maquinal. Luego su indecisa mirada, que se perdía en la lejanía, descubrió a Juan, que en medio de las hierbas pescaba junto con madame Rosémilly. Entonces los siguió observando, espiando sus movimientos, comprendiendo de una manera confusa, con su instinto maternal, que no hablaban de la misma manera que los demás días. Les vio inclinarse juntos cuando se miraban en el agua y quedarse frente a frente cuando interrogaron sus corazones, y luego subir y sentarse en la roca para comprometerse uno y otro.

Sus siluetas se destacaban nítidamente y parecían estar solas en medio del horizonte; adoptaban, en ese amplio espacio de cielo, de mar y de acantilados, un aspecto grande y simbólico.

También Pedro los miraba, y de pronto una risa burlona salió de sus labios.

Sin volverse hacia él, le preguntó madame Roland:

—¿Qué te pasa?

Continuaba él riéndose.

—Me instruyo. Aprendo cómo se prepara uno a ser cornudo.

La madre sintió un sobresalto de cólera, de reproche, sorprendida por la palabra, exasperada por lo que creía comprender.

—¿A quién te refieres?

—¡A Juan, caramba! ¡Es cómico el espectáculo que ofrecen!

En voz baja y temblando de emoción, ella murmuró:

—¡Eres cruel, Pedro! Esa mujer es la rectitud en persona. Tu hermano no podría encontrar mejor esposa.

—¡Ja, ja, ja! ¡La rectitud en persona! Todas las mujeres sois la rectitud en persona... y todos sus maridos son cornudos ¡Ja, ja, ja!

Se levantó ella sin responderle, bajó presurosa la pendiente de la playa de guijarros, exponiéndose a resbalar y caerse en los boquetes ocultos entre las hierbas, a romperse un brazo o una pierna y se fue casi corriendo, caminando a través de los charcos, sin mirar, en dirección al otro hijo.

Al verla acercarse, Juan le gritó:

—¿Qué, mamá?, ¿te has decidido al fin?

Sin responderle, ella se cogió de su brazo como para decirle «Sálvame, defiéndeme.»

Juan advirtió su turbación y le preguntó sorprendido:

—¿Qué te ocurre? ¡Estás muy pálida!

Ella balbuceó:

—He estado a punto de caerme. Me dieron miedo esas rocas.

Entonces Juan la acompañó y la sostuvo, explicándole la pesca para distraerla. Pero como no le escuchaba y él sentía la imperiosa necesidad de confiarse a alguien, se la llevó más lejos y le dijo en voz baja:

—Adivina lo que he hecho.

—Pues..., no lo se.

—Adivínalo.

—¡Qué sé yo!

—Bueno, pues he dicho a madame Rosémilly que deseaba casarme con ella.

Ella no respondió palabra, pues le zumbaba la cabeza y tenía el ánimo tan decaído, que apenas le comprendió. Repitió:

—¿Casarte con ella?

—Sí. ¿ No crees que he hecho bien? ¿ No es verdad que es encantadora?

—Sí, sí, es encantadora... Has hecho bien.

—Entonces, ¿lo apruebas?

—Sí... lo apruebo.

—¿En qué tono lo dices! Cualquiera diría que... que.. no te satisface.

—Pues claro que sí... Estoy contenta.

—¿De veras?

—De veras.

Y para demostrarlo le tendió los brazos al cuello y le besó en las mejillas con sonoros besos maternos.

Luego, cuando se hubo enjugado las lágrimas que acudieron a sus ojos, descubrió allá abajo, en la playa, un cuerpo tendido sobre el vientre, como un cadáver, con la cara contra los guijarros: era el otro, Pedro, que deliraba desesperado.

Entonces se alejó .aún más con Juan, muy cerca de las olas, y hablaron largo tiempo de esa boda que tanto la ilusionaba.

La marea expulsó a los pescadores y luego todo el mundo regresó a la costa. Despertaron a Pedro, que simulaba dormir; y la cena se prolongó y corrió el vino.

VII

Durante el regreso, todos los hombres durmieron en el *break*, excepto Juan. Beausire y Roland se derrumbaban cada cinco minutos sobre el hombro de sus vecinos, que los rechazaban con una sacudida. Entonces levantaban la cabeza, dejaban de roncar, abrían los ojos y murmuraban: «¡ Qué buen tiempo! », y casi en seguida se derrumbaban hacia el otro lado.

Cuando llegaron a El Havre era tan profunda su modorra, que costó trabajo despertarlos, y Beausire se negó incluso a subir al piso de Juan, donde los esperaba el té.

El joven abogado iba a acostarse por vez primera en su nuevo apartamento; y sintió de pronto un gozo inmenso y algo pueril de enseñar a su prometida el piso que pronto sería el suyo.

La criada había salido y madame Roland dijo que ella misma cuidaría de calentar agua y servir el té, ya que no le gustaba que se quedara el servicio solo, por temor a un incendio.

Para que la sorpresa fuese completa, nadie había visitado aquella casa excepto ella, sus hijos y los obreros.

Al llegar al vestíbulo, Juan rogó que esperaran un momento. Quería encender las velas y quinqués y dejó en la oscuridad a madame Rosémilly, su padre y su hermano. Luego gritó: «¡Ya podéis pasar!», y abrió de par en par la puerta de dos hojas.

La galería acristalada, iluminada por una aralia y cristales de colores ocultos entre las palmeras, los cactus y las flores, ofrecía a primera vista la apariencia de un decorado de teatro. Se produjo un movimiento de sorpresa. Roland, maravillado ante aquel lujo, exclamó: « ¡ Córcholis! », y sintió deseos de aplaudir como en las apoteosis escénicas.

Luego pasaron al primer salón, reducido, tapizado con una tela de color oro viejo, igual a la de las butacas. El gran salón de consulta, muy sencillo, de un color salmón pálido, ofrecía un aspecto elegante.

Se sentó Juan en el sillón tras de la mesa, cargada de libros, y con voz grave y un poco forzada dijo:

—Sí, señora, los textos de la ley son formales, y, con el asentimiento que me ha anunciado, tengo la absoluta certeza de que dentro de tres meses el asunto que tenemos entre manos se resolverá favorablemente.

Miraba a madame Rosémilly, quien sonrió al mirar a madame Roland; y madame Roland le cogió la mano y se la estrechó.

Juan, radiante, hizo una pirueta de colegial y exclamó:

—¡Qué bien resuena la voz en este despacho! Sería un lugar excelente para informar.

Se puso a declamar:

—Si un sentido humano, si este sentimiento natural de benevolencia que sentimos hacia todo sufrimiento fuera el único móvil de la absolución que solicitamos, apelaríamos a vuestra piedad, señores del jurado, a vuestro corazón de padres y de hombres; pero nos asiste la razón, y únicamente la razón esgrimiremos ante vosotros.

Pedro observaba aquel piso que pudo ser suyo y se irritaba al ver las chiquilladas de su hermano, juzgándolo decididamente harto tonto y pobre de espíritu.

Madame Roland abrió una puerta a mano derecha.

—Aquí está el dormitorio — dijo.

Puso todo su esmero al disponerlo, todo su amor de madre. Las cortinas eran de cretona de Ruán, que imitaba la antigua tapicería normanda. Un dibujo Luis XV — una pastora en un medallón que enmarcaban los picos unidos de dos palomas — prestaba a las paredes, a las cortinas, al lecho y a las butacas, un carácter galante y campestre muy gracioso.

—¡Oh!, es encantador — dijo madame Rosémilly, que se había puesto seria al entrar en aquella habitación.

—¿Le gusta?

—¡Muchísimo!

—Si usted supiera cuánto me alegra...

Se miraron un segundo, con confiada ternura, hasta el fondo de los ojos.

Sin embargo, ella se sentía un poco turbada en aquel dormitorio que sería su alcoba nupcial. Al entrar, observó que la cama era muy ancha, una auténtica cama de matrimonio, escogida por madame Roland, quien había previsto el próximo matrimonio de su hijo; y esta precaución maternal la complació, ya que parecía decirles que la esperaba para formar parte de la familia.

Luego, una vez de regreso al salón, Juan abrió bruscamente la puerta de mano izquierda y apareció el comedor, que disponía de tres ventanas y estaba decorado al estilo japonés. La madre y el hijo derrocharon toda la imaginación de que eran capaces. Aquella habitación, con muebles de bambú, figuras de porcelana china, vasos de cristal, telas de seda rameadas de oro, cortinajes transparentes en los que unas perlas de cristal semejaban gotas de agua,

abanicos clavados en las paredes para sujetar las cortinas; con sus pantallas, sus sables, sus máscaras, sus grullas con su verdadero plumaje; todos esos pequeños *bibelots* de porcelana, de madera, de papel, de marfil, de nácar y bronce, tenía el aspecto pretencioso y amanerado que dan las manos inhábiles y los ojos ignorantes a las cosas que requieren tacto, gusto, y educación de artista. No obstante, fue la que más admiraron. Solamente Pedro manifestó algunas reservas con una ironía un poco amarga que pareció molestar a su hermano.

Sobre la mesa, las frutas estaban amontonadas en forma de pirámide y los pasteles se alzaban como monumentos.

No sentían mucho apetito; chuparon las frutas y royeron más que comieron los pasteles. Luego, al cabo de una hora, madame Rosémilly rogó que la excusaran, puesto que ya era hora de ausentarse.

Decidieron que la acompañara el viejo Roland hasta su casa. Salieron inmediatamente, mientras madame Roland, en ausencia de la criada, echaría un vistazo maternal por el piso, a fin de que no le faltara nada a su hijo.

—¿Debo volver a buscarte? — preguntó Roland.

—No, querido, acuéstate. Pedro me acompañará.

En cuanto hubieron salido, apagó las velas y guardó los pasteles, el azúcar y los licores en un mueble cuya llave entregó a Juan; luego entró en el dormitorio, entreabrió la cama y miró si el jarro estaba lleno de agua fresca y la ventana bien cerrada.

Pedro y Juan se habían quedado en el saloncito, resentido éste todavía por la crítica que hizo de su gusto, y aquél cada vez más molesto al ver a su hermano en aquel piso.

Fumaban, sentados ambos, sin dirigirse la palabra. Pedro se levantó de pronto.

—¡Demonio! — dijo —, la viudita parecía estar muy fatigada; esas excursiones no le prueban.

Juan sintióse impulsado por una de esas cóleras furiosas y repentinas del hombre pacífico que se siente vejado.

Su emoción era tal, que le cortó el aliento y balbuceó:

—Te prohíbo que en adelante digas «la viuda» cuando te refieras a madame Rosémilly.

Pedro, altivo, se volvió hacia él:

—Con que tratas de darme órdenes. ¿Es que te has vuelto loco?

Juan se había puesto en pie.

—No, no me he vuelto loco, pero estoy harto de la manera que tienes de tratarla.

Pedro se echó a reír.

—¿Mi manera de tratarla? ¿Formas quizá parte de madame Rosémilly?

—Has de saber que pronto será mi esposa.

Pedro volvió a reírse.

—¡Ah, ah! Perfectamente. Ahora comprendo por qué no debo llamarla «la viuda». ¡Vaya extraña manera de anunciarme tu matrimonio!

—¡Te prohíbo que te burles! ... ¿Me entiendes?... ¡Te lo prohíbo!

Juan se le había aproximado, pálido, con la voz temblorosa, exasperado por aquella ironía contra la mujer que amaba y que había escogido.

Pero de pronto Pedro explotó, furioso. Todas las cóleras acumuladas, los rencores sofocados, las protestas ahogadas desde hacía un tiempo, y el silencioso desespero, le subían a la cabeza y le aturdían como una congestión.

—¿Te atreves..., te atreves?... Pues bien, ¡yo te mando que te calles! ¡Te lo mando!

Juan, sorprendido ante aquella violencia, se calló durante unos segundos, buscando, en la confusión espiritual en que nos sumerge el furor, la cosa, la frase, la palabra que pudiera herir a su hermano en medio del corazón.

Esforzándose en dominarse a fin de herirle certeramente y hablando despacio para asegurar el efecto, repuso:

—Hace tiempo que tienes celos de mí, desde el día en que empezaste a decir «la viuda» porque sabías que me dolía.

Pedro lanzó una de esas carcajadas estridentes y despreciativas que le eran familiares.

—¿Yo?... ¿Celoso yo de ti?... ¿Yo?... ¿Y de qué iba a estar celoso? ¿De tu figura? ¿De tu inteligencia?

Pero Juan comprendió que había acertado en la llaga de su alma.

—Sí, tienes celos de mí, y los tienes desde que eras niño; te has vuelto furioso cuando has comprobado que esa mujer me prefería a mí y no a ti.

Pedro tartamudeaba, exasperado por esa suposición.

—¿Yo... yo... celoso de ti? ¿Por esa alma de cántaro, esa pava, esa oca gordinflona?

Al comprobar Juan que sus palabras le herían, prosiguió:

—¿Y el día en que intentaste remar con más fuerza que yo en la *Perla*? ¿Y todo lo que dices cuando está ella delante, para darte importancia? ¡Pero si revientas de celos! Y cuando llegó esa herencia te pusiste furioso y empezaste a detestarme, demostrándolo de todas las maneras posibles, y has hecho sufrir a todos, y no transcurre una hora sin que saques la bilis que te asfixia.

Pedro cerró los puños enfurecido con un irresistible deseo de saltar sobre su hermano y estrangularlo.

—¡Cállate, cállate de una vez y no hables de esa fortuna!

Juan exclamó:

—Los celos te roen hasta el punto de no decir ni una palabra a mi padre, a mi madre o a mí sin que estallen. ¡Simulas despreciarme porque me tienes envidia! Buscas querrela a todo el mundo porque estás celoso. Y ahora que soy rico ya no eres capaz de dominarte, tu lengua rebosa ponzoña y torturas a nuestra madre como si fuera culpa suya...

Pedro había retrocedido hasta la chimenea con la boca entre abierta, las pupilas dilatadas, presa de uno de esos ataques de locura que empujan al crimen.

Repitió con voz más apagada, sin dejar de jadear:

—¡Calla! ¡Calla de una vez!

—No. Hace tiempo que deseaba decirte todo lo que pienso. Me has dado la ocasión, peor para ti. ¡Amo a una mujer! lo sabes y te burlas de ella en mi presencia, agotas mi paciencia; peor para ti. Pero yo te arrancaré tus dientes de víbora. Te obligaré a que me respetes.

—¿Respetarte yo a ti?

—Sí, a mí.

—¿Respetarte?... ¿A ti, que nos deshonras con tu codicia?

—¿Qué has dicho? ¡Repítelo! ¡Repítelo!

—Te digo que no se acepta la fortuna de un hombre cuando uno pasa por ser el hijo de otro.

Juan permanecía inmóvil, sin comprender, espantado ante la insinuación que presentía.

—¡Cómo! ¿Qué dices?... Repítelo otra vez.

—Digo que todo el mundo murmura y repite que eres hijo del hombre que te ha dejado su fortuna. Pues bien, un hombre honrado no acepta el dinero que deshonra a su madre.

—Pedro... Pedro... ¿Te das cuenta de lo que dices?... ¡Tú! ¿Eres tú quien pronuncia tamaña infamia?

—Sí... sí... soy yo. ¿No ves que desde hace un mes me muero de pena, que paso las noches sin lograr conciliar el sueño y los días ocultándome como una bestia, que ya no sé lo que digo ni lo que hago, ni lo que será de mí, tan grande es mi pena, tan enloquecido estoy por la vergüenza y el dolor, ya que primero adiviné y ahora tengo la absoluta seguridad?

—Pedro... Cállate... Mamá está en la habitación de al lado. Piensa que puede oírnos..., que nos está oyendo.

Pero le era necesario vaciar su corazón. Explicó todo, sus sospechas, sus razonamientos, sus luchas, su certeza, y la historia del retrato que había vuelto a desaparecer.

Hablaba con frases breves, entrecortadas, casi sin hilación, con frases de alucinado.

Parecía como si hubiera olvidado que allí estaba Juan y que su madre se encontraba en la habitación contigua. Hablaba como si nadie le escuchara, porque tenía necesidad de hablar, porque había sufrido demasiado, comprimido y ocultado su llaga. Y ahora había llegado a ser como un tumor, y este tumor acababa de reventar, salpicando a todo el mundo. Se puso a andar como era costumbre en él; y, con los ojos fijos, gesticulaba con frenético desespero, con sollozos en la garganta, odiándose él mismo y hablando como si confesara su miseria y la miseria de los suyos, como si lanzara su dolor al aire invisible y sordo donde se esfumaban sus frases.

Juan, trastornado y casi convencido de pronto debido a la ciega energía de su hermano, se había adosado contra la puerta tras la cual adivinaba que su madre los había oído.

Ella no podía salir; debía pasar forzosamente por el salón. Y como no había salido de la habitación, supuso que no se había atrevido.

Pedro, dando de pronto una patada en el suelo, exclamó:

—¡Soy un cerdo por haber dicho eso!

Y se fue por la escalera sin ni ponerse el sombrero.

El ruido que produjo al cerrarse con estrépito la puerta de la calle, sacó a Juan del profundo letargo en que había caído. Habían transcurrido algunos segundos, que le parecieron horas, y permaneció embotado estúpidamente. Comprendía que le sería preciso pensar y actuar, pero esperaba, sin querer ni siquiera comprender, saber, acordarse; por temor, por debilidad, por cobardía. Era hombre contemporizador que todo lo dejaba para el día siguiente y, cuando se veía obligado a tomar una decisión rápida, todavía buscaba por instinto demorarlos unos instantes.

Pero el profundo silencio que ahora le rodeaba, después de las voces de Pedro, ese súbito silencio de las paredes, de los muebles con aquella viva luz de las seis bujías y los dos quinqués, le amedrentó hasta tal punto, que sintió deseos de huir también.

Entonces sacudió su pensamiento, sacudió su corazón e intentó reflexionar.

Nunca en su vida había tropezado con dificultades. Existen hombres que se dejan llevar como el agua que corre. Siguió los cursos con cuidado para que no le castigaran y concluyó

sus estudios de Derecho con regularidad debido a que su vida era tranquila. Todo le parecía natural, sin que nada llamara su atención. Le gustaban el orden, la prudencia y la tranquilidad por temperamento sin que en su espíritu hubiese repliegues; y ante aquella catástrofe permanecía como el hombre que cae al agua sin saber nadar.

Al principio intentó dudar. ¿Habría mentido su hermano por odio o por celos?

Y, no obstante, ¿cómo podía ser tan miserable hasta decir lo que había dicho de su madre, de no haber enloquecido de desesperación? Además, Juan conservaba en los oídos, en la mirada; en los nervios, hasta en el fondo de las entrañas, ciertos gritos de sufrimiento, ciertas palabras, entonaciones y gestos de Pedro, tan dolorosos que eran irresistibles, tan irrecusables como la certeza.

Estaba tan abatido, que era incapaz de cualquier movimiento o de una decisión. Su angustia se iba haciendo insoportable; y sentía que detrás de la puerta se hallaba su madre, que lo había oído todo y esperaba.

¿Qué hacía? Ni un movimiento, ni un estremecimiento, ni una respiración, ni un suspiro revelaban la presencia de un ser detrás de aquella puerta. ¿Habría huido? ¿Pero por dónde? De haber huido..., habría saltado desde la ventana a la calle.

Tuvo un sobresalto tan escalofriante, que más que abrir la puerta le dio un empujón y se lanzó hacia el dormitorio.

Parecía estar vacío y sólo recibía la luz de una bujía colocada encima de la cómoda.

Juan se lanzó hacia la ventana, que encontró cerrada con los postigos entornados. Se volvió, registrando con ansiosas miradas los rincones más oscuros, y se dio cuenta de que estaban corridas las colgaduras del lecho. Se adelantó y las abrió.

Su madre estaba tendida en la cama y con la cabeza hundida en la almohada, que apretaba, con las manos crispadas, para no oír nada más.

De momento la creyó ahogada. Pero, después de cogerla por los hombros, la volvió sin que soltase la almohada, que le ocultaba el rostro y que mordía para no gritar.

Pero el contacto de aquel cuerpo rígido, de aquellos brazos crispados le comunicó la sacudida de su inexpresable tortura. La energía y la fuerza con que retenía con los dedos y con los dientes la tela rellena de plumas, apretándola contra su boca, sus ojos y sus oídos para que no la viera y no la hablara, le hizo comprender, por la conmoción que recibió, hasta qué punto se puede sufrir. Y su corazón, su sencillo corazón, se sintió desgarrado por la piedad. El no era un juez, ni siquiera un juez misericordioso, sino un hombre débil y un hijo rebosante de ternura. No recordó nada de lo que su hermano le había dicho, no razonó ni

discutió; tocó tan sólo con sus manos el cuerpo inerte de su madre y, al no poderle arrancar la almohada del rostro, gritó:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Pobre mamá, mírame!

Se la hubiera creído muerta de no haber recorrido todos sus miembros un casi imperceptible escalofrío, una vibración de cuerda tensa. El repetía:

—¡Mamá, mamá, escúchame! No es verdad. Yo sé que esto no es verdad.

Ella sufrió un espasmo, una sofocación; luego, de pronto, empezó a sollozar sobre la almohada. Entonces se templaron sus nervios, sus rígidos músculos cedieron y, entreabriendo los dedos, soltaron la almohada y quedó su rostro al descubierto.

Estaba muy pálida, muy blanca, y de sus cerradas pupilas manaban abundantes lágrimas. Después de abrazarla por el cuello, le besó los ojos lentamente, con besos desolados que se humedecían de lágrimas, y mientras continuaba diciendo:

—¡Mamá, querida mamá, sé que no es verdad! ¡ No llores; lo sé, sé que no es verdad!

Ella se incorporó, se sentó, le miró y, armándose del valor que se precisa para suicidarse, le dijo:

—No... ¡Es cierto, hijo mío!

Permanecieron frente a frente en silencio. Durante unos instantes continuó sollozando, sofocándose, echando atrás la cabeza para respirar; luego se dominó de nuevo y prosiguió:

—Es cierto, hijo mío. ¿A qué mentir? Es cierto. Si te mintiera, tampoco me creerías.

Parecía haberse vuelto loca. Juan, horrorizado, cayó de rodillas junto al lecho murmurando:

—Cállate, mamá, cállate.

Ella se había incorporado con una resolución y una energía alarmantes.

—No tengo nada más que decirte, hijo mío. ¡Adiós!

Y se dirigió hacia la puerta.

El la estrechó entre sus brazos gritando:

—¿Qué vas a hacer, mamá? ¿Adónde vas?

—No lo sé... ¿Cómo quieres que lo sepa? ... Ya no tengo nada que hacer..., puesto que estoy sola.

Forcejeaba para soltarse. Mientras la retenía, él iba repitiendo:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Mamá!...

Y ella, mientras se esforzaba por soltarse, le decía:

—No, no, ahora ya no soy tu madre, ya no soy nada para ti, ni para nadie... ¡Nada, nada! Pobre hijo, ya no tienes padre ni madre... ¡Adiós!

De pronto comprendió que si la dejaba marchar no la volvería a ver jamás. La cogió en volandas y la sentó en un sillón; luego, arrodillándose y sujetándola con los brazos, le dijo:

—No saldrás de aquí, mamá; yo te quiero y te retengo. Vivirás siempre junto a mí; eres mía.

Elia murmuró con voz fatigada:

—No, pobre hijo mío, no es posible. Ahora lloras y mañana me arrojarías de casa; tú tampoco me perdonarías.

Respondió él con tanta convicción y un amor tan sincero «¿Yo? ¿Yo? ¡No me conoces!, que ella lanzó un grito, le cogió la cabeza con ambas manos, lo atrajo hacia sí con violencia y le besó en la cara desatinadamente.

Luego permaneció inmóvil, con una mejilla contra la de su hijo, sintiendo a través de la barba el calor de su carne; y le dijo en voz baja y al oído:

—No, hijo mío. Con el tiempo no me perdonarías. Ahora lo crees y te engañas. Me has perdonado esta noche y este perdón me ha salvado la vida; pero debemos separarnos.

El repitió, estrechándola en sus brazos:

—¡Mamá, no digas eso!

—Sí, pequeño, es preciso que me marche. No sé adónde, ni sé cómo me arreglaré, pero es preciso. Ya no me atrevería a mirarte ni a besarte, ¿comprendes?

Entonces, a su vez, Juan le dijo en voz baja y al oído:

—Madrecita mía, te quedarás conmigo porque yo quiero y porque te necesito. Y vas a jurarme en seguida que me obedecerás.

—No, hijo mío.

—¡Oh, mamá! Es necesario, ¿comprendes? Es necesario.

—No, hijo mío, es imposible. Equivaldría a condenarnos a todos al infierno. Sé muy bien lo que es este suplicio desde hace un mes. Estás conmovido, pero cuando te pase, cuando me mires como me ha mirado Pedro, cuando recuerdes lo que te he dicho... ¡Oh! ... Juan, querido mío..., piensa, piensa que soy tu madre...

—No quiero que te alejes de mi lado, mamá. Sólo te tengo a tí.

—Pero piensa, hijo mío, que ya no podremos mirarnos sin sonrojarnos los dos, sin que me sienta morir de vergüenza y sin que tus ojos me obliguen a bajar los míos.

—¡No, mamá, no es verdad!

—¡Sí, sí; sí que es verdad! Desde el primer día comprendí todas las luchas de tu pobre hermano. Ahora, cuando oigo que resuenan sus pasos por la casa, late mi corazón de tal modo, que parece pronto a romperse; cuando oigo su voz, noto que me voy a desmayar. ¡Te tenía a ti! Ahora ya no. ¡Oh, Juan, Juan! ¿Crees que podría vivir entre vosotros dos?

—Sí, mamá. Te querré tanto, que todo lo olvidarás.

—¡Oh!... ¡Cómo si fuera posible!

—Sí, es posible.

—¿Cómo quieres que lo olvide entre tu hermano y tú? ¿Acaso lo olvidaréis vosotros?

—Yo, ¡te lo juro!

—Lo recordarás todas las horas del día.

—No, te lo juro. Y, además, escucha: si te marchas, me alistaré como soldado para que me maten.

Quedó trastornada por aquella pueril amenaza y estrechó a Juan entre sus brazos, acariciándolo con apasionada ternura. Prosiguió:

—Te quiero mucho más de lo que te figuras. Vamos, sé razonable. Intenta quedarte solo únicamente ocho días. ¿Me lo prometes? Ocho días solamente; no puedes negármelo.

Puso sus manos sobre los hombros de Juan y, con los brazos tendidos, añadió:

—Hijo mío..., procuremos mantenernos serenos y no enternecernos. Ante todo, déjame hablar. Si una sola vez hubiera de escuchar de tus labios lo que hace un mes escucho por boca de tu hermano; si tan sólo una vez tuviera que leer en tus ojos lo que leo en los suyos; si una palabra o una mirada me dejaran sospechar que me desprecias como él..., una hora después, ¿me oyes?, una hora después me marcharía para siempre.

—Mamá, yo te juro...

—Déjame hablar... Hace un mes que sufro cuanto puede sufrir una criatura. A partir del instante en que comprendí que tu hermano, que mi otro hijo, sospechaba de mí y que adivinaba, minuto por minuto, la verdad, todos los instantes de mi vida se convirtieron en un martirio imposible de explicarte.

Su voz era tan apenada que, contagiado por su tortura, llenó de lágrimas los ojos de Juan.

Quisó besarla, pero ella le rechazó.

—Deja... escucha... ¡Tengo todavía tantas cosas que decirte para que comprendas! ... Pero no comprenderás... Para quedarme, sería preciso... No, ¡no puedo! ...

—Dímelo, mamá, dímelo.

—Bien, sea. Por lo menos, no te habré engañado. Tú quieres que permanezca a tu lado, ¿no es eso? Para que podamos vernos, hablarnos, estar juntos en casa, ya que no me atrevo a abrir una puerta por temor de que detrás esté tu hermano, es preciso, no que me perdones (nada humilla tanto como el perdón), sino que no me guardes rencor por lo que hice... Es preciso que te sientas lo bastante fuerte, lo bastante diferente de los demás para poder decirte que no eres hijo de Roland sin avergonzarte por ello y sin despreciarme... Yo ya he sufrido bastante... He sufrido demasiado, ya no puedo más... Y no desde hace unos días, sino desde hace mucho tiempo... Nunca podrás comprenderlo. Para poder vivir juntos y besarnos, mi pobre Juan, piensa que, si fui la amante de tu padre, fui todavía más su esposa, su verdadera esposa; que no me arrepiento de nada, que le amo todavía después de muerto, que siempre le amaré, que sólo a él he amado, que ha sido toda mi vida, toda mi alegría, toda mi esperanza, todo mi consuelo, todo, absolutamente todo para mí durante muchísimo tiempo. Escúchame, pequeño. Pongo a Dios por testigo de que, de no haberle conocido, no hubiera tenido ni un momento feliz, nada, ni la menor ternura, ni una hora de las que nos hacen lamentar envejecer, ¡nada! ¡Todo se lo debo a él! Solamente he tenido en el mundo a él y a vosotros dos, a tu hermano y a ti. Sin vosotros, mi vida sería más negra que la noche. Nunca hubiera amado a nadie, ni conocido nada, ni deseado nada; sólo hubiera llorado, ¡porque he llorado mucho, mi pobre Juan! ¡Oh, sí! ¡Cuánto he llorado desde que vinimos aquí! Me había entregado a él por entero, en cuerpo y alma, para siempre, y fui dichosa durante los diez años en que fui su esposa, como él fue mi marido ante Dios, que nos creó el uno para el otro. Y luego comprendí que no me amaba como yo a él. Se mostraba amable, pero ya no era para él lo que había sido. ¡Ya no me amaba! ¡Oh, cómo lloré! ... ¡Qué miserable y engañosa es la vida! ... Nada perdura... Y llegamos aquí y nunca más le vi, nunca vino a visitarnos... ¡Prometía venir en todas sus cartas!

¡Le esperaba! ... ¡Y no volví a verlo! ... ¡Y luego murió! ... Pero continuaba amándonos, puesto que pensó en ti. Yo le amaré hasta el último suspiro y nunca renegaré de su amor, y te amo a ti porque eres su hijo, y no me avergüenza decirlo en tu presencia. ¿Comprendes? Si quieres que me quede, debes aceptar ser su hijo y que hablemos de él algunas veces, y amarle un poco, y que pensemos en él cuando nos miremos. Si no quieres, si no puedes, entonces adiós, mi pequeño, pues es imposible que vivamos juntos. Haré lo que tú decidas.

Juan respondió con un tono cariñoso:

—Quédate, mamá.

Ella le estrechó entre sus brazos y de nuevo se echó a llorar; luego, con las mejillas de ambos juntas, prosiguió:

—Pero ¿y Pedro? ¿Qué podemos decirle? Juan murmuró:

—Ya veremos. No puedes vivir a su lado.

Al acordarse de Pedro, sintió una crispación de angustia.

—No, no puedo más. ¡No, no!

Y, apoyada en el pecho de Juan, exclamó con desaliento:

—Líbrame de él tú, mi pequeño. Líbrame, haz algo; a mí, nada se me ocurre³. Busca algo. ¡Líbrame de él!

—Tranquilízate mamá, encontraré algo.

—Inmediatamente... Es preciso... Inmediatamente... ¡No me dejes! ¡Tengo tanto miedo de él..., tanto miedo!

—Sí, encontraré algo. Te lo prometo.

—¡Oh! ¡Pronto, pronto! Tú no puedes comprender lo que pasa por mí cuando lo veo.

Luego murmuró bajito, al oído:

—Déjame estar contigo aquí, en tu casa.

El dudó, reflexionó y comprendió, con su indudable buen sentido, el peligro de esta combinación.

Pero se vio obligado a razonar largamente, a discutir, a combatir con argumentos

—Sólo esta noche — decía ella —, sólo esta noche. Mañana dirás a Roland que me quedé aquí porque me encontraba indispuesta.

—No es posible, porque Pedro ha vuelto a casa. Vamos, ánimo. Te prometo que mañana lo arreglaré todo. A las nueve estaré en casa. Anda, ponte el sombrero, que yo te acompañaré.

—Haré lo que tú digas — asintió ella con infantil abandono, entre agradecida y temerosa.

Intentó incorporarse, pero el sobresalto había sido demasiado fuerte: no podía sostenerse en pie.

Entonces él le dio a beber agua azucarada y respirar sales, y le humedeció las sienes con vinagre. Ella le dejaba hacer, deshecha y aliviada como después de un parto.

Por fin pudo andar y se cogió de su brazo. Cuando pasaban frente al Ayuntamiento, el reloj dio las tres.

Una vez ante la puerta de su casa, él la besó y le dijo:

—Adiós, mamá; ten ánimo.

Ella subió cautelosamente la escalera, se desvistió aprisa, entró en su dormitorio y, con el recuerdo de la emoción de los antiguos adulterios, se deslizó junto a Roland, que roncaba.

Únicamente Pedro no dormía y la había oído regresar.

VIII

Una vez de regreso a su apartamento, Juan se desplomó en un diván, ya que las penas y preocupaciones que daban a su hermano deseos de correr y huir como una bestia acosada actuaban de distinto modo en su naturaleza indolente y le privaban de la acción. Se sentía tan agotado, que ni tenía fuerzas para meterse en cama; agotado de cuerpo y de espíritu, abrumado y desolado. No se había sentido herido, como Pedro, en la pureza de su amor filial, en esa dignidad secreta que es el velo con que se cubren los corazones orgullosos, sino abrumado por un golpe del destino que amenazaba al mismo tiempo sus más caros intereses.

Cuando por fin se tranquilizó su espíritu, cuando se serenó su pensamiento como un agua removida, encaró la situación que acababan de revelarles. De haberse informado de otro modo sobre el secreto de su nacimiento, seguramente se hubiera indignado y sentido un dolor profundo; pero, después de su altercado con Pedro, después de aquella delación violenta y brutal que alteró sus nervios, la conmovedora emoción de la confesión materna le dejó sin energía para sublevarse. El choque que recibió su sensibilidad fue lo bastante fuerte como para destruir, en una irresistible ternura, todos los prejuicios y todas las sagradas susceptibilidades de la moral natural. Por otra parte, no era un hombre robusto. No le agradaba luchar contra nadie y menos aún contra sí mismo; por lo tanto, se resignó, y por una inclinación instintiva, por un amor innato al reposo, a la vida fácil y tranquila, le inquietaron al momento las perturbaciones que iban a surgir a su alrededor y perjudicarle al mismo tiempo. Presentía que serían inevitables, y para alejarlas se decidió a emplear sobrehumanos esfuerzos, energía y actividad. Era preciso vencer la dificultad inmediatamente, al día siguiente, ya que por momentos se apoderaba de él la imperiosa necesidad de hallar soluciones inmediatas, las cuales constituyen la fuerza de los débiles, incapaces de un esfuerzo de voluntad sostenido. Su inteligencia de abogado, acostumbrada a desentrañar y estudiar situaciones complicadas, cuestiones de orden íntimo en las familias desconcertadas, le hizo descubrir inmediatamente todas las consecuencias inmediatas del estado de alma de su hermano. A pesar suyo, encaraba las consecuencias desde un punto de vista profesional, como si hubiera estado determinando las futuras relaciones de unos clientes tras una catástrofe de orden moral. Ciertamente, era imposible un contacto continuo con Pedro. Lo

evitaría fácilmente permaneciendo en su casa, pero además era inadmisibile que su madre continuase viviendo bajo el mismo techo que su hijo mayor.

Durante mucho tiempo meditó, sin moverse, tendido en unos cojines, imaginando y rechazando unas combinaciones sin lograr encontrar nada que le satisficiera.

De pronto le asaltó una idea: esa fortuna que había heredado, ¿la aceptaría un hombre honrado?

De momento se respondió: «No», y decidió entregarla a los pobres. Era duro, desde luego. Vendería su mobiliario y trabajaría como otro cualquiera, como trabajan todos los que empiezan. Esta resolución, viril y dolorosa, fue un latigazo para su ánimo. Se levantó y apoyó su frente contra los vidrios. Antes era pobre y ahora volvería a serlo. No se iba a morir por ello. Sus ojos estaban fijos en el mechero a gas que lucía frente a él, al otro lado de la calle. Luego, al ver que una mujer pasaba por la acera, pensó de pronto en madame Rosémilly y sintió en su corazón la sacudida de las profundas emociones que despierta en nosotros un pensamiento doloroso. En seguida se le aparecieron todas las desesperantes consecuencias de su decisión. Debería renunciar a casarse con aquella mujer, renunciar a la felicidad, renunciar a todo. ¿Podía obrar de ese modo ahora que se hallaba, ya comprometido? Lo había aceptado sabiendo que era rico. También lo aceptaría pobre, pero ¿tenía el derecho a pedírselo, a imponerle ese sacrificio? ¿No era mejor conservar ese dinero como un depósito que restituiría más adelante a los indigentes?

Y en su alma, donde el egoísmo se disfrazaba bajo formas honestas, todos los intereses enmascarados luchaban y combatían. Los primeros escrúpulos cedían su lugar a los razonamientos ingeniosos, luego volvían a aparecer y se esfumaban otra vez.

Volvió a sentarse, buscando un motivo decisivo, un pretexto poderoso, para que deshiciera sus dudas y convenciera su natural rectitud. Veinte veces se había formulado esta pregunta: «Puesto que soy el hijo de ese hombre, puesto que lo sé y lo acepto, ¿no es natural también que acepte su herencia? » Pero este argumento no lograba acallar el «no» que murmuraba su conciencia.

De pronto pensó: «Puesto que no soy hijo de quien creía ser mi padre, no puedo aceptar nada de él ni en vida ni una vez muerto. No sería ni digno ni equitativo. Equivaldría a robar a mi hermano.»

Tranquilizado con este pensamiento y apaciguada la conciencia, volvió hacia la ventana.

«Sí — se decía —, es preciso que renuncie a la herencia de mi familia, que se la deje totalmente a Pedro, puesto que no soy hijo de su padre. Es de justicia. Entonces, ¿no es justo también que conserve el dinero de mi propio padre? »

Una vez reconocido que no podía aprovecharse de la fortuna de Roland, y habiendo decidido cederla íntegramente, consintió y se resignó a conservar la de Maréchal, ya que si rechazase una y otra se encontraría reducido a la pura mendicidad.

Una vez resuelto ese delicado asunto, volvió a pensar en la cuestión de la presencia de Pedro en la familia. ¿Cómo alejarlo? Desesperaba de encontrar una solución cuando el silbido de la sirena de un vapor que entraba en el puerto pareció responderle y sugerirle una idea.

Entonces se tendió sobre el lecho totalmente vestido y soñó despierto hasta que amaneció.

Salió hacia las nueve para asegurarse de si era posible poner en práctica su proyecto. Luego, después de algunas gestiones y visitas, se dirigió a casa de sus padres. Su madre le esperaba encerrada en su habitación.

—Si no hubieses venido, no me hubiera atrevido a bajar. En seguida oyeron a Roland que gritaba en la escalera:

—¿No se almuerza hoy en esta casa, demonios?

Como nadie respondiera, volvió a gritar:

—¡Josefina! ... ¿Qué diablos hace usted?

Desde las profundidades del sótano, resonó la voz de la sirvienta:

—¿Qué desea usted, señor?

—¿Dónde está la señora?

—Está arriba, con el señorito Juan.

Entonces se puso a dar voces con la cabeza levantada hacia el piso superior:

—¡Luisa!

Madame Roland entreabrió la puerta y respondió:

—¿Qué quieres, querido?

—¿No almorzamos hoy, demonio?

—En seguida vamos. Y bajó seguida de Juan.

Al ver al joven, exclamó Roland:

—¡Toma! ¿Estás aquí? ¿Te aburrías ya en tu casa?

—No, padre, pero he venido para hablar con mamá. Juan se adelantó con la mano abierta y, cuando sintió sus dedos estrechados por el apretón paterno del viejo, le sobrecogió una extraña e imprevista emoción, la emoción de las separaciones y los adioses definitivos.

Madame Roland preguntó:

—¿No ha llegado Pedro?

Su marido se alzó de hombros.

—No, pero peor para él; siempre se retrasa. Sentémonos a la mesa.

Ella se volvió hacia Juan.

—Deberías ir a buscarle, hijo mío; le apena que no le aguardemos.

—Sí, mamá; ahora voy. Salió el joven. Subió la escalera con la temerosa resolución del tímido que se dirige a luchar. Pedro, al oír los golpecitos en la puerta, respondió:

—Adelante.

Entró. Su hermano, inclinado sobre la mesa, escribía.

—Buenos días — le dijo Juan.

Pedro se puso en pie.

—Buenos días. Y se estrecharon las manos como si no hubiera ocurrido nada.

—¿No bajas a almorzar?

—Sí... claro... Pero es que tengo mucho trabajo. La voz del hijo mayor temblaba y su ansiosa mirada preguntaba a su hermano qué haría.

—Te estamos esperando.

—¡Ah! ¿Es que... está abajo mamá?

—Sí, ella me ha enviado a buscarte.

—¡Ah! ..., entonces vamos.

Ante la puerta de la sala dudó en entrar primero; luego abrió de golpe y vio a su padre y a su madre sentados a la mesa, frente a frente.

Se acercó primero a ella sin levantar la vista, sin pronunciar una palabra, y se inclinó para que le besara la frente, costumbre que adquirió últimamente, en lugar de que le besara en las mejillas como antes. Adivinó que acercaba su boca, pero no sintió el roce de sus labios en la piel y se incorporó palpitante, después de aquel simulacro de caricia.

Se preguntaba: «¿Qué debieron decirse cuando me marché?» Juan repetía con ternura «madre» y «querida mamá»; la cuidaba, la servía y le llenaba el vaso. Pedro comprendió entonces que habían llorado juntos, pero no pudo penetrar en su pensamiento. ¿Creía Juan que su madre era culpable o que su hermano era un miserable?

Y le asaltaron de nuevo todos los reproches que se había dirigido por haber pronunciado aquellas horribles palabras, agarrotándole la garganta, cerrándole la boca e impidiéndole comer y hablar.

Ahora le asaltaba una necesidad intolerable de huir, de abandonar aquella casa que ya no era la suya, aquellas gentes a las que tan sólo le unían imperceptibles lazos. Y hubiera querido marcharse al instante, adonde fuera, dándose cuenta de que todo había terminado, de que ya no podría permanecer a su lado, de que continuaría torturándolos a pesar suyo, aunque sólo fuera con su presencia, y de que le harían sufrir continuamente un suplicio inaguantable.

Juan hablaba, charlaba con Roland. Pedro no escuchaba, no oía nada. Creyó, sin embargo, descubrir una intención en la voz de su hermano y prestó atención al sentido de las palabras.

Decía Juan:

—A lo que parece, será el barco más hermoso de la flota. Hablan de seis mil quinientas toneladas. El mes próximo realizará su primer viaje.

Roland estaba asombrado.

—¡Tan pronto! Creía que no estaría en condiciones de hacerse a la mar este verano.

—Sí, pero han trabajado de firme para que la primera travesía tenga lugar en otoño. Esta mañana he pasado por las oficinas de la Compañía y he hablado con uno de los administradores.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

—Con monsieur Marchand, amigo particular del presidente del consejo de administración.

—No sabía que le conocieras.

—Sí, y tenía que pedirle un favor.

—Entonces me acompañarás a visitar detenidamente el *Lorraine* en cuanto entre en el puerto.

—Por supuesto que sí, es muy fácil.

Juan parecía dudar, buscar las palabras, perseguir una transición que no lograba. Prosiguió:

—En resumidas cuentas, la vida que se disfruta en esos transatlánticos es muy aceptable. Más de la mitad de los meses se pasan en tierra firme, en dos ciudades soberbias, Nueva York y El Havre, y el resto del tiempo en alta mar con personas encantadoras. Incluso se pueden hacer agradables amistades, sí, amistades útiles, entre los pasajeros. Piensa que el

capitán, con las economías en el carbón, puede ganar veinticinco mil francos al año, o quizá más...

Roland lanzó un «¡Caramba!» seguido de un silbido que atestiguaba un profundo respeto hacia la suma y hacia el capitán.

Juan prosiguió:

—El comisario de a bordo puede llegar a los diez mil francos y el médico a los cinco mil, como honorarios fijos y gastos pagados: alojamiento, manutención, luz, calefacción, servicio, etcétera, lo cual equivale por lo menos a diez mil francos. No está nada mal.

Pedro, que había alzado los ojos, tropezó con los de su hermano y comprendió.

Luego, tras un momento de vacilación, preguntó:

—¿Es muy difícil obtener una plaza de médico en un trasatlántico?

—Sí y no. Todo depende de las circunstancias y de las recomendaciones.

Hubo un prolongado silencio; luego insistió:

—¿Zarpa el mes próximo el *Lorraine*?

—Sí, el día siete.

Y callaron.

Pedro reflexionaba. Sería una solución el que pudiera embarcar como médico del barco. Más adelante ya vería, quizá lo dejara, pero entre tanto se ganaría la vida sin tener que depender de su familia. La antevíspera vendió su reloj de bolsillo, ya que ahora nada pedía a su madre. Por lo tanto, no quedaba otra solución aparte de ésta, ninguna manera de procurarse otro pan y otra cama; se veía obligado a depender de ellos y habitar bajo el mismo techo. Entonces, después de un momento de vacilación, dijo:

—Si pudiera, me marcharía gustosamente en ese barco.

Juan preguntó:

—¿Por qué no has de poder?

—Porque no conozco a nadie en la Compañía transatlántica.

Roland estaba estupefacto.

—¿Y qué ocurre con todos tus proyectos?

Pedro murmuró:

—Hay ocasiones en que hay que saber sacrificarlo todo y renunciar a las más lisonjeras esperanzas. Además, es sólo un principio, un medio de reunir algunos miles de francos para establecerme después.

Su padre quedó pronto convencido.

—Es verdad. En dos años puedes ahorrar seis o siete mil francos, los cuales, bien empleados, te permitirán prosperar. ¿Qué opinas, Luisa?

En voz baja, casi ininteligible, ella respondió:

—Creo que Pedro tiene razón.

Roland dijo:

—Hablaré de ello con monsieur Poulin, a quien conozco mucho. Es juez del tribunal de comercio y se ocupa de los asuntos de la Compañía. También conozco al armador, a monsieur Lenient, que es íntimo amigo de uno de los vicepresidentes.

Juan preguntó a su hermano:

—¿Quieres que hoy mismo dé un toquecito a monsieur Marchand?

—Sí, sí, perfectamente.

Pedro, después de meditar unos instantes, prosiguió:

—El mejor medio sería quizás escribir a mis profesores de la Escuela de Medicina, que me tenían en gran estima. En estos barcos se contrata con frecuencia a sujetos mediocres. Unas cartas encomiásticas de los profesores Mas-Roussel, Rémusot, Flache y Borriquel arreglarían el asunto en una hora mejor que todas las recomendaciones dudosas. Bastaría con que tu amigo monsieur Marchand presentara esas cartas al consejo de administración.

Juan aprobaba la idea:

—Tu plan es excelente, excelente.

Y sonreía tranquilizado y casi contento, seguro del éxito, porque era incapaz de afligirse mucho tiempo.

—Escríbeles hoy mismo — dijo.

—Luego, ahora mismo. Voy a escribir; no tomaré café, porque estoy demasiado nervioso.

Se levantó y salió.

Entonces Juan se volvió hacia su madre:

—¿Y tú, mamá, qué piensas hacer?

—Nada... No sé.

—¿Quieres acompañarme hasta casa de madame Rosémilly?

—Sí, sí..., claro.

—¿Sabes?... Es indispensable que la vea hoy.

—Sí, sí, es verdad.

—¿Por qué indispensable? — preguntó Roland, acostumbrado a no comprender nada de lo que decían en su presencia.

—Porque le prometí que iría.

—¡Ah! Entonces es diferente.

Y se puso a llenar su pipa mientras la madre y el hijo iban a coger los sombreros. Ya en la calle, Juan preguntó:

—¿Quieres apoyarte en mi brazo, mamá?

Nunca se lo ofrecía, a pesar de que solían pasear juntos. Ella aceptó y se apoyó.

Durante algún tiempo no hablaron; luego él le dijo:

—¿Has visto que Pedro consiente en marcharse?

Ella murmuró:

—¡Pobre muchacho!

—¿Por qué dices «pobre muchacho»? No se sentirá en absoluto desgraciado en el *Lorraine*.

—No... ya lo sé, pero pienso en tantas cosas...

Durante un rato estuvo meditabunda, con la cabeza inclinada, andando junto a su hijo; luego, con ese tono particular que encubre un pensamiento secreto, añadió:

—¡Es triste la vida! Si alguna vez encontramos un poco de felicidad, somos culpables al abandonarnos a ella y lo pagamos caro más tarde.

El le dijo en voz muy baja:

—No hables ya más de eso, mamá.

—¿Lo crees posible? Pienso siempre en lo mismo.

—Ya olvidarás.

Volvió ella a callarse y luego dijo, con profundo sentimiento:

—¡Qué feliz hubiera podido ser casándome con otro hombre!

Ahora se exasperaba contra Roland, culpando a su fealdad, su estupidez, su torpeza, su espíritu vulgar y el aspecto ordinario de su persona, de su falta y su infelicidad. A esto se debía, a la vulgaridad de su persona, el haberle engañado, el haber desesperado a uno de sus hijos y haber tenido que hacer al otro la confesión más dolorosa que pueda surgir del corazón lacerado de una madre.

Murmuró: «Es espantoso para una joven casarse con un hombre como mi marido.» Juan no respondió. Pensaba en el hombre que hasta entonces había considerado como su padre y que quizá la noción confusa que tuvo hasta ahora de la mediocridad paterna, la constante

ironía de su hermano, la desdeñosa indiferencia de los otros, y hasta el desprecio que sentía la criada hacia Roland, habían preparado su alma para la terrible confesión de su madre. Le apenaba menos ser hijo de otro; y tras la emoción de la víspera, si no sintió la sacudida de rebelión, indignación y cólera que temía madame Roland, fue porque desde hacía mucho tiempo sufría inconscientemente al saberse hijo de aquel hombre.

Habían llegado ante la casa de madame Rosémilly.

Vivía ésta en la carretera de Sainte-Andresse, en el piso segundo de un gran edificio propiedad suya. Desde sus ventanas se divisaba toda la rada de El Havre.

Al ver a madame Roland, que entraba primero, en lugar de tenderle las manos como de costumbre, abrió los brazos y la besó, ya que adivinaba la intención de su visita.

El mobiliario del salón, de terciopelo rosado, estaba siempre cubierto con fundas. Las paredes, empapeladas con papel floreado, ostentaban cuatro grabados que compró su primer marido, el capitán. Representaban escenas marinas y sentimentales. En el primero se veía la mujer de un pescador que agitaba un pañuelo desde la costa, mientras que en el horizonte desaparecía la vela de la barca en que iba su marido. En el segundo, la misma mujer, arrodillada en la misma costa, se retorció los brazos mirando a lo lejos, bajo un cielo tempestuoso y en un mar agitado, la barca del esposo a punto de naufragar. Los otros dos grabados representaban escenas análogas en una clase superior de la sociedad. Una mujer joven y rubia soñaba apoyada con los codos en la borda de un gran trasatlántico que acababa de zarpar. Miraba hacia la costa ya lejana, llenos los ojos de lágrimas y el corazón de añoranzas. ¿Qué había dejado allí? Luego la misma joven, sentada cerca de una ventana abierta sobre el océano, aparecía desmayada en un sillón. De sus rodillas se había deslizado una carta al suelo. «¡Ha muerto! ¡ Qué tortura!»

Los visitantes se sentían generalmente emocionados y seducidos por la tristeza trivial de esos asuntos transparentes y poéticos. Se comprendían en seguida, sin previa explicación, y se compadecían de las pobres mujeres, aunque no apareciese claro el motivo de la pena de la más distinguida. Pero la misma duda ayudaba a soñar. ¡ Debió de perder a su prometido!

En cuanto se entraba, se sentían atraídas las miradas hacia esas cuatro escenas y retenidas como fascinadas. Se apartaban para volver a contemplar las cuatro expresiones de las dos mujeres, que se parecían como dos hermanas. Del dibujo, claro, bien acabado, cuidado y distinguido como el de un grabado a la moda, así como del marco, reluciente, se desprendía una sensación de limpieza rectitud que acentuaba también el resto de los muebles.

Las sillas estaban alineadas de acuerdo con un orden invariable, unas contra la pared, otras en torno a la mesita. Los cortinajes, blancos, immaculados, tenían pliegues tan paralelos, que se sentían deseos de arrugarlos un poco; nunca, nunca la más ligera mota de polvo empañaba el globo en que el reloj dorado, estilo Imperio, un mapamundi sostenido por Atlas arrodillado, parecía estar madurando como un melón casero.

Las dos mujeres, al sentarse, alteraron un poco la colocación normal de las sillas.

—¿No ha salido usted hoy? — preguntó madame Roland.

—No. He de confesar que estoy un poco fatigada.

Y evocó, como para dar las gracias a Juan y a su madre, lo mucho que había disfrutado en aquella excursión y pesca.

—¿Sabe usted que esta mañana he comido los langostinos? Estaban deliciosos. El día que quieran, volveré con gusto a pescar...

El joven la interrumpió:

—¿Y si termináramos la primera pesca antes de principiar la segunda?

—¿Qué quiere decir? Creía que la habíamos dado por terminada.

—¡Oh, madame! Por mi parte, hice en una roca de Saint Jean una pesca que deseo también llevarme a casa.

Ella adoptó un aire ingenuo y malicioso:

—¿Usted? ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que pescó?

—¡Una mujer! Y mi madre y yo venimos a saber si no ha mudado de opinión esta mañana.

Ella sonrió y dijo:

—No, señor, yo nunca mudo de opinión.

Entonces él tendió su mano abierta, sobre la cual puso madame Rosémilly la suya con gesto resuelto. Le preguntó:

—Lo antes posible, ¿le parece bien?

—Cuando usted quiera.

—¿Dentro de seis semanas?

—Yo no opino. ¿Qué piensa mi futura madre política?

Madame Roland respondió con una sonrisa melancólica:

—¡Oh!, son ustedes los que deben decidir. Sólo deseo agradecerle que acepte usted a Juan, ya que estoy segura de que la hará muy feliz.

12.

—Haré cuanto pueda, madame.

Algo emocionada por vez primera, madame Rosémilly se levantó y estrechó a madame Roland entre sus brazos largo tiempo como un niño; y este beso, esta caricia nueva, hizo nacer una emoción que alivió el dolorido corazón de la pobre mujer. No hubiera sabido decir lo que sentía. Era triste y dulce al mismo tiempo. Había perdido un hijo, un gran hijo, y le devolvían una hija cariñosa y amante.

Cuando volvieron a estar frente a frente en sus sillas, se cogieron las manos y permanecieron así, mirándose y sonriéndose, mientras parecían haberse olvidado de Juan.

Luego hablaron de una serie de cosas en las que era preciso pensar con vistas a la próxima boda, y cuando todo estuvo decidido y arreglado madame Rosémilly pareció recordarse de un detalle y preguntó:

—¿Han consultado ustedes con monsieur Roland, no es cierto?

El mismo rubor cubrió las mejillas de la madre y del hijo. La madre fue la que respondió:

—¡Oh, no!, nunca le consultamos.

Luego vaciló, ya que comprendía que la respuesta exigía una aclaración, y prosiguió:

—Todo lo decidimos sin consultarle. Basta con notificarle lo que hemos decidido.

Madame Rosémilly no se sorprendió en absoluto, y sonrió juzgándolo muy natural, ya que aquel hombre gozaba de poca consideración entre los suyos.

Cuando madame Roland se vio en la calle junto a su hijo, le dijo:

—Si fuéramos a tu cza... Quisiera descansar un rato.

Se sentía sin albergue, sin refugio; su hogar la atemorizaba.

Subieron al piso de Juan.

En cuanto ella oyó cerrarse la puerta, lanzó un profundo suspiro como si aquella cerradura la librarán de todo peligro; luego, en lugar de descansar como había dicho, empezó a abrir los armarios, a comprobar las pilas de ropa blanca, el número de pañuelos y de calcetines. Cambiaba el orden en busca de unos arreglos armoniosos, más agradables a su instinto de mujer casera. Y cuando todo lo hubo dispuesto a su gusto, alineado las toallas, los calzoncillos y las camisas en sus tablas especiales y dividido la ropa blanca en tres clases principales, ropa interior, ropa blanca y mantelerías, retrocedió para contemplar su obra y dijo:

—Juan, ven a ver qué bien ha quedado.

El se levantó y lo admiró para complacerla.

De pronto, una vez se hubo vuelto a sentar, ella se acercó a su butaca con pasos ligeros, por detrás, y enlazándole el cuello con su brazo derecho le besó mientras colocaba sobre la chimenea un pequeño objeto envuelto en un papel blanco que sostenía con la otra mano.

El preguntó:

—¿Qué has dejado ahí?

Al ver que no respondía, lo comprendió al reconocer la forma del marco.

—¡Dámelo! — dijo.

Pero ella hizo ver que no le oía y se volvió hacia los armarios. El se levantó, cogió rápidamente aquella dolorosa reliquia, atravesó el piso y fue a encerrarla bajo llave en el cajón de su escritorio. Entonces se enjugó ella con la punta de los dedos una lágrima que asomaba a sus ojos y luego dijo con voz un tanto temblorosa:

—Ahora voy a enterarme de cómo cuida la cocina tu nueva sirvienta. Ha salido y podré inspeccionarlo todo para hacerme cargo.

IX

Las cartas de recomendación de los profesores Mas-Roussel, Rémusot, Plache y Borniquel, escritas en los términos más halagüeños para su alumno el doctor Pedro Roland, las sometió monsieur Marchand al consejo de la Compañía transatlántica, con el apoyo de los señores Poulin, juez en el tribunal de comercio, Lenient, importante armador, y Marival, adjunto del alcalde de El Havre y amigo particular del capitán Beausire.

Resultó que todavía no habían designado al doctor del *Lorraine* y Pedro tuvo la suerte de que le nombraran a él en pocos días.

El sobre que incluía, el nombramiento se lo entregó la criada Josefina una mañana al terminar él de vestirse.

Su primera emoción fue la del condenado a muerte a quien se le anuncia que le han conmutado la pena; y sintió como de pronto se le aliviaba la pena al pensar en esa marcha y en esa vida plácida, mecido siempre por el agua siempre errante, siempre huidiza.

Ahora vivía en la casa paterna como un forastero mudo y reservado. Desde la noche en que había dejado escapar ante su hermano el infame secreto que había descubierto, notaba que había roto los últimos lazos que le unían a los suyos. Le remordía lo que había dicho a Juan. Se juzgaba un hombre odioso, indigno, malvado, y no obstante sentía alivio por haber hablado.

Ya nunca se cruzaba su mirada con la de su madre o la de su hermano. Para evitarlo, los ojos de ambos habían adquirido una sorprendente movilidad y astucias de rivales que temen cruzarse. Continuaba preguntándose: «¿Qué debí decir a Juan? ¿Confesó o negó? ¿Qué cree mi hermano? ¿Qué piensa ella? ¿Qué piensa él de mí?» No lograba adivinarlo y se exasperaba.

Nunca les hablaba, salvo cuando estaba Roland delante, para evitar sus preguntas.

Cuando recibió la carta anunciándole el nombramiento, lo comunicó inmediatamente a su familia. Su padre, propenso a regocijarse de todo, batió palmas. Juan respondió con tono serio embargado por la alegría:

—Te felicito de todo corazón, ya que sé que existían más contrincantes. Se lo debes, sin duda, a las cartas de tus profesores.

Y su madre bajó la cabeza murmurando:

—Me siento muy feliz de que hayas triunfado.

Después de almorzar se dirigió a las oficinas de la Compañía a fin de informarse sobre mil cosas, y preguntó el nombre del médico del *Picardie*, que debía zarpar al día siguiente, a fin de que le informara sobre todos los detalles de su nueva vida y de las peculiaridades que encontraría en ella.

El doctor Pirette había embarcado; Pedro se dirigió al muelle y fue recibido en un reducido camarote por un joven de barba rubia que se parecía a su hermano. Charlaron durante mucho rato.

En las profundidades sonoras del trasatlántico se oía una gran agitación, confusa y continua, en que el choque de las mercancías amontonadas en las bodegas se mezclaba a los pasos, a las voces, al movimiento de las máquinas que cargaban cajas, a los silbidos de los contramaestres y al rumor de las cadenas arrastradas o arrolladas en las cabrias por el ronco aliento del vapor, que hacía vibrar ligeramente el cuerpo entero del gran navío.

Pero cuando Pedro se despidió de su colega y volvió a encontrarse en la calle, una nueva tristeza le embargó y lo envolvió como esas brumas que corren sobre el mar, llegadas del fin del mundo y que en su espesor inaferrable llevan algo misterioso e impuro como el soplo pestilente de las tierras maléficas y lejanas.

En sus horas de mayor sufrimiento, nunca se había sentido de este modo, sumido en un albañal de miseria. Había producido la última desgarradura; ya nada le sostenía. Al arrancar de su corazón las raíces de todas sus ternuras, todavía no había sentido aquella angustia de perro perdido que acababa de embargarle.

No era ya un dolor moral y torturante, sino el enloquecimiento de una bestia sin albergue, una angustia material de ser errante que carece de techo y al que la lluvia, el viento, la tempestad y todas las fuerzas brutales del mundo van a acosarle. Al pisar el trasatlántico, al penetrar en aquel camarote mecido por las olas, la carne del hombre que siempre había dormido en una cama móvil y tranquila se rebeló contra la inseguridad de todos los mañanas futuros. Esta carne se había sentido hasta entonces protegida por sólidas paredes hundidas en la tierra que las sostenía, por la certeza del descanso en un lugar fijo, bajo el techo que resiste al viento. En adelante, en cuanto uno se atreve a desafiar desde una morada cerrada, se convertiría en un peligro, un constante sufrimiento.

Ya no tendría un suelo bajo sus pies, sino el mar que ruge, corre y engulle. Ya no tendría espacio a su alrededor para pasearse, correr, perderse por los caminos, sino unos pocos metros de tabla para andar como un condenado en medio de otros prisioneros. Ya no

tendría árboles, jardines, calles, casas; solamente al agua y las nubes. Y continuamente sentiría el retremblar del barco bajo sus pies. Los días de tormenta debería apoyarse en los tabiques, agarrarse a las puertas, asirse a los bordes de la litera para no rodar por el suelo. Los días de calma oiría el ronco trepidar de la hélice y sentiría huir aquel barco con una huida continua, regular y exasperante.

Ya se veía condenado a esa vida de forzado sólo porque su madre se había entregado a las caricias de un hombre.

Ahora miraba ante sí con la melancolía desolada de las gentes a punto de expatriarse.

Ya no sentía en el corazón aquel desprecio altivo, aquel odio desdeñoso hacia los desconocidos transeúntes, sino un triste deseo de hablarles, de decirles que iba a abandonar Francia, de que le escucharan y consolaran. En el fondo, le impulsaba el vergonzoso deseo del pobre que va a tender la mano, un deseo tímido e imperioso de sentir que alguien sufría con su marcha.

Pensó en Marowsko. Sólo el viejo polaco le amaba lo suficiente para sentir una verdadera y lacerante emoción; y el doctor decidió ir a verle inmediatamente.

Cuando entró en la tienda, el farmacéutico, que machacaba polvos en un mortero de mármol, tuvo un ligero sobresalto y suspendió el trabajo.

—¡No le veo a usted nunca! — dijo.

El joven explicó que había tenido que realizar numerosas diligencias, sin explicarle el motivo; se sentó luego y preguntó:

—¿Qué tal van los negocios?

Los negocios no iban bien. La competencia era terrible, y los enfermos, pocos y pobres en aquel barrio trabajador. Únicamente podía vender medicamentos baratos; y los médicos no recetaban aquellas medicinas raras y complicadas que dejan un beneficio de quinientos por ciento. El buen hombre concluyó:

—Si esto dura tres meses más, tendré que cerrar la farmacia. De no contar con usted, querido doctor, ya me hubiera dedicado a limpiar botas.

A Pedro se le oprimió el corazón y decidió de pronto darle la mala noticia, puesto que veía que era preciso.

—¡Oh!, yo... yo... ya no podré ayudarle. Abandono El Havre a principios de mes.

Marowsko se quitó los lentes, terriblemente emocionado.

—¿Usted?... ¿Qué quiere decir eso?

—Le digo a usted que me marchó, pobre amigo mío.

El viejo permanecía aterrado, sintiendo cómo se destruía su última esperanza, y de pronto se rebeló contra aquel hombre a quien había seguido, a quien amaba, en quien tanto confió y ahora le abandonaba de ese modo.

Balbuceó:

—Pero no irá usted a traicionarme ahora...

Estaba Pedro tan enternecido, que sentía el deseo de besarle.

—Es que yo no le traiciono. No he logrado acomodarme y parto como médico en un buque trasatlántico.

—¡Oh! ... ¡Me prometió tanto su ayuda para ganarme la vida!

—¿Qué puedo hacer? Yo también he de vivir y carezco de fortuna.

Marowsko repetía:

—Está muy mal, muy mal, lo que hace usted. No me queda más que morirme de hambre. A mi edad, nada puedo hacer. Está mal. Abandona a un pobre viejo que vino aquí para seguirle.

Pedro quería explicarse, probar que no pudo obrar de otro modo; el polaco no escuchaba, rebelado ante esa deserción, y acabó por decir, aludiendo sin duda a unos acontecimientos políticos:

—Ustedes, los franceses, no cumplen su palabra.

Entonces Pedro, molesto a su vez y dando quizás excesiva importancia a estas palabras, le dijo:

—Es usted injusto, Marowsko. Para decidir lo que he decidido, es preciso motivos poderosos; y usted debería comprenderlo. ¡Adiós! Espero que cuando vuelva a verle será usted más razonable.

Y salió.

«En fin — pensó —, nadie sentirá sinceramente que marche.»

Su pensamiento rebuscaba, saltaba de uno a otro, a todos los que conocía o había conocido, y en medio de todos aquellos rostros que desfilaban en su imaginación se destacó la camarera de la cervecería, que le hizo sospechar de su madre.

Vaciló, ya que sentía contra ella un rencor instintivo; luego, de pronto, se decidió pensando: «Después de todo, tenía razón.» Y se orientó para encontrar la calle.

Por casualidad, la cervecería estaba llena de gente, y también de humo. Los consumidores, burgueses y obreros, debido a que era un día festivo, llamaban, reían y

gritaban, y hasta el dueño servía, corriendo de mesa en mesa, llevándose los vasos vacíos y trayéndolos de nuevo llenos de espuma hasta el borde.

Cuando Pedro logró encontrar un sitio, no muy alejado del mostrador, aguardó con la esperanza de que la camarera le vería y le reconocería.

Pero ella pasaba y volvía a pasar delante de él sin dirigirle una mirada, con paso menudo bajo sus faldas y un ligero y gracioso contoneo.

Acabó golpeando el mármol con una moneda.

Acudió la muchacha:

—¿Qué desea usted, señor?

Ella ni siquiera le miraba, ensimismada en el cálculo de las consumiciones servidas.

—¿Qué pasa? ¿Es así como se saluda a los amigos?

Ella le miró y repuso con tono apresurado:

—¡Ah! ¿Es usted? Hoy no puedo perder tiempo. ¿Quiere usted una cerveza?

—Sí, una cerveza.

Cuando se la trajo, él prosiguió:

—Vengo a decirte adiós. Me marcho. Ella le respondió con indiferencia:

—¿Ah, sí? ¿Adónde va usted?

—A América.

—Dicen que es un país muy hermoso.

Y nada más. Verdaderamente, se necesitaba ser imprudente para hablarle aquel día. ¡El café estaba lleno!

Pedro se dirigió hacia el mar. Al llegar al muelle vio la *Perla*, que entraba en el puerto llevando a bordo a su padre y al capitán Beausire. Papagris remaba y los dos hombres, sentados en la popa, fumaban en pipa con aspecto absolutamente feliz. El doctor, al verlos pasar, pensó: «Bienaventurados los pobres de espíritu» Y se sentó en uno de los bancos del rompeolas para intentar amodorrarse y adormecerse como un bruto.

Cuando regresó, al atardecer, su madre le dijo, sin atreverse a mirarle a los ojos:

—Necesitarás una cantidad de cosas para marcharte y estoy un poco preocupada. He encargado ropa interior y he pasado a ver al sastre para los trajes; pero ¿no necesitas nada más, cosas que yo quizás ignore?

Abrió la boca para decir: «No necesito nada», pero pensó que por lo menos tenía que aceptar con qué vestirse de una manera decente. Respondió con tono reposado:

—Todavía no lo sé; me informaré en la Compañía.

Se informó y le facilitaron una lista de los objetos indispensables. Cuando se la entregó a su madre, ella le miró, por primera vez desde hacía mucho tiempo, con una mirada tan humilde, tan dulce, tan triste, tan suplicante como la de los perros apaleados que piden clemencia.

El primero de octubre, procedente de Saint-Nazaire, entró el *Lorraine* en el puerto de El Havre para volver a zarpar el siete del mismo mes con destino a Nueva York; y Pedro Roland fue a tomar posesión de la pequeña cabina flotante que sería su futura cárcel.

Al salir, al día siguiente, se cruzó en la escalera con su madre, que le esperaba y le preguntó con voz casi imperceptible:

—¿Quieres que te ayude a instalarte en el barco?

—No, gracias; ya está todo listo.

Ella murmuró:

—¡Desearía tanto ver tu pequeño camarote!

—No merece la pena. Es muy feo y muy pequeño.

Y siguió adelante, hacia la calle, dejándola aterrada, apoyada contra la pared, con el semblante demudado.

En cambio, Roland, que aquel día visitó el *Lorraine*, solamente habló, durante la comida, de aquel magnífico buque y se extrañó de que su esposa no sintiera deseos de conocerlo, puesto que iba a embarcarse en él su hijo.

Pedro casi no estuvo con su familia durante los siguientes días. Se mostraba nervioso, irritable, duro, y sus brutales palabras parecían fustigar el mundo. Pero la vigilia de su partida se mostró de pronto cambiado, afectuoso. En el momento en que besaba a sus padres antes de retirarse a descansar en el barco por vez primera, preguntó:

—¿Vendrán a despedirme mañana en el barco?

Roland exclamó:

—¡Pues claro, pues claro, caramba! ¿No es así, Luisa?

—Naturalmente — respondió ella en voz baja.

Pedro continuó:

—Zarpamos a las once en punto. Es preciso estar allí a las nueve y media como máximo.

—¡Tengo una idea! — exclamó el padre —. Cuando nos hayamos despedido, iremos rápidamente a embarcarnos en la *Perla* para esperarte fuera de los muelles y verte de nuevo. ¿Te parece bien, Luisa?

—Desde luego que sí.

Roland prosiguió:

—De este modo no nos confundirás con el gentío que se amontona en el puerto cuando zarpan los trasatlánticos. Es imposible reconocer a los propios en aquella confusión. ¿Te parece?

—Sí; desde luego, me parece bien. Quedamos de acuerdo.

Una hora después se encontraba tendido en su pequeña litera, estrecha y larga como un ataúd. Permaneció mucho tiempo con los ojos abiertos pensando en todo lo que había ocurrido durante los dos últimos meses en su vida y, sobre todo, en su alma. A fuerza de sufrir y de hacer sufrir a los demás, su dolor agresivo y vengativo se había embotado como una hoja oxidada. Casi no le quedaban ánimos para sentir rencor contra alguien, fuera por lo que fuese, y dejaba que su rebelión se entregara a la ventura como había entregado su existencia. Se sentía tan fatigado de luchar, de herir, de detestar, fatigado de todo, que ya no podía más y trataba de adormecer su corazón en el olvido, del mismo modo que uno se entrega al sueño. Sentía a su alrededor de un modo confuso los ruidos nuevos del buque, ruidos leves, casi imperceptibles en la tranquila noche del puerto; y de su herida, hasta entonces tan cruel, sólo sentía las tiranteces de las llagas que se cicatrizan.

Había dormido profundamente cuando el movimiento de los marineros le sacó de su modorra. Era de día cuando el tren, que coincidía con la marea, llegó al puerto con los viajeros de París.

Entonces se puso a vagar por el buque en medio de aquellas gentes ocupadas, inquietas, que buscaban sus camarotes, se llamaban, se formulaban preguntas y se respondían al buen tuntún, en la confusión de un viaje iniciado. Después de saludar a su capitán y estrechar la mano de su compañero el comisario de a bordo, penetró en el salón, donde algunos ingleses dormitaban ya por los rincones. La amplia estancia, de paredes de mármol blanco enmarcadas por filetes dorados, prolongaba indefinidamente en los espejos la perspectiva de las amplias mesas flanqueadas por dos hileras ilimitadas de asientos giratorios, tapizados de terciopelo rojo. Aquél era el amplio *hall* flotante y cosmopolita donde se reunía, para comer juntos, la gente rica de todos los continentes. Su opulento lujo era el de los grandes hoteles, de los teatros, de los lugares públicos, el lujo imponente y vulgar que satisface a los millonarios. El doctor iba a entrar en la parte del barco reservada a la segunda clase, cuando recordó que la noche anterior había embarcado un considerable número de emigrantes y descendió al entrepuente. Al entrar le sobrecogió un hedor de humanidad pobre y sucia, hedor de carne

desnuda, mucho más repugnante que la del pelo o la de las bestias. Entonces, en una especie de subterráneo oscuro y bajo, parecido a la galería de una mina, pudo ver Pedro centenares de hombres, mujeres y niños tendidos sobre las tablas o amontonados en el suelo. No distinguía los rostros, pero veía vagamente aquella muchedumbre vestida de harapos, aquella multitud de gente miserable a quien la vida había vencido, hombres agotados, apabullados, que marchaban, en compañía de una mujer demacrada y unos pequeños extenuados, hacia un país desconocido donde confiaban, quizá, no morir de hambre.

Al reflexionar en el trabajo pasado, en el trabajo inútil, en los esfuerzos estériles, en la lucha encarnizada, repetida a diario en vano, en la energía que habían derrochado aquellos infelices y que volvería a empezar otra vez, sin saber dónde, en aquella abominable existencia mísera, el doctor sintió la tentación de gritarles: «Lanzaros al agua con vuestras mujeres y vuestros hijos.»

Y sintió tanta piedad, que se fue por no poder soportar aquella visión.

Su padre, su madre, su hermano y madame Rosémilly le esperaban ya en su camarote.

—¿Tan pronto? — dijo.

—Si— respondió madame Roland con voz temblorosa —; deseábamos estar a tu lado el mayor tiempo posible.

La miró. Iba vestida de negro, como si llevara luto, y de pronto se dio cuenta de que sus cabellos, grises todavía el mes anterior iban encaneciendo y tornándose blancos.

No le fue fácil acomodar cuatro personas en su reducida vivienda y saltó sobre el lecho. A través de la puerta entornada se veía pasar una muchedumbre numerosa como la de una calle en día de fiesta, ya que todos los amigos de los viajeros y un tropel de simples curiosos habían invadido el inmenso barco. Paseaban por los pasillos, por los salones, por todas partes, y algunos asomaban la cabeza hasta en el mismo camarote, mientras algunas voces murmuraban desde fuera: «Es el camarote del doctor.»

Entonces Pedro empujó la puerta; pero, en cuanto se vio encerrado con su familia, sintió impulsos de abrir de nuevo, ya que el rumor del barco ayudaba a disimular su turbación y su silencio.

Por fin habló madame Rosémilly:

—Entra poco aire por esas ventanas — dijo.

—Es un tragaluz — respondió Pedro.

Les mostró el grueso del cristal, capaz de resistir los más violentos choques; después explicó detalladamente el sistema de cierre. Roland preguntó a su vez:

—¿Dispones también de la farmacia?

El doctor abrió un armario y les mostró una hilera de frascos que llevaban escritos nombres en latín encima de unos cuadraditos de papel blanco.

Tomó uno para explicar las propiedades de la materia que contenía, luego, otro, después un tercero, y dio un verdadero curso de terapéutica que ellos parecieron escuchar atentamente.

Roland repetía, moviendo la cabeza:

—¡Qué interesante es todo eso! Llamaron suavemente a la puerta.

—¡Entre! — gritó Pedro. Apareció el capitán Beausire. Tendiendo la mano, dijo:

—Me he retrasado para no estorbar su despedida.

Tuvo que sentarse también encima de la litera y se volvió a hacer el silencio.

Pero de pronto el capitán aguzó el oído. Unas órdenes llegaban a través del tragaluz, y anunció:

—Es hora de que nos vayamos, si queremos embarcar en la *Perla* para verle de nuevo a la salida y decirle adiós en plena mar.

El viejo Roland tenía mucho interés en ello, seguramente a fin de impresionar a los viajeros del *Lorraine*, y se levantó presuroso.

—Bueno, ¡adiós, muchacho!

Besó a Pedro en ambas patillas y luego volvió a abrir la puerta.

Madame Roland no se movía y permanecía con los ojos bajos, extremadamente pálida.

Su marido la tocó en un brazo.

—¡Anda! ... ¡Apresurémonos! No podemos perder ni un minuto.

Ella se levantó, dio un paso hacia su hijo y le tendió una tras otras dos mejillas, blancas como la cera, que él besó sin decir palabra. Luego estrechó la mano de madame Rosémilly y la de su hermano, preguntándole:

—¿Cuándo es la boda?

—No lo sé exactamente. La haremos coincidir con uno tus viajes.

Todos salieron del camarote y subieron al puente, lleno de público, de cargadores y de marineros.

El vapor roncaba en el enorme vientre del buque, que parecía temblar impaciente.

—¡Adiós! — dijo Roland, que llevaba prisa.

—¡Adiós! — respondió Pedro, en pie sobre una de las pasarelas que comunicaban el *Lorraine* con el muelle.

Volvió a estrechar otra vez todas las manos y su familia se alejó.

—¡Aprisa, aprisa,, al coche! — gritaba el padre.

Los esperaba un coche de punto que los condujo a la dársena donde Papagris tenía dispuesta la *Perla* para hacerse a la mar.

No corría el menor soplo de aire; era uno de esos días otoño secos y tranquilos en que el terso mar parece frío y duro como el acero.

Juan cogió un remo, el marinero empuñó otro y se pusieron a remar.

En el rompeolas, en el muelle y hasta en los parapetos piedra, esperaba al *Lorraine* una muchedumbre agitada y bulliciosa.

La *Perla* pasó entre aquellas dos olas humanas y pronto se encontró fuera del puerto.

El capitán Beausire, sentado entre las dos mujeres, sostenía el timón y decía:

—Verán ustedes cómo nos cruzaremos en la ruta del barco justo en su ruta.

Y los dos remeros se apresuraban con todas sus fuerzas para llegar lo más lejos posible.

De pronto exclamó Roland:

—¡Ahí está! Veo los mástiles y las dos chimeneas.

—¡Animo, muchachos! — repetía Beausire.

Madame Roland se llevó el pañuelo a los ojos. Roland estaba en pie, agarrado al mástil; les anunciaba:

—En este momento gira en la dársena... Ya no se mueve., Vuelve a ponerse en marcha... Se vale del remolcador... Ya avanza... Pasa ante los muelles. ¿Oyen cómo la gente grita «¡Bravo!»

Le remolca el *Neptuno*... Ahora veo su proa... Ya está aquí, ya está aquí... ¡Dios mío, qué barco! ¡Miren, miren! ...

Madame Rosémilly y Beausire se volvieron; los dos hombres dejaron de remar; únicamente continuó inmóvil madame Roland.

El inmenso trasatlántico, arrastrado por un potente remolcador que parecía a su lado una oruga, salía lenta y majestuosamente del puerto. Y el pueblo de El Havre, amontonado en el muelle, en la playa, en las ventanas, arrebatado de pronto por un entusiasmo patriótico, se puso a gritar: «¡Viva el *Lorraine!*», aclamando y aplaudiendo esa magnífica salida, ese parto de una gran ciudad marítima que entregaba al mar a su hijo más gallardo. Pero él, en cuanto hubo franqueado el estrecho paso formado por dos muros de piedra, sintiéndose al fin libre, partió solo como un enorme monstruo que corriera sobre el agua, tras abandonar el remolcador.

—¡Ahí está, ahí está! — continuaba gritando Roland —. Viene derecho hacia nosotros.

Y Beausire, radiante, repetía:

—¿Qué les había dicho a ustedes? ¿Conozco o no conozco su ruta?

Juan, en voz baja, dijo a su madre:

—Mira, mamá; ya se acerca.

Y madame Roland alzó los ojos cegados por las lágrimas.

El *Lorraine* avanzaba lanzado a toda máquina desde que salió del puerto, con aquel tiempo claro, tranquilo. Beausire, armado del antejo, anunció:

—¡Atención! Pedro está en la popa, totalmente solo, perfectamente visible. ¡Atención!

Alto como una montaña y rápido como un tren, pasaba ahora el barco rozando casi la *Perla*. Madame Roland, desconcertada, enloquecida, tendió los brazos hacia él y vio a su hijo, a su hijo Pedro, que con la gorra galoneada le mandaba con ambas manos unos besos de despedida. Pero se iba, huía, desaparecía, se esfumaba como una mancha imperceptible en el gigantesco buque.

Ella se esforzaba por distinguirlo todavía y ya no podía verlo.

Juan le había cogido la mano.

—¿Le has visto? — le preguntó.

—Sí, le he visto. ¡Qué bueno es!

Y regresaron a la ciudad.

—¡Repámpanos! ¡Menuda velocidad! — decía Roland, convencido y entusiasmado.

En efecto, el trasatlántico se empequeñecía de segundo en segundo, desvaneciéndose en el océano. Madame Roland, siguiéndolo con la mirada, observaba cómo se dirigía hacia el horizonte, hacia una tierra desconocida, en el otro extremo del mundo. En aquel barco que nada podía detener, en aquel barco que momentos antes estaba allí mismo y que pronto ya no vería, estaba su hijo, su pobre hijo. Y le parecía como si la mitad de su corazón se fuera con él; le parecía también que su vida se le acababa y que nunca más volvería a ver a su hijo.

—¿Por qué lloras? — le preguntó su marido —. ¡Estará de regreso antes de un mes!

Ella balbuceó:

—No lo sé. Llora porque estoy apenada.

Cuando hubieron regresado a tierra, Beausire se despidió en seguida para ir a almorzar con un amigo. Entonces Juan se adelantó con madame Rosémilly y Roland dijo a su mujer:

—Hemos de convenir en que Juan tiene un gran tipo.

—Sí — respondió la madre.

Y, como estaba demasiado turbada para medir sus palabras, añadió:

—Me siento muy feliz de que se case con madame Rosémilly.

El buen hombre se quedó pasmado.

—¿Qué dices? ¿Se va a casar con madame Rosémilly?

—Sí, sí. Precisamente hoy pensábamos preguntarte tu opinión.

—¡Vaya, vaya! ¿Hace tiempo que lo tienen pensado?

—No. Hace sólo unos días. Juan quería estar seguro, antes de consultarte, de que ella le aceptaría.

Roland se frotaba las manos.

—Bien, bien, bien. ¡Perfecto! Lo apruebo totalmente.

En el momento de abandonar el muelle y adentrarse en el bulevar Francisco I, su mujer se volvió otra vez para echar una última mirada hacia alta mar; pero solamente distinguió una leve humareda gris, tan lejana y tan ligera, que parecía un poco de bruma.

FIN